

An abstract painting of a woman's face and shoulders. The face is composed of two vertical panels: the left is a light tan color, and the right is a bright yellow. The hair is a dark brown, textured with fine lines. The shoulders and upper chest are divided into red and yellow sections. The background is a mix of orange, brown, and green. A small blue 'h' is visible in the top left corner.

Los Maple

John Updike

ALBA ● CONTEMPORÁNEA

LOS MAPLE

JOHN UPDIKE

Traducción
Laura Vidal

ALBA

ALBA CONTEMPORÁNEA

Título original: *The Maples Stories*

© John Updike, 2009

© de la traducción: Laura Vidal

Publicado por acuerdo con Everyman's Library, un sello de The Knopf Doubleday Publishing Group, Penguin Random House, LLC

Copyright (Estados Unidos)

A excepción de «Abuelos», todos los relatos incluidos en este volumen, así como una versión anterior del prólogo, aparecieron previamente en *Too Far to Go*, publicado por Fawcett, 1979.

© John Updike, 1956, 1960, 1963, 1966, 1967, 1971, 1975, 1976, 1978, 1979

«Abuelos» apareció previamente en *The Afterlife and Other Stories*, publicado por Alfred A. Knopf, Random House, Inc., 1994.

© John Updike, 1994

Copyright (Reino Unido):

Los textos incluidos en esta edición son de *Early Stories*, publicado por Hamish Hamilton, en Reino Unido, en 2004.

© John Updike, 2004

© de esta edición: **alba editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www. albaeditorial.es

diseño: Pepe & James

primera edición: febrero de 2020

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-666-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita

fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

PRÓLOGO

Los Maple se presentaron ante el autor en Nueva York en 1956, desaparecieron de su vista durante siete años y reaparecieron a las afueras de Boston en 1963, donando sangre. Desde entonces han figurado en unos cuantos relatos, hasta que se divorciaron, en 1976. Su nombre, herencia de un hombre joven que había crecido en una pequeña ciudad a la que daban sombra arces noruegos^[1] y que después se había mudado a la Nueva Inglaterra de los arces azucareros color rojo brillante como llamas, conservaba para este una inocencia arbórea, una frondosidad franca y refrescante. Aunque los relatos sobre los Maple dibujan la decadencia y caída de un matrimonio, también iluminan una historia feliz en muchos sentidos, de niños que crecen y de un millón de momentos cotidianos compartidos. Que termine un matrimonio no es ni mucho menos ideal; pero todo lo que hay bajo el cielo acaba y, si vivimos la temporalidad como algo incapacitante, entonces nada verdadero prospera. La moraleja de estos cuentos es que todas las monedas tienen dos caras. También que las personas en sí son incorregibles. El patrón musical, el avance y retroceso del dueto de los Maple se repite una y otra vez, transpuesto con aspereza creciente. Se muestran tímidos, alegres e insatisfechos. Se gustan el uno al otro y son un misterio el uno para el otro. Uno de ellos suele sentirse algo indispuerto y la balanza de su interés erótico rara vez se equilibra. Sin embargo, conversan con mayor facilidad que otros personajes para los que el autor ha hecho de agente. Una tribu segregada en un valle desarrolla un acento propio, luego un dialecto y, a continuación, una lengua enteramente propia. Dejemos que esta recopilación preserve una lengua muerta concreta, tan difícil de analizar sintácticamente como el latín. A los catorce relatos sobre los Maple he añadido dos, que, a juzgar por las pruebas internas, parecen desarrollarse en la imaginación de Richard Maple, y un fragmento que se negaba a dejarse terminar.

En los treinta años transcurridos desde que se escribió el anterior prefacio, esta colección de relatos relacionados, reunidos presurosamente para hacerlos coincidir con una película rodada para la televisión titulada *Too Far to Go*, ha tenido una gratificante andadura en tapa blanda. En Inglaterra, como libro de la editorial Penguin titulado *Your Lover Just Called* y en traducciones a, que yo sepa, alemán, francés, español, neerlandés, serbio, japonés y hebreo. Algunas de las ediciones alemanas de *Der weite Weg zu zweit* fueron en tapa dura, pero esta es la primera edición en cartón en inglés. Me llevé una alegría cuando me la anunciaron y he aprovechado para revisar unas cuantas palabras y frases, y para incluir un relato más de los Maple, «Abuelos». La pareja me sorprendió, a mediados de la década de 1980, cuando reapareció en un invernadero en Hartford, casados con otras personas, pero reunidos para el nacimiento de su primer nieto. Desde entonces no he vuelto a encontrármelos, aunque amigos comunes me aseguran que ambos siguen

vivos y tienen buen aspecto, dentro de lo que cabe.

J. U.

NIEVA EN GREENWICH VILLAGE

Los Maple se habían mudado el día antes a la calle Trece oeste, y aquella noche invitaron a Rebecca Cune porque ahora vivía muy cerca. Era una chica alta, siempre con un atisbo de sonrisa y modales distraídos, que dejó que Richard Maple le quitara el abrigo y la bufanda mientras terminaba de saludar con amabilidad a Joan. Richard, conduciéndose con una precisión y una elegancia especiales debido a la facilidad con que había cumplido su cometido —aunque Joan y él llevaban casados casi dos años, su aspecto seguía siendo tan juvenil que las personas no le asignaban de manera instintiva tareas de anfitrión; esta renuencia despertaba en él la consiguiente inseguridad, de manera que a menudo era su mujer quien servía las bebidas mientras él se despatarraba en el sofá con la actitud de un invitado privilegiado y de lo más encantador—, entró en el dormitorio en penumbra, confió las prendas de Rebecca a la cama y volvió al cuarto de estar. El abrigo le había parecido ingrátido.

Rebecca, sentada debajo de la lámpara, en el suelo, con una pierna doblada debajo de la otra y un brazo en un sofá cama que los inquilinos anteriores aún no se habían llevado, estaba diciendo:

—A ver, solo la conocía del día en que me enseñó cómo se hacía el trabajo, pero dije que sí. Estaba viviendo en un lugar horrible llamado hotel para señoritas. En los pasillos había máquinas de escribir de esas que funcionan con monedas.

Joan, con la espalda erguida en una silla Hitchcock de la casa de sus padres en Amherst y un pañuelo húmedo hecho una bola en la mano, se volvió hacia Richard y le explicó:

—Antes de tener su apartamento actual, Becky vivió con esta chica y su novio.

—Sí, se llamaba Jacques —dijo Rebecca.

Richard preguntó:

—¿Vivías con ellos?

El pícaro aplomo en su tono de voz era un residuo del estado de ánimo que le había provocado su airosa —y, en el dormitorio en penumbra, hasta cierto punto turbadora, como si estuviera comunicando con enorme tacto un mensaje decepcionante— gestión del abrigo de su invitada.

—Sí, e insistió en que su nombre figurara en el buzón. Le daba terror perderse una carta. Cuando mi hermano estaba en la marina y vino a visitarme y vio en el buzón —con tres movimientos paralelos de los dedos colocó los tres nombres uno debajo del otro:

Georgene Clyde,
Rebecca Cune,
Jacques Zimmerman,

me dijo que siempre había sido una chica encantadora. Jacques no se fue ni siquiera para dejar a mi hermano un sitio donde dormir. Tuvo que hacerlo en el suelo.

Entornó los párpados y buscó un cigarrillo en su bolso.

—¿No es maravilloso? —dijo Joan, y su sonrisa se ensanchó sin que pudiera evitarlo cuando se dio cuenta de la tontería que acababa de decir. A Richard le preocupaba su catarro. Llevaba siete días con él, sin mejoría. Tenía la cara pálida, moteada de rosa y amarillo, lo que acentuaba la cualidad modiglianesca que le daban los ojos azules ovalados y su costumbre de sentarse completamente erguida, con la cabeza ladeada en actitud inquisitiva y las palmas de las manos vueltas hacia arriba en el regazo.

También Rebecca estaba pálida, pero con la consistencia de un dibujo, quizá —el peso de sus párpados y un cierto virtuosismo de la boca así lo sugerían— de Da Vinci.

—¿Quién quiere jerez? —preguntó Richard de pie, con voz profunda.

—Tenemos algo más fuerte, si prefieres —le dijo Joan a Rebecca.

Desde donde estaba Richard, el comentario, al igual que esas publicidades que se leen de manera distinta dependiendo del ángulo, contenía la muy legible declaración de que esta vez le tocaba a él preparar los old-fashioned.

—Un jerez me parece muy bien —dijo Rebecca.

Pronunció todas las palabras con claridad, pero con un hilo de voz débil que las liberaba de toda repercusión.

—A mí también —dijo Joan.

—Perfecto.

Richard cogió de la repisa de la chimenea la botella de ocho dólares de Tío Pepe que el segundo de a bordo de la cuenta de jerez español había robado para él. Para que todos fueran partícipes del teatro, descorchó la botella en el cuarto de estar. Con afectación, llenó tres copas hasta la mitad, las repartió y se reclinó contra la repisa (los Maple no habían tenido repisa de chimenea hasta entonces) mientras hacía girar el líquido para liberar los esteres y los éteres, tal y como le había dicho que hiciera el experto en vinos de la agencia, hasta que su mujer dijo, como hacía siempre porque era el brindis habitual en la casa de su padres: «¡Salud, queridos!».

Rebecca siguió contando la historia de su primer apartamento. Jacques nunca había trabajado. A Georgene no le había durado un empleo más de tres semanas. Entre los tres compraron un gatito, del que se ocupaban por igual. Rebecca tenía su propio dormitorio. Jacques y Georgene trabajaban de vez en cuando en guiones de televisión; concentraron el grueso de sus esperanzas en una serie titulada *El IBI* —donde I correspondía a Intergaláctico, Interplanetario o algo así— *en el espacio y el tiempo*. Uno de sus amigos era un joven comunista que nunca fregaba y siempre tenía dinero porque su padre era propietario de medio West Side. Durante el día, cuando las dos chicas se iban a trabajar, Jacques coqueteaba con una joven sueca del piso de arriba a la que no hacía más que caérsele la mopa por el diminuto balcón al que daba la ventana de la casa. «Una auténtica bombardera», dijo Rebecca. Cuando Rebecca se mudó a un apartamento para ella sola y estuvo instalada y feliz, Georgene y Jacques se ofrecieron a llevar un colchón y dormir en el suelo. Rebecca decidió que había llegado el momento de ponerse firme. Dijo que no. Más tarde, Jacques se casó con una chica que no era Georgene.

—¿Alguien quiere anacardos? —dijo Richard.

Había traído expresamente una lata del delicatessen de la esquina para aquella visita, aunque

de no haber ido Rebecca, habría comprado otra cosa con cualquier excusa, solo por el placer de hacer su primera compra en una tienda en la que, en años venideros, compraría tanto y que llegaría a conocer tan bien.

—No, gracias —dijo Rebecca. Richard se había esperado tan poco una negativa que, llevado por el impulso, le insistió—: ¡Por favor! Son buenísimos para la salud.

Rebecca cogió dos y mordió la mitad de uno.

Richard ofreció el plato, una escudilla de plata con asa que era un regalo de boda para los Maple, a su mujer, quien cogió un puñado glotón de anacardos y estaba tan pálida y moteada que Richard preguntó:

—¿Cómo te encuentras? —No tanto porque se hubiera olvidado de la presencia de su invitada como por exhibir su preocupación, a decir verdad, bastante sincera, por su mujer.

—Bien —dijo Joan cortante, y quizá así era.

Aunque los Maple contaban alguna que otra historia —de cómo habían vivido en una cabaña de madera en un campamento del YMCA durante sus primeros tres meses de casados; de cómo Bitsy Flaner, una amiga común, era la única chica matriculada en la Escuela de Teología Bentham; de cómo el trabajo de Richard en publicidad lo había puesto en contacto de refilón con el yogui Berra, quien era tan gracioso como decían los periódicos—, no se consideraban (es decir, no se consideraban el uno al otro) narradores, y la voz liviana de Rebecca dominó la conversación. Tenía un don para las cosas peculiares.

Un tío suyo, rico, vivía en una casa de metal amueblada con sillas de un auditorio. Le tenía terror al fuego. Justo antes de la Gran Depresión, había construido un barco gigantesco para viajar con unos amigos a la Polinesia. Los amigos perdieron todo su dinero en el crac bursátil. Él no. Él ganó dinero. Sacaba dinero de todo. Pero no podía irse de viaje solo, de manera que el barco seguía esperando en Oyster Bay, un mamotreto que sobresalía casi nueve metros del agua. El tío era vegetariano. Rebecca no había comido pavo en Acción de Gracias hasta los trece años porque la familia tenía la costumbre de pasar esa fiesta en casa del tío. La costumbre se perdió durante la guerra, cuando las suelas sintéticas de los niños empezaron a dejar marcas en el suelo de amianto del tío. La familia de Rebecca llevaba sin hablarle desde entonces.

Richard sirvió otra ronda de jerez y, puesto que esa acción lo convertía, lo quisiera o no, en el centro de atención, dijo:

—¿No hay vegetarianos que hacen pavos con frutos secos triturados para Acción de Gracias?

Después de un rato de silencio, Joan dijo:

—No lo sé.

Su voz, que no había usado en diez minutos, se quebró en la última sílaba. Carraspeó, arañando el corazón de Richard.

—¿Y con qué los rellenan? —preguntó Rebecca mientras dejaba caer ceniza en un platito junto a ella.

Llegó un estrépito desde el otro lado de la ventana, abajo. Joan llegó primero a las ventanas, la siguió Richard y, por último, Rebecca, de puntillas, alargando el cuello. Seis agentes de la policía montada, de pie en los estribos, galopaban de dos en dos por la calle Trece. Cuando las exclamaciones de los Maple remitieron, Rebecca comentó:

—Lo hacen todas las noches a esta hora. Para ser policías, se los ve de lo más alegre.

—Ah, ¡y está nevando! —exclamó Joan. Era ridículo lo suyo con la nieve; le gustaba muchísimo y en los últimos años había visto muy poca—. ¡En nuestra *primera* noche aquí! Nuestra primera noche de verdad.

Olvidó sus modales y abrazó a Richard y Rebecca, en un momento en que otro invitado podría haber apartado la vista o esbozado una sonrisa demasiado ancha, demasiado alentadora, conservó sin modificarla su expresión dulce y distraída y estudió, a través del abrazo de la pareja, la escena exterior. La nieve no estaba conquistando la calle mojada; solo los capós y los techos de los coches aparcados mostraban acumulación.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo Rebecca.

—No, por favor —dijo Joan con un apremio que Richard no se había esperado; saltaba a la vista que estaba muy cansada. Probablemente la casa nueva, el cambio de tiempo, el buen jerez, las corrientes de afecto hacia y de su marido que el abrazo repentino había renovado y la presencia de Rebecca se habían convertido dentro de su cabeza en elementos inextricables de un instante mágico.

—Sí. Creo que me voy a ir porque estás resfriada y pachucha.

—¿No te quedas a fumarte otro cigarrillo? Dick, sirve más jerez.

—Una chispita —dijo Rebecca sosteniendo su copa—. Creo que ya te he hablado, Joan, del chico con el que salí que se hacía pasar por *maître*.

Joan rió expectante.

—No, la verdad es que no lo has hecho.

Pasó un brazo por el respaldo de la silla y metió la mano por entre los listones igual que un niño asegurándose de que le dejan irse a la cama más tarde.

—¿Qué más hacía? ¿Imitaba a los *maîtres*?

—Sí, y era de esos que, cuando te bajas de un taxi y sale vapor de una alcantarilla, se agacha —Rebecca bajó la cabeza y levantó los brazos— y finge ser el demonio.

Los Maple rieron, no tanto por las palabras en sí como por la manera en que Rebecca había evocado la situación al transmitir, con su sutil imitación, tanto el extravagante comportamiento de su acompañante como su propia naturaleza poco expresiva. Se la imaginaban junto a la portezuela del taxi mirando impertérrita a su acompañante agacharse más y más, cautivado por su propio chiste, retorciendo los dedos demoniacamente mientras notaba cuernos brotarle del cuero cabelludo, llamas lamerle los tobillos y los pies transformarse en pezuñas. El don de Rebecca, se dio cuenta Richard, no era que le pasaran cosas extrañas, sino que, mediante el contraste implícito con su cuerda serenidad, hacía que todas las cosas que le pasaban parecieran extrañas. También aquella noche podría resultar grotesca cuando la contara: «Seis policías pasaron a caballo y ella gritó: “¡Está nevando!”, y lo abrazó. Él no dejaba de hablar de lo enferma que estaba y de servirnos jerez».

—¿Qué más hacía? —preguntó Joan con avidez.

—En el primer sitio al que fuimos (era un club enorme, en la azotea de no sé qué edificio), cuando salíamos se sentó y se puso a tocar el piano hasta que una mujer con un arpa le pidió que parara.

Richard preguntó:

—¿La mujer estaba *tocando* el arpa?

—Sí, estaba rasgueando. —Rebecca hizo movimientos circulares con las manos.

—Pero, entonces, ¿él tocó lo que estaba tocando ella? ¿Le hizo el acompañamiento?

La petulancia, se dio cuenta Richard sin entender la razón, había hecho su aparición en su tono de voz.

—No, se sentó y se puso a tocar otra cosa. No supe qué era.

—¿De verdad pasó eso? —preguntó Joan alentándola a seguir.

—Y luego, en el siguiente sitio al que fuimos, tuvimos que esperar en la barra a que nos dieran una mesa y cuando quise darme cuenta estaba paseando entre las mesas preguntando a la gente si estaba todo bien.

—¿No fue horrible? —dijo Joan.

—Sí. Luego también tocó el piano allí. Fuimos un poco la atracción principal. Hacia la medianoche decidió que teníamos que ir a Brooklyn, a casa de su hermana. Yo estaba exhausta. Nos bajamos del metro dos paradas antes de tiempo y salimos debajo del puente de Manhattan. Estaba desierto, lo único que había eran limusinas negras. A kilómetros por encima de nosotros —levantó la vista como si mirara una nube o el sol— estaba el puente de Manhattan y no dejaba de decir que era el tren elevado. Al final encontramos unas escaleras y a dos policías que nos mandaron de vuelta al metro.

—¿Cómo se gana la vida ese hombre tan asombroso? —preguntó Richard.

—Da clases en un colegio. Es bastante inteligente.

Rebecca se puso de pie y estiró un brazo largo y de palidez plateada para desperezarse. Richard cogió su abrigo y su bufanda y le dijo que la iba a acompañar a casa.

—Son solo tres cuartos de manzana —protestó Rebecca con una voz sin la más mínima entonación insistente.

—Tienes que acompañarla, Dick —dijo Joan—. Compra una cajetilla de tabaco.

La idea de que Richard caminara por la nieve parecía agradaarla, como si presintiera que traería de vuelta, en la nieve en los hombros y el frío en la cara, todas las sensaciones del paseo que ella no estaba lo bastante bien para arriesgarse a dar.

—Deberías dejar de fumar un día o dos —le dijo Richard.

Joan les dijo adiós con la mano desde lo alto de las escaleras.

La nieve, invisible excepto alrededor de las farolas, ejercía una presión vibrante en sus caras.

—Ahora sí que está cayendo —dijo Richard.

—Sí.

En la esquina, donde la nieve daba a la luz verde un tono azul acuoso, la vacilación de ella cuando echó a andar a la luz del semáforo para cruzar la calle Trece lo llevó a preguntar:

—Vives a este lado de la calle, ¿verdad?

—Sí.

—Eso me parecía recordar, de cuando te trajimos en coche desde Boston. —Los Maple vivían entonces en el lado oeste de la calle Ochenta—. Recuerdo la sensación de edificios grandes.

—La iglesia y la escuela de carnicería —dijo Rebecca—. Todos los días a eso de las diez, cuando salgo hacia el trabajo, los chicos que estudian para carniceros salen al recreo ensangrentados y risueños.

Richard levantó la vista hacia la iglesia; la aguja se silueteaba de manera fragmentaria contra las ventanas iluminadas aquí y allí de un alto edificio de apartamentos de la Séptima Avenida.

—En esta ciudad es difícil para la aguja de una iglesia ser la cosa más alta.

Rebecca no dijo nada, ni siquiera su «sí» acostumbrado. Richard se sintió reprendido por ponerse didáctico. Avergonzado, intentó desviar la atención de Rebecca hacia lo primero que encontró, un letrero mal redactado encima de una gran puerta.

—«Escuela Secundaria Vocacional de Oficios Alimentarios» —leyó en voz alta—. Los vecinos del piso de arriba nos contaron que, antes que nosotros, en nuestro apartamento vivió un vendedor de carne al por mayor que se refería a sí mismo como proveedor de alimentos elegantes. En el apartamento tenía a una mujer.

—Esos ventanales de ahí arriba —dijo Rebecca señalando el piso superior de una casa de piedra arenisca— dan al mío, al otro lado de la calle. Puedo mirar su interior y sentir que somos vecinos. Siempre hay alguien en casa; no sé cómo se ganan la vida.

Al cabo de unos pasos más se detuvieron y Rebecca, en una voz que Richard imaginó ligeramente más aguda de la habitual, dijo:

—¿Quieres subir a ver dónde vivo?

—Claro.

Negarse le pareció rebuscado.

Bajaron cuatro peldaños de cemento, abrieron una puerta naranja descolorida, entraron en un vestíbulo situado en un semisótano demasiado caldeado y empezaron a subir tramos de escaleras de madera. La sospecha que había tenido Richard en la calle de estar rebasando el territorio público de la cortesía se transformó en una cierta sensación de culpa. Había pocas ocasiones de saborear lo ilícito como subir unas escaleras siguiendo el trasero de una mujer. Tres años antes, Joan había vivido en un cuarto sin ascensor, en Cambridge. Richard nunca la llevaba a casa, ni siquiera cuando todo entre ellos, hasta la última intimidad, era ya rutinario, sin temer que el casero, justificadamente furioso, se abalanzara desde su puerta y lo devorara al pasar.

Mientras abría la puerta Rebecca dijo:

—Hace un calor de la leche aquí dentro.

Era la primera vez que Richard le oía una palabra malsonante. Rebecca encendió una luz tenue. La habitación era pequeña; planos inclinados, la cara interna del tejado del edificio, se entrecruzaban en el techo y las paredes y recortaban grandes volúmenes en forma de prisma en el habitáculo de Rebecca. Cuando caminó hacia ella, que aún no se había quitado el abrigo, Richard percibió, a su derecha, un área inesperada creada allí donde la pronunciada inclinación de la techumbre se prolongaba hasta el suelo. Había en ella una cama de matrimonio. Encajada contra la pared por tres de sus lados, más que de mueble, la cama tenía aspecto de plataforma permanente y cubierta de mantas. Richard se apresuró a apartar la vista de ella e, incapaz de mirar a continuación a Rebecca, se concentró en dos sillas de cocina, una lámpara metálica de pie en el borde de cuya pantalla alternaban peces gordezuelos y ruedas de timón y una librería de cuatro estantes, todos los cuales, al ser delgados y estar próximos a una pared inclinada, daban sensación de verticalidad amenazada.

—Sí, ahí está la cocina encima de la nevera de que te hablé —dijo Rebecca—. ¿O no lo hice?

El módulo superior sobresalía del inferior varios centímetros por todos los lados. Richard pasó los dedos por el costado blanco de la cocina.

—Es una habitación bastante agradable —dijo.

—Estas son las vistas —dijo Rebecca.

Richard se movió para situarse a su lado delante de las ventanas, apartó las cortinas y miró por los diminutos cristales llenos de imperfecciones hacia el apartamento al otro lado de la calle.

—Sí que es grande la ventana de ese tipo —dijo Richard.

Rebecca emitió un ruidito nasal de asentimiento.

Aunque estaban encendidas todas las lámparas, el apartamento al otro lado de la calle estaba vacío.

—Parece una tienda de muebles —dijo Richard. Rebecca seguía sin quitarse el abrigo—. Nieva cada vez más.

—Sí. Es verdad.

—Bueno —Richard pronunció esta palabra en tono demasiado alto; terminó la frase con demasiada suavidad—, gracias por enseñarme tu casa. Tengo... ¿Has leído este libro? —Había reparado en un ejemplar de *La tía Mame* encima de un escabel.

—No he tenido tiempo —dijo Rebecca.

—Yo tampoco lo he leído. Solo reseñas. Es lo único que leo.

Con aquello consiguió llegar a la puerta. Una vez allí, cosa ridícula, se volvió. Solo cuando llegó a la puerta, pensaría luego en retrospectiva, la conducta de ella se hizo inexcusable: no solo se le acercó demasiado, sino que, también, al cambiar el peso del cuerpo a una sola pierna y ladear la cabeza, perdió unos centímetros de altura y lo colocó a él en una posición dominante que casaba muy bien con las sombras de generosa pasividad que sin duda ella era consciente de tener en la cara.

—Bueno... —dijo Richard.

—Bueno. —El eco de ella fue inmediato y posiblemente carente de significado.

—Ojito con los c-carniceros.

Por supuesto, el tartamudeo echó a perder el chiste, y la risa de ella, que había empezado en cuanto supo por la cara de él que iba a intentar decir algo gracioso, se terminó antes de que acabara de hablar.

Cuando Richard empezó a bajar las escaleras, Rebecca apoyó las dos manos en la barandilla y miró hacia el rellano siguiente.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches.

Él miró hacia arriba; ella había entrado en el apartamento.

Pero qué cerca habían estado.

CORTEJO A LA ESPOSA

Ay, amor mío. Sí. Aquí estamos, sentados en un caldeado suelo de anchas tablas, frente al fuego, con los niños entre los dos, formando una media luna, comiendo. La niña y yo compartimos media bolsa de patatas fritas; el niño y tú compartís otra; y, en el centro, sin compartir nada, emitiendo destellos simples en su interior, igual que una joya, la pequeña, subida a una sillita, succiona de su biberón con ceñuda maestría mientras sus ojos egoístas, contemplativos roban brillo al corazón de las llamas. Y tú. Tú. Dejas que la falda, la misma falda negra en la que esta mañana con suave brío de mujer te subiste a una bicicleta y a tocar himnos en difíciles claves en el viejo piano de la escuela dominical, dejas que esa falda negra se deslice de tus rodillas alzadas muslos abajo y suba también por los muslos en la geografía absoluta de tu cuerpo, de modo que la blancura paralela de sus flancos quede expuesta al calor del fuego y a mi vista. Ay. Existe una frase de Joyce. Intento recuperarla de las grutas legendarias, imperfectamente inexploradas de *Ulises*: una liga que se libera para complacer a Blazes Boylan en un recóndito antro dublinés. ¿Cuál? Calidochasquido. Esa era la palabra crucial. Chasqueó un calidochasquido en su chasqueablemente cálido muslo de mujer. Esa era la palabra crucial. Qué hombre espléndido el que siente algo así. También es espléndido sentir la vida curiosa y potente, inexplicable e irrefutablemente mágica que lleva dentro el lenguaje. ¿A quién se le ocurrió que añadir *wo* a *man* daría *woman*? Lo contrario exactamente. La ancha *w*, la receptiva *o*. En nuestra media luna, los niños, a pesar de su tamaño, parecen salir de ti hacia mí, dedos y ojos húmedos, bronce tintado. Tres niños, cinco personas, siete años. Siete años desde que desposé a una esposa cálida y generosa de blancos muslos. Cortejo y boda. Esposa. Una palabra filosa como un cuchillo que, a pesar de su irrevocable dentellada, no puso fin al cortejo. Para mi asombro.

Comemos carne, carne que arrebaté caliente de las descarnadas manos de la vendedora de hamburguesas de la cafetería vecina, un lugar feroz, brillante de grasa, lustroso de cromo; jóvenes depredadores que mascullaban chistes soeces me amenazaron, viejos me buscaron con pezuñas color café; blandí mi billetera y me abrí paso. La abultada bolsa parda de panecillos despedía calor a mi lado en el coche; la bolsa más pequeña con los dos cartones de patatas fritas emitía un calor más apremiante aún. De vuelta por el negro aire de invierno al fuego, a la caverna íntima, donde me saludaron holas y hurras, con el ciervo, boquiabierto y sangrando por su garganta de algodón, muerto, sobre los hombros. Y ahora tú, junto a la *O* blanca del plato en el que los niños descartaron con chillidos de asco los anillos de traslúcida cebolla que venía aplastada en las hamburguesas, tú acercas unos centímetros los dedos de los pies a la llama y el blanco ceniciento del interior de tu muslo se descubre perezoso y la eternamente elástica liga chasquea cálida contra mi corazón recóndito.

¿Quién habría imaginado, anchurosa esposa, durante el temblor blanco de la ceremonia (por el rabillo de ojo miraba, a pesar de la molesta letanía de funestos votos, la vibración del ramo de jazmín prendido a tu cadera), que siete años de travesía por todas esas cálidas camas no nos alejarían del trémulo punto de partida? Las células cambian cada siete años y en el átomo hay, al parecer, una extraña discontinuidad; es como si Dios quisiera renovar el universo a cada instante. (Ah, Dios, querido Dios, amigo alto de mi infancia, nunca te olvidaré, aunque dicen cosas atroces. Dicen que los rosetones de las catedrales representan la vagina.) Tus piernas tan al desnudo como con un traje de baño buscan adentrarse más en la oleada de calor ámbar. Bien: vamos allá. Un chorro verde de llama escupe de soslayo desde la bolsa de resina de un leño, gimiendo, y las sombras naranja del techo oscilan con nueva vida. Vamos allá.

—¿Te acuerdas, en nuestra luna de miel, cómo la tapa de la estufa de queroseno dibujaba un gran rosetón en el techo?

—Uhum. —Tu barbilla baja a las rodillas, tus espinillas se recogen. Todo se retrae. Quizá no hay mucho que recordar, para ti. Sangre mal derramada, torpeza de toda clase—. Hacía frío para ser junio.

—Mamá, ¿dónde hacía frío? ¿Qué has dicho? —pregunta la niña pronunciando con furia, decidida a no dejar que se le caigan las palabras y nos haga reír.

—Una casa donde una vez vivimos papá y yo.

—*Ezo* no me gusta —dice el niño, y tira al suelo medio panecillo pintado de mostaza color chartreuse.

Lo recoges y con hermoso tono pensativo preguntas:

—¿Qué raro. ¿Tenía mostaza alguno de los otros?

—Odio *ezo* —insiste el niño; tiene dos años. Las palabras son para él gruesas manillas imprecisas que giran cerca; agarra lo que puede.

—Toma. Que se coma el mío. Dame el suyo.

Te paso mi hamburguesa, la coges, él te la coge a ti, no hay vibración de gratitud por ninguna parte. Ya no se alaba mi heroísmo por traer la cena dominical, ahorrándote trabajo. Astuta, percibes, y percibes que percibo que lo sabes, que había confiado en apropiarme de tu energía para un fin más primordial. Percibimos todo lo que ocurre entre nosotros, cada vibración, existente e inexistente; es cansado. Cortejar a una esposa requiere diez veces la energía de conquistar a una muchacha ignorante. El fuego cambia, haciendo añicos fragmentos de periódico que transportan, en un gris más claro, el fantasma de la tinta de su mensaje. Recoges las piernas y te las cubres con la falda. Con un chisporroteo similar al suspiro de los leños exhaustos, la pequeña succiona lo que queda en el biberón, lo deja caer al suelo con su desagradable ruido de burbujas vacías y empieza a llorar. La boca egoísta se abre; se rasga la delgada membrana de su saciedad. La coges en brazos y te pones de pie. Quieres a nuestra hija pequeña más que a mí.

¿Quién habría dicho, una vez derramada la sangre, que no se rompería ninguna barrera, que sanarías cada vez hasta volver a ser virgen? Alta, rubia, misteriosa, remota y cortés.

Acostamos a los niños, uno a uno, en orden inverso de nacimiento. Soy ilimitadamente paciente, paternal, bueno. Pero lo sabes. Miramos bolsas de papel y recipientes de cartón prender en la almohada viva de las ascuas; leemos, vemos la televisión, comemos galletas saladas, da lo mismo. Llegan las once. Durante un instante estremecedor estás de pie en la alfombra de la habitación en bragas desenredando el camisón; ay, gorda blanca dulce gorda gordura. En la cama, lees. Sobre Richard Nixon. Te fascina; lo odias. Sabes que derrotó a Jerry Voorhis, que martirizó a

la señora Douglas, que en la marina jugaba al póquer a pesar de ser cuáquero, conoces cada trampa diabólica, cada rastrera transformación. Ay, señor, dejemos que el anciano se vaya a la cama. No somos perfectos ninguno.

—Oye, vamos a apagar la luz.

—Espera. Está a punto de conseguir que condenen a Hiss. Es muy raro. Dice que actuó de forma honorable.

—Estoy seguro de que así fue.

Busco el interruptor.

—No. Espera. Solo a que termine el capítulo. Estoy segura de que habrá algo al final.

—Cariño, Hiss era culpable. Todos los somos. Concebidos en concupiscencia, morimos impenitentes.

Hubo un tiempo en que mis floridas palabras te conquistaban.

Me pego a tu lechosa espalda convexa. Lees de lado, un truco somnoliento. Veo la página por entre tu flequillo, afilada y blanca como una arista de cristal. De pronto se cae. El libro se te ha caído de la mano. Duermes. Ah, qué astuto truco, qué astuto. En la oscuridad, cavilo. Astuto. Los faros de coches proyectan accidentalmente estrías de luz discontinua por nuestro techo y nuestras paredes. El gran rosetón se proyectaba hacia arriba por entre las perforaciones con forma de pétalo en la tapa de la estufa de queroseno, que pusimos en el centro de la habitación. Cuando parpadeaba la llama en la mecha circular, la ancha y suave estrella de penumbras entrelazadas se movía y agitaba como si estuviera estampada en una tela de seda que alguien estuviera estirando suavemente u ondeando despacio. Pagamos un alto precio en sangre por un hogar apacible.

Por la mañana, para mi alivio, estás fea. La pálida luz del desayuno del lunes te emblanquee con manchas; absorbe lo bueno de tu abundancia, convierte el albornoz en un tubo sucio y flácido que aletea desconsolado dejando ver un escote cetrino. La piel entre tus pechos es color amarillo triste. Durante el café me deleito con tu monocromía, cada arruga y cada matiz nauseabundo me procura alivio y venganza. Los niños berrean. La tostadora se atasca. Siete años han ajado a esta mujer.

El hombre sale disparado a trabajar, torneando por el derecho a pasar, virando en el delgado límite de la velocidad máxima permitida. Salir del desorden, la blandura, la palidez, la flacidez doméstica; entrar en la ciudad. La piedra es su territorio. Ganar monedas. Manejar abstracciones. Hacer funcionar cosas sin corazón. ¡Ah, los placeres inanimados, inflexibles de un trabajo!

Vuelvo con la cabeza enredada en una máquina. Un tecnicismo que me llevaría semanas explicarte me atora el cerebro; paso una tarde tonta dando vueltas a frases y números. Me sirves la cena como una camarera... menos que una camarera, puesto que te conozco carnalmente. Los niños me tocan con timidez, como tocarían una elevada viga encajada en un armazón cuya altura no conciben. Se abandonan al sueño, confiados. Sobrevivimos a su partida en sereno paralelismo. Mis pensamientos recorren en crónicos ángulos rectos los mismos circuitos tramposos en la misma cuadrícula profesional. Haces crujir el libro sobre Nixon; desapareces en la fontanería del piso de arriba; gimen las cañerías de la bañera. En mi cabeza parece que al fin he encontrado el interruptor atascado: lo presiono; se atora; empujo; está atorado. Me siento mareado, revuelto de tanto cigarrillo. Camino en círculos por la habitación, sin rumbo.

De manera que me pilla por sorpresa cuando, en una de las vueltas, a la significativa hora de

las diez vienes a mí con un beso de dentífrico húmeda y joven y ágil; el regalo esperado no merece darse.

DONAR SANGRE

Los Maple llevaban ya casados nueve años, lo que es casi demasiado tiempo.

—Maldita sea, maldita sea —le dijo Richard a Joan cuando iban en el coche camino de Boston a donar sangre—, hago este camino cinco días a la semana y ahora lo estoy haciendo otra vez. Es como una pesadilla. Estoy exhausto. Estoy emocional, mental y físicamente exhausto y ni siquiera es tía mía. Ni siquiera es tía tuya.

—Es prima lejana —dijo Joan.

—Sí, joder, cada maldito habitante de Nueva Inglaterra es primo lejano tuyo; ¿tengo que pasarme el resto de mi vida tratando de salvarlos a todos?

—Calla —dijo Joan—. Se puede morir. Me avergüenzo de ti. Me avergüenzo mucho.

Aquello dolió. La voz de Richard adquirió por un momento una palidez contrita.

—Bueno, si hubiera dormido algo anoche, sería el maldito santo que soy generalmente. Cinco mañanas a la semana salto de la cama y salgo dormido a cruzarme con el lechero, y el único día que no tengo que llevar a los mocosos al colegio dominical, me conciertas una cita a cincuenta kilómetros para que me hagan una sangría.

—Oye, que no fui yo —dijo Joan— la que tenía que quedarse hasta las dos de la mañana bailando al twist con Marlene Brossman.

—No estábamos bailando el twist. Estábamos girando castamente al son de *Éxitos de los cuarenta*. Y no te creas que estaba tan distraído como para no verte haciendo arrumacos detrás del piano con Harry Saxon.

—No estábamos detrás del piano. Estábamos en la banqueta. Y estaba hablando conmigo solo porque le daba pena. Les daba pena a todos los que estaban allí; al menos podías haber dejado que alguien bailara una vez con Marlene, aunque solo fuera por disimular.

—Sí, claro, disimulo —dijo Richard—. Esa es exactamente tu mentalidad.

—Bueno, los pobres Matthew o como se llamen parecían de lo más horrorizados.

—Matthiessons —dijo Richard—. Y esa es otra. ¿Por qué invitan últimamente a gente tan idiota? Si hay algo que no soporto es a esas mujeres que no hacen más que tocarse las perlas y respirar hondo. Pensé que tenía algo en la garganta.

—Son gente joven de lo más agradable y decente. A ti te molesta que estuvieran allí porque su relativa inocencia nos demuestra en lo que nos hemos convertido.

—Si tanto te atraen —dijo Richard— los hombrecillos regordetes como Harry Saxon, ¿por qué no te casaste con uno?

—Madre mía —dijo Joan con calma, y apartó la vista de él para mirar por la ventana, a las

gasolineras que discurrían a gran velocidad—. Eres odioso de verdad. No es una pose.

—Pose, disimulo, por Dios, ¿para quién estás actuando? Si no es Harry Saxon, es Freddie Vetter... o alguno de esos enanos. Anoche, cada vez que te miraba parecías una pálida Reina del Rocío rodeada de un círculo de setas.

—Mira que eres absurdo —dijo Joan. Su mano, la mano de una mujer en la treintena, seca, de venas verdes y áspera por los detergentes, apagó el cigarrillo en el cenicero del salpicadero—. Qué poco sutil. Crees que puedes emparejarme con otros hombres para así poder largarte tranquilamente con Marlene con la conciencia tranquila.

Que hubiera detectado tan bien su estrategia hizo que le ardiera la cara; sintió de nuevo el cosquilleo del pelo de la señora Brossman cuando pegó la mejilla a la suya y, en aquella húmeda intimidad, inhaló el perfume detrás de su oreja.

—Tienes razón —dijo—, pero quiero conseguirte un hombre a tu altura. En ese sentido, soy muy leal.

—Mejor nos llamamos —dijo ella.

La esperanza de Richard de convertir la verdad en un chiste recibió un vapuleo. Cualquier atisbo de permisividad quedó bloqueado.

—Es ese engreimiento —explicó, con voz neutra, como si hablara de un fenómeno del cual ambos fueran estudiosos desinteresados—. Tu engreimiento es lo que me resulta verdaderamente intolerable. Tu liberalismo reflejo me da igual. He aprendido a vivir con tu asexualidad. Pero ese total engreimiento, tan de Nueva Inglaterra... supongo que fue necesario para fundar el país, pero en la Era de la Ansiedad resulta de lo más irritante.

Había estado mirándola y, de manera inesperada, ella se volvió y lo miró, con expresión sobresaltada pero inquietantemente cristalina, como si en un instante su cara, pestañas incluidas, se hubiera vuelto de porcelana coloreada.

—Te pedí que no hablaras —dijo Joan—. Ahora has dicho cosas que no se me olvidarán nunca.

Sumergido a brazas de profundidad en el error, asfixiado por la culpa, Richard se concentró en la carretera y condujo taciturno. Aunque circulaban casi a cien en el escaso tráfico del sábado, Richard había recorrido tantas veces aquella carretera que todas las distancias se traducían en tiempo, de manera que le parecía que el coche se movía igual de despacio que se mueve el minutero de un reloj de un número al siguiente. Continuar en silencio habría sido estratégico y digno por su parte; pero no podía resistirse a creer que unas pocas sílabas más devolverían el equilibrio conyugal que se rompía un poco más con cada kilómetro sin hablar. Preguntó:

—¿Qué tal has visto a Bean?

Bean era su hija de meses. La habían dejado la noche anterior, para ir a una fiesta, con treinta y nueve de fiebre.

Joan forcejeó con su promesa de no decir nada, pero la preocupación maternal fue más fuerte. Dijo:

—Menos caliente. Tiene la nariz que parece un río.

—Cariño —soltó Richard—, ¿me van a hacer daño?

Lo curioso era que nunca había donado sangre. Asmático y bajo de peso, había sido clasificado como f-4; y en la universidad y ahora en la oficina, no tanto por su propia determinación como por la inseguridad de los solicitantes, se había librado de donar. Era una de

esas pruebas de valentía tan triviales que a nadie se le había ocurrido nunca obligarlo a hacerle frente.

La primavera llega de mala gana en Boston. Cortezas moteadas de hielo recubrían aún los parquímetros y el aire, gris y estancado entre estaciones, teñía los edificios de la avenida Longwood con majestad anodina y homogénea. Mientras subían por el camino de entrada al hospital, Richard se preguntó en voz alta si verían al rey de Arabia.

—Está en un ala para él solo —dijo Joan—. Con cuatro esposas.

—¿Solo cuatro? Qué asceta.

Y se atrevió a tocar el hombro de su mujer. No supo con seguridad si esta, bajo el grosor de su abrigo de invierno, lo notó.

En recepción los mandaron por un pasillo largo con suelo de linóleo color tabaco. El pasillo subía y bajaba, iba a derecha y a izquierda de esa manera sigilosa, inconexa propia de los hospitales que han sido construidos anexo a anexo. Richard se sintió igual que un Hansel huérfano en compañía de Gretel; los pájaros se comían las migas de pan que iban dejando y al final llamaban tímidamente a la puerta de la bruja, en la que decía centro de donación de sangre. Un hombre joven vestido de blanco entreabrió la puerta. Por encima de su hombro Richard vislumbró —¡horror!— dos piernas de mujer amputadas, despojadas de sus zapatos y tendidas en paralelo sobre una camilla. Atisbos de frascos y agujas le aguijonearon los ojos. Sin abrir más la puerta, el joven les entregó dos extensos formularios. Cuando se sentaron juntos en el banco de espera, escribieron sus segundos nombres y recordaron sus enfermedades de infancia, el señor y la señora Maple se redefinieron. Él contuvo las ganas de reír, de hacer el payaso y de mentir que lo amenazaban cada vez que le pedían —igual que un abogado designado por un tribunal para defender un caso perdido— que expusiera, por así decirlo, sus datos estadísticos ante la eternidad. Parecía mitigar en algo su situación el hecho de que unas pocas de esas estadísticas (dirección actual, fecha de boda) las compartía con el alma herida que garabateaba a su lado. Giró la cabeza para mirarla.

—No sabía que hubieras tenido la tosferina.

—Eso dice mi madre. Yo no me acuerdo.

Una sartén cayó con estrépito en un suelo lejano. Un ascensor cloqueó en la distancia. Una mujer, de mediana edad, con la parte superior del cuerpo recargada de carmín y pieles, salió de la habitación de la sangre y se tambaleó un instante sobre unas piernas que resultaban familiares. Habían sido devueltas a sus zapatos. Los tacones de esos zapatos pisaron con firmeza cuando, después de examinar a los Maple con expresión aturdida y desafiante, se volvió y desapareció detrás de un recodo del pasillo. El hombre joven apareció en el umbral con unas pinzas quirúrgicas en la mano. Un corte de pelo evidentemente reciente le daba aspecto de aprendiz de barbero. Hizo chasquear las pinzas y sonrió:

—¿Quieren pasar los dos a la vez?

—Claro.

A Richard le aguijoneó el amor propio que aquel tipo imberbe, a quien al parecer habían de confiar su líquida esencia, fuera mucho más joven que ellos. Pero cuando se puso de pie, su indignación se desvaneció y sintió que se le diluían las piernas. Y la extracción de una muestra de sangre de su dedo corazón le pareció la interacción con otro ser humano más desagradable e innecesariamente prolongada que había experimentado jamás. Existe una manera de tocar que los

buenos dentistas, mecánicos y barberos tienen y aquel residente no; titubeaba y, para compensar, era demasiado brusco. Una y otra vez, igual que un vampiro atrozmente torpe, tiró y retorció en vano el dedo que se amorataba. El tubito capilar permaneció transparente.

—No le gusta sangrar, ¿verdad? —preguntó el residente a Joan.

Tan relajada como una enfermera, esta estaba sentada en una silla junto a una mesa de reluciente instrumental.

—Me temo que la sangre no se le mueve demasiado —dijo— hasta después de medianoche.

Esta intentona de chiste hizo que Richard, en su susto extremo, riera sonoramente y la sangre pareció al fin hacer reaccionar al aterrado coagulante. El color rojo se filtró de pronto por el tubito sediento como en un súbito termómetro.

El estudiante gruñó aliviado. Mientras esparcía las muestras en el portaobjetos, explicó distraído:

—Lo que deberíamos tener aquí es un recipiente con agua caliente. Acaba de llegar usted del frío de la calle. Si mete la mano un minuto en agua caliente, la sangre saldrá sola.

—Bonito pensamiento —dijo Richard.

Pero el estudiante ya había decidido que era un payaso y habló tranquilamente a Joan.

—Bastaría con un hornillo pequeño de seis dólares, así también podríamos prepararnos café. Ahora, cuando tenemos un donante que necesita tomarse un café, tenemos que pedirlo en el piso de arriba y, mientras llega, tenerlo con la cabeza entre las rodillas. ¿Cree que necesitará un café?

—No —interrumpió Richard, celoso de la sintonía entre los dos.

El estudiante le dijo a Joan:

—Es usted 0.

—Sí, lo sé —dijo ella.

—Y él es A positivo.

—Pues ¡eso está muy bien, Dick! —exclamó Joan.

—¿Soy un caso raro? —preguntó Richard.

El chico se volvió a él y explicó:

—0 positivo y A positivo son los grupos más comunes. ¿Por quién empiezo?

—Por mí —dijo Joan—. Es su primera vez.

—Su nombre completo es Juana de Arco —explicó Richard, furioso por aquella traición, tan irreprochablemente abnegada y engreída.

El estudiante, amenazado en su elemento, fijó sus ojos perplejos en el suelo entre los dos y dijo:

—Quítense los zapatos y tumbense cada uno en una camilla.

Añadió «por favor» y los tres rieron, uno detrás del otro, el estudiante en último lugar.

Las camillas estaban en ángulo recto la una respecto a la otra y pegadas a dos paredes. Joan se tumbó y desde el ángulo de visión de su marido estaba inusualmente acertada. Nunca la había visto de aquella manera, con la coronilla peinada de su cabeza tan enternecedora, el brazo desnudo tan pálido y largo, los pies enfundados en calcetines con los dedos hacia dentro de una manera infantil y desvalida. Las camillas no tenían almohada y, al estar horizontal, Richard tenía la impresión de tener la cabeza baja; la ilusión de flotar alimentó su esperanza de que aquella aventura irreal se desvaneciera pronto, como hacen los sueños.

—¿Estás bien?

—¿Y tú?

La voz de Joan salió con suavidad de entre la abundancia recogida de su pelo. Tenía la raya tan recta que parecía que la había peinado su madre. Richard miró una larga aguja hundirse en la cara anterior del brazo de Joan y un trozo de algodón humedecido frotar con torpeza la superficie. Había imaginado que la sangre de ambos sería vertida en latas o frascos, pero el estudiante, cuya respiración era ahora el único sonido en la habitación, colocó junto a Joan lo que parecía una mochila de plástico diminuta, toda enrollada y atada. Su cuerpo encubría sus movimientos. Cuando se apartó, había un cordón de plástico injertado, una enredadera transparente en el pliegue del codo del brazo extendido de Joan, donde la piel era traslúcida y las venas, débiles afluentes azules enterrados a poca profundidad. Era un lugar sensible, vulnerable que, en los tiempos del cortejo, le había gustado que le acariciaran. Ahora, sin transición visible, los zarcillos allí sembrados se volvieron rojo oscuro. Richard quiso gritar.

La instantánea disposición de la sangre de Joan a abandonar su cuerpo lo hirió como un dolor físico. No le había dado tiempo ni a pestañear, la irrupción había sido demasiado veloz para su ojo. Había esperado algún signo visible de flujo, pero, a juzgar por su aspecto, la diminuta soga ensortijada podría estar vertiendo sangre en el cuerpo de Joan o ser una línea curva añadida, a la manera de imprudente bigote, a una pintura. La posición fija de su cabeza daba una cierta horizontalidad a todo lo que veía.

Y entonces el estudiante se volvió hacia él y notó el diminuto pinchazo de la aguja con novocaína y, a continuación, medio sintió la intrusión de algo parecido a un clavo de mediano tamaño. En dos ocasiones el chico buscó sin éxito la vena y a la tercera se apresuró a fijar el logrado injerto con esparadrapo. Durante todo ese tiempo, los pensamientos de Richard discurrieron distantes por entre las constelaciones del techo sucio y agrietado. Lo que le estaban haciendo era insoportable de contemplar. Cuando el estudiante se apartó para hacer zumbar y tintinear el instrumental, Joan alargó el cuello para que su marido le viera la cara y, cabeza abajo desde donde la veía él, sonrió grotescamente, con la boca donde debían de haber estado los ojos y los ojos convertidos en una boca rota que parpadeaba.

No estuvieron demasiados minutos tumbados en ángulo recto, pero el tiempo pasó como algo del otro lado de la pared, como algo mezclado con el lejano estruendo de recipientes y de pisadas que se acercan y se alejan y puertas invisibles que se abren y se cierran. Allí, consciente de un latido puntiagudo e indoloro en la articulación interior del brazo, pero indiferente a lo que podía ser, Richard flotó e imaginó cómo su alma flotaría libre cuando toda su sangre estuviera bajo la camilla. Su sangre y la de Joan fundidas en el suelo, y sus espíritus que se deslizarían juntos de una grieta a otra, de una estrella del techo a otra. Joan carraspeó una vez y el sonido fue como el arañazo de un guijarro desprendido por la bota de un escalador.

Se abrió la puerta. Richard giró la cabeza y vio a un hombre mayor, calvo y cetrino, entrar y acomodarse en una silla. Era uno de esos hombres ancianos que ocupan un puesto mal definido pero asegurado dentro de una institución. El joven médico parecía conocerlo y los dos hablaron, en voz baja, como si no quisieran perturbar la unión mística de la pareja dispuesta para el sacrificio. Hablaron de personas y acontecimientos que no significaban nada. De Iris, del doctor Greenstein, del pabellón D, otra vez de Iris, quien había dado una reprimenda innecesaria al hombre mayor, de la vergonzosa falta de un hornillo en el que hacer café, de los guardaespaldas

negros de quienes se rumoreaba hacían guardia con cimitarras junto al lecho del rey glaucomatoso. Estos temas de conversación pasaron por la ignorancia transida de Richard como nubes de impresiones, iridiscentes, voluminosas: el doctor Greenstein, con nariz puntiaguda y ojos almendrados del color de la hiedra; Iris, de veinte metros de altura y lanzando rayos estériles de furia. Del mismo modo en que en algunas teologías se dice de las deidades proliferantes que existen como meras vibraciones en el paisaje anodino de la cabeza del Dios, estas imágenes inconstantes revestían tenuemente su ininterrumpida conciencia de la sangre de Joan, como la suya, menguando. Vinculados a una pérdida común, eran como siameses castos; se le ocurrió que quizá las sondas que les habían puesto se encontraban en algún punto fuera de su vista. Para poner a prueba su hipótesis, bajó la vista y vio que la enredadera plástica pegada al pliegue interior de su brazo tenía, de hecho, el mismo color rojo oscuro que la de Joan. Fijó la vista en el techo para ahuyentar una sensación de mareo.

De repente el joven estudiante interrumpió su conversación desganada y fue hasta Joan. Hubo un gorjeo de pinzas. Cuando se separó, Richard vio a Joan con el brazo desnudo levantado y presionando contra él un trozo de algodón con la otra mano. Acto seguido, el estudiante fue hasta Richard y el trinar de pinzas se repitió, más cerca.

—Fíjate —le dijo a su anciano amigo—. Le he pinchado dos minutos después que a ella y ha terminado al mismo tiempo.

—¿Era una carrera? —preguntó Richard.

Con firmeza torpe, el chico puso una gasa a Richard en los dedos y le levantó el brazo.

—Manténgalo así cinco minutos —dijo.

—¿Qué pasa si no lo hago?

—Se manchará la camisa. —Se dirigió al hombre mayor—: El otro día tuve aquí a una mujer, estaba ya preparada para irse cuando, de repente, ¡zas!, en toda la delantera de un vestido de lino precioso. Iba a un concierto de la sinfónica.

—Luego intentan demandar al hospital para que pague la factura de la tintorería —murmuró el hombre mayor.

—¿Por qué he tardado yo más que él? —preguntó Joan. El brazo levantado se agitó, como si estuviera ofendido o debilitado.

—Suele ocurrir con las mujeres —le dijo el estudiante—. Nueve de cada diez veces, el hombre es más rápido. Tienen el corazón mucho más fuerte.

—¿Es eso cierto?

—Desde luego que sí —le dijo Richard—. No discutas con la ciencia médica.

—A una mujer en el pabellón C —dijo el hombre mayor— le salvaron la vida después de un accidente de coche y ahora he oído que ha presentado una demanda porque no encontraron su prótesis dental.

Con semejante cháchara, los cinco minutos se eternizaron. A Richard empezó a dolerle el brazo levantado. Tuvo la sensación de que Joan y él estaban atrapados juntos en un aula donde nunca los reconocerían o en una charada donde nunca los adivinarían porque la respuesta correcta era Dos Abedules en un Prado.

—Ya pueden sentarse si quieren —les dijo el residente—. Pero no dejen de apretarse en la venopunción.

Se sentaron en las camillas y las piernas colgaron, pesadas. Joan le preguntó:

—¿Estás mareado?

—¿Con mi poderoso corazón? No seas impertinente.

—¿Cree que necesitará un café? —le preguntó el residente a Joan—. Tendría que pedirlo ya.

El hombre mayor se inclinó hacia delante, preparándose para ponerse de pie.

—No quiero café —dijo Richard en voz tan alta que se vio a sí mismo transpuesto, como una Iris menor, al firmamento del chismorreo agraviado del hombre mayor. «Un cabrón que se marea en la sala de donar sangre. Me levanto para ir a buscarle un café y casi me arranca la cabeza.» Para demostrar simultáneamente su buen humor intrínseco y su total presencia de ánimo, Richard hizo un gesto en dirección a la sangre que habían donado, dos bolsas cuadradas de plástico llenas hasta rebosar, y declaró—: Donde yo nací, en Virginia Occidental, algunos perros tienen garrapatas con ese mismo aspecto.

Los hombres lo miraron asombrados. ¿Acaso no había dicho lo que había querido decir? ¿O es que nunca habían conocido a nadie de Virginia Occidental?

Joan también señaló la sangre.

—¿Esa es nuestra sangre? ¿Esas almohaditas de casita de muñecas?

—Igual deberíamos llevarle una a Bean —sugirió Richard.

El residente no pareció muy seguro de que aquello fuera una broma.

—Su sangre será asignada a la cuenta de la señora Henryson —declaró con frialdad.

Joan le preguntó:

—¿Sabe algo de ella? ¿Cuándo está programada su operación?

—Creo que para mañana. Lo único que hay hoy en el tablón es una cirugía a corazón abierto a las dos; harán falta unos siete litros.

—Huy... —Joan se sobresaltó—. Siete litros... Esa es la sangre que tiene una persona, ¿no?

—Más —contestó el residente con ese gesto regio de la mano que otorga dones y rechaza cumplidos.

—¿Podríamos visitarla? —preguntó Richard pensando en Joan («Me avergüenzo mucho», había dicho esta; le había dolido). Confiaba en recibir una negativa.

—Bueno, pueden preguntar en recepción, pero por lo general antes de una cirugía importante como esta solo permiten visitas de parientes cercanos. Supongo que ya están.

Se refería a las punciones. En el brazo de Richard había una magulladura pequeña en relieve; el residente la cubrió con una de esas grandes vendas salmón, indudablemente adhesivas, que solo hay en los hospitales. Esa era su especialidad, pensó Richard, el empaquetado. Envuelven la porquería de los humanos para su destino final. Dieciséis almohadas de muñeca, todas igual de oscuras y mullidas, desfilando camino de un corazón abierto; verlas satisfizo por un momento su hambre de orden.

Se bajó la manga y se levantó de la camilla. Lo sobresaltó darse cuenta, en el instante antes de que sus pies tocaran el suelo, tres pares de ojos estaban fijos en él, fascinados y preocupados y ávidos de escándalo. Se puso a la pata coja para meter el pie en un mocasín, y cambió de pierna para ponerse el otro. Luego hizo el paso punta-tacón punta-tacón que era lo único que recordaba de las clases de baile que había dado a los siete años cada sábado en Clarksburg, a veinte kilómetros de sus casa. Hizo una pequeña reverencia a su mujer, sonrió al hombre mayor y dijo al residente:

—Durante toda mi vida la gente ha estado esperando a que me desmaye. No tengo ni idea de

por qué. Todavía no me he desmayado.

La chaqueta y el abrigo le parecieron algo extraños, un poco resbaladizos y ligeros, pero a medida que recorría el largo pasillo, el espacio pareció ajustarse acogedoramente a su alrededor. A su lado, Joan guardaba un silencio inquisidor y admonitorio. Empujaron las grandes puertas de cristal. Un sol famélico mordisqueaba por entre las nubes. Sobre sus cabezas y a su espalda, el rey de Arabia yacía en un sueño narcótico de drogas y la señora Henryson, en su lecho de muerte, recibía, igual que una comatosa madre de gemelos, sus paquetes de sangre idénticos. Richard estrechó los hombros de su mujer y mientras caminaban, cada uno apoyado en el otro, susurró:

—Oye, te quiero. Te quiero mucho mucho mucho.

El romance es, sencillamente, lo ajeno, lo no probado. Para los Maple era inusual ir juntos en un coche a las once de la mañana. Casi siempre era de noche cuando lo hacían. El óvalo de la cara de ella se aferraba al rabillo del ojo de él. Lo estaba mirando, dispuesta a coger el volante si de pronto perdía el conocimiento. Richard sintió ternura por ella en la luz color cáscara de huevo, y curiosidad por sí mismo, preguntándose a qué profundidad de su cerebro se encontraría el pozo negro. No se sentía distinto, pero, claro, la cualidad de consciente no admitía, quizá, la introspección. Sin duda le habían arrebatado algo; le faltaba medio litro de sí mismo. Y, sin embargo, la tierra, con sus señales y edificios y coches y ladrillos, persistía igual que una nota sostenida.

Cuando dejaron Boston atrás, preguntó:

—¿Dónde podemos comer?

—¿Deberíamos comer?

—Sí, por favor. Déjame que te lleve a comer. Como si fueras una secretaria.

—La verdad es que me siento un poco ilícita. Como si hubiera robado algo.

—¿Tú también? Pero ¿qué hemos robado?

—No lo sé. ¿La mañana? ¿Crees que Eve será capaz de darles de comer?

Eve era la canguro, una chica pequeña y huesuda de su misma calle que, al cabo de un año exactamente, había calculado Richard, sería dolorosamente guapa. Duraban una media de tres años, las canguros; las cogías en décimo curso, las acompañabas mientras florecían y luego, después de la graduación, igual que los viajeros de cercanías que han llegado a su trabajo, desaparecían de la vista, para ir a la universidad o casarse. Y el tren seguía su camino y recogía a otros pasajeros y se hacía más viejo y largo.

—Se las arreglará —dijo—. ¿Qué te apetece comer? Tanto oír hablar de café me ha dado unas ganas locas de tomarme uno.

—En el sitio de tortitas pasada la calle Ciento veintiocho te sirven café antes incluso de que lo pidas.

—¿Tortitas? ¿Ahora? Qué animosa. ¿Crees que vomitaremos?

—¿Tienes ganas de vomitar?

—La verdad es que no. Me siento un poco insustancial y blando, pero probablemente es psicósomático. No acabo de entender esto de dar algo y, sin embargo, seguir teniéndolo. ¿Qué será...? ¿El esplín?

—No lo sé —dijo Joan—. ¿El hombre melancólico y el sanguíneo son iguales?

—Dios. Se me habían olvidado por completo los humores. ¿Cuáles son los otros? ¿Flema y

cólera?

—La bilis y la bilis negra también andan por ahí.

—Hay una cosa innegable, Joan. Que eres instruida. Las mujeres de Nueva Inglaterra son cultas.

—Aunque asexuadas.

—Eso es; échamelo en cara.

Pero no había ira en las palabras de Richard; de hecho, le había recordado a Joan la conversación anterior para ver si, así, las palabras que había dicho él entonces podían ser revividas, diluidas y borradas. Pareció funcionar. El restaurante donde solo servían tortitas estaba vacío y tranquilo a aquella hora tan temprana. Mientras comían, la timidez se apoderó de los dos y también el silencio. Conmovido por la mancha que dejaban las tortitas de arándanos en los dientes de Joan, Richard le dio fuego con una cerilla y dijo:

—Oye, me encantaste en la sala de donar sangre.

—Me pregunto por qué.

—Fuiste muy valiente.

—Igual que tú.

—Pero se supone que yo debo serlo. Me pagan para que lo sea. Es el precio de tener pene.

—Shh.

—Oye. Lo de asexuada no lo he dicho en serio.

La camarera les sirvió más café y les dio la cuenta.

—Y prometo no bailar nunca el twist, el chachachá ni el schotiische con Marlene Brossman.

—No seas tonto. Me da igual.

Aquello equivalía a darle permiso, pero lo irritó perversamente. Esa manera de estar por encima de las cosas. ¿Por qué no peleaba Joan? En un intento por recuperar la paz, de trepar pendiente arriba, cogió la cuenta y, en un esfuerzo actoral, simulando que aquello era una cita y él era un pretendiente tonto e inexperto, dijo con generosidad:

—Pago yo.

Pero al buscar en su cartera solo encontró un único dólar gastado. No entendía qué le enfadaba tanto, excepto quizá el hecho de que hubiera solo uno.

—Maldita sea —dijo—. ¿Te lo puedes creer? —Le agitó el billete en la cara—. Trabajo toda la semana como un cabrón para ti y esos mocosos insaciables y ¿con qué termino? Con una porquería de billete de dólar arrugado.

Las manos de ella bajaron al monedero sobre el asiento, pero su mirada siguió fija en él, después de que su rostro se hubiera retirado, o avanzado, dentro de ese caparazón cerámico de insólita compostura.

—Pagamos a medias —dijo Joan.

CAMAS SEPARADAS EN ROMA

Los Maple llevaban tanto tiempo hablando y pensando sobre la separación que parecía que nunca llegaría. Pues sus conversaciones, cada vez más ambivalentes y despiadadas a medida que se alternaban y contrarrestaban las acusaciones, las retractaciones, los ataques y las caricias, daban como resultado unirlos aún más en una intimidad dolorosa, irremediable, degradante. Y el sexo, igual que un niño perversamente sano cuyo crecimiento contradice todas sus deficiencias nutricionales, continuaba; cuando sus lenguas por fin callaban, sus cuerpos se desplomaban juntos como podrían mezclarse dos ejércitos mudos liberados de las absurdas hostilidades decretadas por dos reyes perturbados. Herido, mutilado, enterrado con reverencia innumerables veces, su matrimonio se negaba a morir. Ardiendo en deseos de dejarse el uno al otro, se marcharon de viaje, llevados por la costumbre conyugal, juntos. Fueron a Roma.

Aterrizaron de noche. El avión llegaba con retraso, el aeropuerto era imponente. Habían partido de forma apresurada, sin planear nada; y, sin embargo, como avisados de su llegada, ágiles italianos que hablaban un inglés perfecto se hicieron cargo de su equipaje, les reservaron por teléfono una habitación de hotel desde el aeropuerto y los subieron a un autobús. El autobús, cosa inesperada, se zambulló en un oscuro paisaje rural. A lo lejos, unas pocas ventanas parecían farolillos; abajo, un río enseñaba abruptamente su pecho desnudo; las siluetas de olivos y pinos discurrían deprisa como las ilustraciones imprecisas de un manual de latín.

—Me quedaría toda la vida en este autobús —dijo Joan en voz alta, y a Richard lo incomodó recordar, de los días en que se satisfacían mutuamente, cómo en una ocasión Joan le confesó sentirse excitada cuando el joven de la gasolinera, cada vez que le limpiaba el parabrisas con un movimiento vigoroso, circular, hacía balancearse ligeramente el coche, y a ella dentro de él. De todas las cosas que le había contado, aquella se le había quedado grabada como la más reveladora, como el destello más profundo que Joan le había permitido atisbar de esa mujer secreta a la que jamás conseguiría (se había cansado de intentarlo) llegar.

Sin embargo, lo complacía verla feliz. Esa era su debilidad. Quería que fuera feliz y la certidumbre de que, lejos de ella, no podría saber si lo era o no constituía la última e inesperada puerta que le cerraba el paso cuando todas las demás se habían abierto. De manera que secaba de los ojos de ella las lágrimas que él mismo había provocado, retiraba toda manifestación de desaliento en el preciso instante en que ella parecía dispuesta a rendirse y la tortura se prolongaba.

—Nada dura para siempre —dijo ahora.

—Eres incapaz de relajarte, aunque sea un minuto, ¿verdad?

—Perdona. Relájate tú.

Joan estuvo un rato mirando por la ventana, luego se giró y le dijo:

—No tengo la sensación de estar yendo a Roma.

—¿Adónde vamos?

Su curiosidad era sincera, igual que su confianza en que Joan pudiera decírselo.

—¿De vuelta a como éramos antes?

—No. No quiero volver a eso. Tengo la sensación de que hemos llegado muy lejos y solo nos queda un pequeño trecho por recorrer.

Joan estuvo largo tiempo mirando el paisaje mudo antes de que Richard se diera cuenta de que lloraba. Resistió el impulso de consolarla, lo silenció interiormente por ser algo cobarde y cruel, pero su mano, como sustraída a la contención por una fuerza tan poderosa como la lujuria, subió sigilosa por el brazo de Joan. Esta descansó la cabeza en su hombro. La mujer con chal sentada al otro lado del pasillo los tomó por enamorados y apartó la vista cortésmente.

El autobús abandonó la oscuridad de la campiña. Fábricas e hileras de fachadas residenciales estrechaban la carretera. Un repentino monumento, una gigantesca pirámide blanca herida de luz y con inscripciones latinas se erguía a un lado. Pronto tuvieron las caras juntas, pegadas a la ventana para seguir con la vista al Coliseo nada menos, que, con su forma de tarta nupcial rota, giraba despacio y salía flotando en silencio de su campo de visión. En la terminal, otra alegre cadena de manos y voces los reunió con su equipaje, los instaló en un taxi y los llevó al hotel. Cuando Richard depositó seis monedas de cien liras en la mano del taxista, le parecieron las monedas más suaves, redondas y cuidadosamente sopesadas que había entregado nunca. Para la recepción del hotel había que subir un piso. El mozo era joven y bromista. Pronunció su apellido varias veces y se preguntó por qué no había ido a Nápoles.^[2] Los pasillos del hotel, que en el aeropuerto les habían descrito como de segunda clase, eran, no obstante, de mármol rosa. El suelo de mármol continuaba en la habitación. Eso y la amplitud del cuarto de baño y el púrpura imperial de las cortinas impidieron a Richard reparar en una imperfección grave hasta que el mozo, haciendo entrechocar los talones de satisfacción por la tal vez mal calculada propina que había recibido, se alejaba por el pasillo.

—Camas separadas —dijo. Siempre habían dormido en cama de matrimonio.

Joan preguntó:

—¿Quieres que llamemos a recepción?

—¿Te importa mucho?

—No creo que importe. ¿Puedes dormir solo?

—Supongo. Pero... —Era delicado. Tenía la sensación de que los habían insultado. Hasta que por fin se separaran, que algo, aunque fuera una porción de espacio, se interpusiera entre los dos le parecía una impertinencia. Si aquel viaje iba a ser el remate o la cura (y era la décima vez que recurrían a ese lema), entonces el intento de cura debía tener cierta pureza técnica, aunque (o, más bien, precisamente por ello) en su corazón él ya lo hubiera sentenciado al fracaso. Y luego estaba la cuestión material de si podría dormir sin tener cerca el calor de un cuerpo que diera forma a su sueño.

—Pero ¿qué? —lo animó Joan.

—Me resulta un poco triste.

—Richard, no estés triste. Ya lo has estado bastante. Se supone que tienes que relajarte. Esto no es una luna de miel ni nada por el estilo, solo un pequeño descanso que estamos intentando

regalarnos el uno al otro. Puedes venir a visitarme a mi cama si no consigues dormir.

—Eres una mujer encantadora —dijo Richard—. No entiendo cómo puedo ser tan desgraciado contigo.

Había dicho aquello, o algo parecido, tantas veces antes de aquella que Joan, asqueada por dosis simultáneas de miel y bilis, hizo caso omiso y deshizo el equipaje con extrema serenidad. A sugerencia de ella, salieron a dar un paseo, aunque eran las diez de la noche. Su hotel estaba en una calle comercial en la que a aquella hora se alineaban persianas metálicas bajadas. Al fondo jugueteaba una fuente iluminada. Los pies de Richard, que nunca le habían dado problemas, empezaron a dolerle. En el aire suave y húmedo del invierno romano, sus zapatos parecían haber desarrollado convexidades internas que le atenazaban la carne a cada paso que daba. No lograba entender por qué ocurría aquello, a no ser que fuera alérgico al mármol. Encontraron un bar americano y, por el bien de los pies de Richard, entraron y pidieron café. En un rincón apartado, una voz de americano borracho hablaba en tono monótono entre los surcos de un circuito de lamentos ininteligibles, pero inconfundiblemente femeninos; de hecho, la voz no parecía tanto de hombre como de una mujer que suena más grave al reproducirse en un gramófono a una velocidad menor de la que le corresponde. Con la esperanza de aplacar el crecientemente vertiginoso vacío de su interior, Richard pidió una «hamburguesa» que resultó tener más salsa de tomate que carne. Ya en la calle, compró un cucurucho de castañas asadas a un vendedor ambulante. El hombre, que tenía los pulgares y las yemas de los dedos chamuscados, agitó la mano hasta que le fueron depositadas en ella trescientas liras. En cierto modo Richard agradeció que lo estafaran; le otorgaba un lugar en la economía romana. Los Maple volvieron al hotel y, acostados cada uno en su cama individual, se sumieron en un sueño profundo.

Es decir, Richard supuso, en el cavernoso departamento contable de su subconsciente, que también Joan estaba durmiendo bien. Pero cuando se despertaron por la mañana esta le dijo:

—Anoche estuviste rarísimo. No me podía dormir y, cada vez que intentaba tocarte para hacerte creer que estábamos en una cama de matrimonio, me decías: «Vete», y me apartabas.

Richard rió encantado.

—¿De verdad? ¿Estando dormido?

—Imagino que sí. Una vez gritaste... «¡Déjame en paz!» tan alto que pensé que estabas despierto, pero cuando intenté hablar contigo te pusiste a roncar.

—¿Qué cosa más rara! Espero no haber herido tus sentimientos.

—Qué va. No tenerte contradiciéndote a ti mismo ha sido un cambio agradable.

Richard se lavó los dientes y se comió las pocas castañas frías que habían sobrado de la noche anterior. Los Maple desayunaron panecillos duros y café amargo en el hotel y salieron de nuevo a pasear por Roma. Los zapatos de Richard reanudaron su inexplicable tortura. Con su atención extraña, casi burlona, a sus necesidades invisibles, la ciudad les puso una zapatería en su camino; entraron y Richard compró, a un joven vendedor grácilmente reptiloide, un par de mocasines de piel de cocodrilo. Con su diseño elegante le quedaban estrechos, pero estaban muertos: no le apretaban con la vehemencia vital, indignada de los otros. A continuación, los Maple, ella con la guía Hachette y él con los zapatos americanos en una caja, bajaron por la Via Nazionale hasta el monumento a Vittorio Emanuele, un titánico tramo de escaleras que no llevan a ninguna parte.

—¿Qué tuvo de grande este hombre? —preguntó Richard—. ¿Unificó Italia? ¿O ese fue

Cavour?

—¿Es ese reyezuelo tan raro que sale en *Adiós a las armas*?

—No lo sé. Pero nadie puede ser tan grande.

—Ahora entiendo por qué los italianos no tienen complejo de inferioridad. Todo es enorme.

Se quedaron mirando el Palazzo Venezia hasta imaginar a Mussolini frunciendo el ceño desde una ventana, subieron los numerosos escalones a la Piazza dei Campidoglio y llegaron hasta la estatua ecuestre de Marco Aurelio sobre el pedestal de Miguel Ángel. Joan comentó cuánto recordaba a Marino Marini, y era cierto. Qué inteligente era. Quizá era eso lo que lo impulsaba a dejarla, como un gesto exquisito en su concepción, pero difícil de ejecutar. Dieron una vuelta a la plaza. Todos los pórticos y puertas a su alrededor parecían cerrados para siempre, igual que las puertas en un dibujo. Entraron, porque estaba abierta, por la puerta lateral de Santa Maria in Aracoeli. Se encontraron caminando sobre durmientes, sepulcros a tamaño natural, casi indistinguibles por las pisadas. La erosión había convertido los dedos de las manos doblados sobre los pechos de piedra en sombras en forma de dedo. Un rostro, protegido del desgaste por una columna, parecía un alma viva tratando de elevarse del casi borrado cuerpo.

Solo los Maple examinaron aquellos relieves, tallados en un suelo que en otro tiempo debió de ser un lago reluciente de mosaicos; los otros turistas se apiñaban alrededor de una capilla que conservaba, detrás de un cristal, con calzas y vestiduras, los restos verduzcos de tamaño infantil de un papa. Joan y Richard salieron por la misma puerta lateral, bajaron las escaleras y pagaron la entrada a las ruinas del foro romano. El Renacimiento lo había usado de cantera; por todas partes había columnas rotas, llenas de perspectiva, como un De Chirico. A Joan la cautivó la manera en que los pájaros y la maleza vivían en las grietas de aquella maravilla urbana hecha añicos. Empezó a caer una delicada lluvia. Al final de uno de los senderos escudriñaron por puertas de cristal y un hombre menudo uniformado con una escoba cojeó hasta ellos y los dejó entrar, como si se tratara de un bar clandestino, en la iglesia abandonada de Santa Maria Antiqua. El pálido aire abovedado parecía libre de culto; los frescos del siglo xvii daban la impresión de haber sido ejecutados reciente, nerviosamente. Al salir, Richard leyó la pregunta en la sonrisa del hombre de la escoba y le puso una discreta moneda en la mano. La lluvia fina seguía cayendo. Joan se cogió del brazo de Richard como buscando refugio. A este empezó a dolerle el estómago, al principio una molestia ligera, irritante, que apenas bastaba para distraerlo del dolor de pies. Caminaron por la Via Sacra, cruzando templos paganos sin techo alfombrados de hierba. El dolor de estómago se intensificó. Guardas uniformados, ancianos dispuestos aquí y allá bajo la lluvia como gaviotas hambrientas les hacían señas para que visitaran más ruinas, más iglesias, pero el dolor ya cegaba a Richard a todo lo que no fuera lo extremo de su distancia de algo capaz de sustentarlo. Rechazó entrar en la basílica de Constantino y en su lugar preguntó por la *uscita*, pronunciando mal la palabra. No se sentía capaz de volver sobre sus pasos. El guardia, al ver escapar una fuente de propinas, señaló de mal grado una puertecita en una alambrada cercana. Los Maple recorrieron el pestillo, cruzaron y se encontraron en un montículo pavimentado que daba al Coliseo. Richard caminó un poco y se recostó contra una pared baja.

—¿Tan mal estás? —preguntó Joan.

—Extrañamente mal —dijo él—. Lo siento. Qué cosa tan rara.

—¿Tienes ganas de vomitar?

—No. No es eso. —Las frases le salían a trompicones—. Es como... una especie de gripe.

—¿De cabeza o de pecho?

—Del medio.

—¿Cómo la habrás cogido? ¿Habrán sido las castañas?

—No. Es... yo creo, por estar aquí, tan lejos de todo, contigo y sin saber... por qué.

—¿Quieres que volvamos al hotel?

—Sí. Creo que me vendría bien echarme.

—¿Cogemos un taxi?

—Me van a estafar.

—Eso da lo mismo.

—No me sé... nuestra dirección.

—La sabemos más o menos. Está cerca de esa fuente tan grande. Buscaré cómo se dice fuente en italiano.

—Roma está... llena de... fuentes.

—Richard, ¿no estarás haciendo esto por mí?

No pudo evitar reírse, qué inteligente era.

—No de manera consciente. Tiene algo que ver... con tener que estar dando propinas todo el tiempo. Me duele de verdad. Es increíble.

—¿Puedes andar?

—Claro. Cógeme del brazo.

—¿Te llevo la caja de zapatos?

—No. No te preocupes, cariño. No es más que un dolor nervioso. Solía tenerlos... cuando era pequeño. Pero entonces... era más valiente.

Bajaron unos escalones hasta una calzada de mucho tráfico circulando a gran velocidad. Los taxis que intentaron parar llevaban cabezas en el asiento trasero y no se detuvieron. Cruzaron la Via dei Fori Imperiali y trataron de emprender el regreso, resistiendo el tirón lateral de las calles perpendiculares, hacia el territorio conocido que contenía la fuente, el bar americano, la zapatería y el hotel. Atravesaron un mercado de comida de vivos colores. Guirnaldas de salchichas colgaban de toldos de rayas. En las aceras había lechugas amontonadas. Richard caminaba rígido, como si el dolor que acarrearía fuera valioso y frágil; llevar un brazo cruzado sobre el abdomen parecía mitigarlo un poco. La lluvia y Joan, al haber sido en cierta manera las presiones que lo habían causado, se convertían ahora en las presiones que le permitían soportarlo. Joan le hacía seguir caminando. La lluvia lo enmascaraba, hacía su silueta menos nítida a los transeúntes y por tanto a sí mismo, aplacando así el dolor. Subieron una larga pendiente de aceras estrechas junto a la Banca d'Italia. Dejó de llover. El dolor, después de expandirse a todos los rincones de la zona situada bajo las costillas, se había armado de un cuchillo y había empezado a rajar las paredes con la esperanza de escapar. Llegaron a la Via Nazionale, a unas manzanas del hotel. Las tiendas tenían las persianas subidas, la lejana fuente estaba seca. Se sintió como si estuviera inclinado hacia atrás y su cerebro fuera una ramita, una ramita que se había desviado del tronco y elegido ser una rama en lugar de esa otra, y vuelto a elegir una y otra vez, haciéndose más delgada con cada elección hasta que, por fin, no le quedó otro remedio que desvanecerse. Ya en la habitación del hotel, se tumbó en su cama individual, se tapó con el abrigo, se hizo un ovillo y se quedó dormido.

Cuando se despertó una hora después, todo era diferente. El dolor había desaparecido. Joan

estaba echada en su cama leyendo la guía Hachette. La vio, al darse la vuelta, como cuando la conoció, en esa luz propia de biblioteca en la que la había visto la primera vez; pero comprendió, con serenidad, que desde entonces se había convertido en su compañera de habitación.

—Ya se me ha pasado —dijo.

—No me lo digas. Estaba a punto de llamar a un médico y de llevarte al hospital.

—No necesitaba ir al hospital. En absoluto. Ha sido nervioso.

—Estabas blanco como la cera.

—Han sido demasiadas cosas concentradas en un mismo punto. El foro ha debido de deprimirme. El pasado aquí es... tanto. Tan complicado. Además, me irritaba que me hicieran daño los zapatos.

—Pero, cariño, estamos en Roma. Se supone que tienes que estar feliz.

—Y ahora lo estoy. Venga, debes de estar muerta de hambre. Vamos a comer algo.

—¿De verdad? ¿Te sientes con fuerzas?

—Pues claro. Ya se me ha pasado.

Y, aparte del confortable dolorcillo reminiscente que le produjo el primer bocado de salami milanés curado, así era. Los Maple se lanzaron de nuevo a ver Roma y, en esa ciudad de escaleras, vistas panorámicas que se van desplegando, de superficies sepia y rosa ocre con múltiples ventanas, de edificios tan inmensos que uno tiene la sensación de estar al aire libre dentro de ellos, la pareja se separó. No físicamente, rara vez se perdieron de vista el uno al otro. Pero por fin se separaron. Ambos lo supieron. Fueron el uno con el otro como habían sido en los tiempos de cortejo: corteses, alegres y reservados. Su matrimonio se rompió igual que una tupida enredadera cuyo tallo medio oculto ha cortado al amanecer un viejo jardinero. Caminaron del brazo entre aparentemente sólidos bloques de edificios que se escindían, cuando se observaban de cerca, en porciones distintas de estilo y de época. En un momento determinado, Joan se volvió y le dijo:

—Cariño, ya sé cuál era nuestro problema. Yo soy clásica y tú, barroco.

Compraron, vieron, durmieron y comieron. Sentado frente a ella en el último de los restaurantes que, igual que oasis de lino y vino, habían sustentado aquellos días elegíacos y apacibles, Richard vio que Joan era feliz. Su rostro, liberado de la tensión de la esperanza, se había tersado; sus gestos habían adquirido la coqueta ironía de la juventud; se había vuelto intensamente atenta a todo lo referido a sí misma; y su voz, cuando se inclinó para susurrar un comentario acerca de una mujer y un hombre atractivo que estaban sentados a otra mesa, fue veloz, como si el aire mismo de su respiración se hubiera vuelto ligero y libre. Era feliz y él, celoso de su felicidad, se sintió de nuevo reacio a dejarla.

DE MANIFESTACIÓN EN BOSTON

El movimiento por los derechos civiles tenía un efecto saludable en Joan Maple. Madre de cuatro hijos en un barrio residencial, regresaba ya de noche de una clase de no violencia en Roxbury con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, ávida de describir, mientras sorbía Benedictine, su adoctrinamiento.

—Un hombre gigantesco vestido con mono...

—¿Negro? —preguntó su marido.

—Pues claro. Este hombre gigantesco con un vocabulario de lo más refinado nos ha dicho que, cuando nos manifestemos, sobre todo en el sur, dejemos que los hombres negros se coloquen en las bandas, porque es importante para su autoestima poder protegernos. Nos ha hablado de una diseñadora de moda neoyorquina que fue a Selma y dijo que podía cuidarse sola. No contenta con eso, coqueteó con agentes de la policía estatal. Terminaron por mandarla a casa.

—Pensaba que la policía estatal os encantaba —dijo Richard.

—Solo en abstracto. No si vas solo. No se debe hacer nada individual dentro del movimiento. Al coquetear, esa mujer le dio al agente de policía la oportunidad de despreciarla.

—Le bloqueó la transferencia, como si dijéramos.

—No te rías. Es todo muy psicológico. El hombre nos dijo, a aquellos que queramos manifestarnos, que tenemos que enfrentarnos a nuestros impulsos de autogratificación por irrelevantes que sean y, a continuación, dejarlos atrás. Una vez te unes a una manifestación, dejas de tener identidad. Es hermoso.

Nunca la había visto así. A Richard le pareció que su presencia mejoraba, su figura se rellenaba, su piel se volvía lustrosa, incluso el pelo ganaba cuerpo y brillo. Aunque se había resignado, a lo largo de doce años de matrimonio, a un ritmo de apatía y renovación, desconfió de aquella explosión descarnada de belleza.

La noche que Joan volvió de Alabama eran las tres de la madrugada. Richard se despertó y oyó cerrarse la puerta principal. Había estado soñando con un paralelogramo en el cielo que también era un meteoro, y la casa en penumbra parecía dividida en cuatro por los cuatro niños dormidos a los que había, con grandes dosis de ternura paternal, metido en la cama. Se había sorprendido a sí mismo hablándoles de mamá como si fuera un espíritu difunto y lejano, que ahora vivía, invisible, en los periódicos y el televisor. La niña pequeña, Bean, se había echado a llorar. Ahora el fantasma cerró la puerta y subió las escaleras, entró en el dormitorio de Richard y se desplomó en la cama.

Richard dio la luz y vio la cara quemada por el sol, los pies llenos de ampollas. Las bailarinas estaban recubiertas de barro naranja. Había vivido tres días a base de Coca-Cola y albaricoques

deshidratados; en una ocasión había estado dieciséis horas sin ir al cuarto de baño. El aeropuerto de Montgomery había sido una casa de locos: monjas, trabajadores sociales, estudiantes de teología peleándose por una plaza en los aviones que volaban al norte del país. Estaban en el aire cuando se enteraron de lo de la señora Liuzzo.

Richard la acusó:

—Podrías haber sido tú.

Ella dijo:

—Estuve siempre en grupo. —Pero añadió, con sentimiento de culpa—: ¿Qué tal han estado los niños?

—Perfectamente. Bean lloró porque pensaba que estabas dentro del televisor.

—¿Me habéis visto?

—Tus padres llamaron por conferencia para decir que creían verte. Yo no. Solo vi a Abernathy y a King y a sus secuaces diciendo: «Así, es. Sí, señor. Así se dice».

—¿Serás mezquino? Fue muy emocionante, el problema era que estábamos todos muy cansados. Y había unas adolescentes negras que no dejaban de desmayarse; un psiquiatra me explicó que estabateniendo brotes psicóticos.

—¿Qué psiquiatra?

—En realidad había tres, y estaban estudiando psiquiatría en Filadelfia. Poco menos que me escoltaron.

—No lo dudo. Por favor, ven a la cama. Estoy muy cansado después de haber hecho de madre.

Joan visitó las cuatro esquinas del piso de arriba para inspeccionar a cada niño dormido y, a su vuelta, se desnudó en la oscuridad. Se quitó la ropa interior que había llevado durante setenta horas y luego se detuvo, reluciente; al hombre adormilado de la cama le recordó a una aparición y se sintió como debían de haberse sentido las gentes de antaño cuando las saludó un ángel: devotos pero molestos por aquella extravagante demostración de un nivel de existencia superior al suyo.

Joan habló por la radio; dio charlas a asociaciones locales. Richard oyó que lo señalaban como su esposo en garajes y supermercados. Joan ayudó a organizar reuniones en las que negros jóvenes y atildados ridiculizaban e insultaban al entusiasta público de barrios residenciales. A Richard lo asombraba el aplomo de Joan en público. Su timidez seguía allí, pero se había convertido en una suerte de arma, como si la doctrina de la no violencia la hubiera afilado. Su voz, cuando llamaba por teléfono a agentes inmobiliarios esquivos reclamando un precio justo para las viviendas, se volvió curiosamente firme y casi obstinada, un matiz que su marido no había percibido antes. Se volvió celoso e irritable. Se sorprendió a sí mismo insistiendo en fiestas sobre la constitucionalidad de los derechos de los estados, las desventuras de la independencia de África, la historia de la Reconstrucción desde el punto de vista sureño. Sin embargo, a Joan no le costó mucho persuadirlo de que la acompañara a la manifestación de Boston.

Richard se lo prometió, aunque no conseguía comprender bien el objeto de la manifestación. Todos los movimientos de masas o de ideas supuestamente encarnadas en la masa le resultaban irreales. En cambio, su mujer, hija de un profesor de teología liberal, vivía de abstracciones; su sangre regresaba al corazón enriquecida después de haber circulado por alguna buena causa capilar. Le sorprendió e hirió sutilmente el ardor con el que recompensó su promesa; bajo sus manos, el cuerpo de Joan le pareció barroco y su piel, suave como la noche.

La marcha era en abril. Richard se despertó aquella mañana con fiebre. Había introducido algo extraño en su cuerpo y este oponía resistencia. Joan se ofreció a ir sola; como si estuviera en juego algo fundamental para su dignidad, para su matrimonio, Richard se negó. El día, que amaneció nublado, había sido soleado en los pronósticos y se puso un traje de verano que encerraba su piel caliente en una irrealidad escurridiza, ingrátida. En una farmacia de carretera compraron pastillas diseñadas para detonar dentro de él a lo largo de doce horas. Aparcaron cerca de la casa de la tía de Joan en Louisburg Square y cogieron un taxi hacia el cuartel general de la marcha, un parque infantil en Roxbury. La espalda impasible del conductor irlandés irradiaba desaprobación. Un agente de policía cerró el paso al taxi; los Maple se bajaron y caminaron por un ancho bulevar marrón en el que se sucedían barberías, pequeños negocios de reparación de calzado, pizzerías y asociaciones en defensa de la cordialidad. En entradas y escaleras, hombres negros pasaban el rato, pestañeando y murmurando los unos a los otros como si una conspiración vasta y decrépita les hubiera asignado sus puestos y después fracasado.

—Preciosa arquitectura —dijo Joan señalando una calle lateral en curva, un arco neogeorgiano suspendido en la inmensa tristeza urbana.

Aunque Joan simulaba saber adónde iban, Richard dudaba de que aquel fuera el camino correcto. Pero entonces vio más adelante, dispersos igual que los objetos anómalos con los que interrumpe Dalí sus perspectivas, grupos de hombres de iglesia blancos vestidos de negro que se alejaban. En la distancia, las luces llameantes de los coches patrulla giraban dentro de una muchedumbre titilante. A medida que se acercaban, chicas de color agigantadas por ahuecados peinados se materializaron junto a ellos. Una llevaba pantalones elásticos color cereza y las sandalias doradas de una copera celestial, y sostenía pegado a la oreja un transistor sintonizado en WMEX. Al son de este tenue hilo de música entraron todos juntos en un parque cerrado por una alambrada.

Un enjambre laxo de miles de personas se desplazó por la hierba aplastada. Letreros oscilantes anunciaban iglesias, hermandades, colegios, ciudades. Vendedores de polos ponían un inesperado toque carnavalesco. Repentinamente cómodo, Richard compró una bolsa de cacahuets y paseó la vista —como si aquel fuera el parque de su infancia— en busca de amigos.

Pero fue Joan quien los encontró.

—Dios mío —dijo—. Ahí está mi antiguo psicoanalista.

En la periferia de un grupo de unitaristas había un hombre regordete, blancuzco, con el pestañeo nervioso de un panadero que se ha asomado a demasiados hornos. Joan se giró para darle la espalda.

—No te escondas —le dijo Richard—. Vamos a acercarnos y a ser simpáticos y normales.

—Me da demasiada vergüenza.

—Pero si hace años que no vas a su consulta. Estás curada.

—No lo entiendes. Nunca te curas. Solo dejas de ir.

—Vale, entonces ven por aquí. Me parece ver al profesor asociado que daba de Platón a Dante en mi curso de Harvard.

Pero, incluso mientras se oponía, Joan había ido acercándolos hacia su psiquiatra, y ahora estaban dentro de su campo visual. El psicoanalista frunció el ceño y caminó hacia ellos con pies planos. Richard no lo conocía y, cuando se estrecharon la mano, se percibió a sí mismo como un amasijo pútrido de anécdotas, de detallados apetitos y excesos.

—Creo que necesito un doctor —soltó a bocajarro.

El otro hombre les brindó, como quien se saca un zapato de tacón de aguja de la manga, una sonrisa ágil.

—¿Y cómo es eso?

Cada palabra pareció valiosa.

—Tengo fiebre.

—Ah. —El psiquiatra se volvió, comprensivo, hacia Joan, y su rostro expresó una compasión clara: «De manera que sigue castigándote».

Joan dijo, con lealtad:

—Tiene fiebre de verdad. He visto el termómetro.

—¿Te apetece un cacahuete? —preguntó Richard.

La oferta se le antojaba tan simbólica, tan transparente, que se sorprendió cuando el hombre cogió uno, lo abrió con brusquedad y masticó a conciencia.

Joan preguntó:

—¿Estás con alguien? Necesito la seguridad de ir en grupo.

—Venid a conocer a mi hermana.

La orden le sonó extraña a Richard; «hermana» parecía un término del argot psicológico, un eufemismo.

Pero, de nuevo, las cosas eran más sencillas de lo que parecían. Saltaba a la vista que la hermana estaba hecha de la misma pasta que el psicoanalista. Rubicunda y vigorosa, parecía agrandada a base de ejercitar la buena voluntad y llevaba una chapa tamaño plato de café de la Conferencia Sur de Liderazgo Cristiano en la solapa de un traje verde de tela tosca. Richard envidió el traje; parecía abrigado. El día estaba crónicamente nublado y frío. Algo raro, quizá las sucesivas explosiones de la píldora antihistamínica, se desarrollaba en su interior haciéndole sentir extrañamente distendido; le pasó por la cabeza la fantasía de que estaba destinado a seducir a aquella mujer. Esta sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Mi hija, Trudy, y su mejor amiga, Carol.

Eran muchachas de unos dieciséis años, con huesos demasiado pequeños aún para ser mujeres. Trudy tenía la tez pastosa de la familia y un ceño esquivo. Carol era feúcha, frágil y enternecedora; sus dientes superiores eran un borrón gris de aparatos de ortodoncia y cruzaba los brazos sobre su escueto busto en ademán protector. Encima de una blusa blanca llevaba solo una delgada rebeca azul, sin abrochar. Richard le dijo:

—Estás muerta de frío.

—Estoy muerta de frío —dijo ella, y se estableció entre los dos una pequeña relación amorosa basada en esta tímida repetición. La chica añadió—: He venido porque estoy haciendo un trabajo para clase.

Trudy dijo:

—Está escribiendo una historia de los sindicatos.

Y rió desagradablemente. La muchacha se estremeció.

—Pensé que igual eran lo mismo. ¿No se manifestaban los sindicatos?

Su voz, humedecida por la imposición del aparato dental, fue como una rociada tenue en el áspero aire gris.

La hermana del psiquiatra dijo:

—¡Es una barbaridad cómo hacen estudiar a los pobres jóvenes hoy! ¡Los libros que les hacen leer! ¡El profesor de literatura les mandó *Trópico de Cáncer*! Lo cogí, leí una página y Trudy me dijo, para tranquilizarme: «No pasa nada, madre. ¡El profesor dice que es un trascendentalista!».

Seducirla le pareció ahora a Richard menos probable. Su sentido de la realidad crecía en el nido de calor que le proporcionaban aquellas personas. Se ofreció a comprarles un polo a todos. Su percepción se aventuró a salir y paladeó el placer de tanta presencia de personas negras, el lujo de la inmersión en las sombras lustrosas de sus pieles. Se dejó llevar, feliz, por el entramado de sus risas oblicuas, sardónicas y sus voces desdibujadas en busca del vendedor de polos. Las chicas y la madre de Trudy habían dicho que se tomarían uno; el psiquiatra y Joan habían declinado la invitación. La multitud estaba hecha de fragmentos saltarines. Richard saludó con la mano al rector de una parroquia a cuya guardería habían ido sus hijos; guiñó un ojo a un cantante folk que había visto en televisión y que, en tres dimensiones, presentaba un aspecto perdido y lánguido; puso cara de póquer al pasar junto a un joven de pelo largo custodiado por la policía y envuelto en una pancarta que proclamaba martin luther king instrumento de los comunistas y tocó a un hombre alto en el hombro.

—¿Te acuerdas de mí? Dick Maple, de Platón a Dante, notable alto.

El profesor asociado se volvió hacia él, pálido y con gafas. Fue estremecedor; había envejecido.

La manifestación tardó en arrancar. A la entrada del parque aparecían y desaparecían camiones y coches de la policía. Jóvenes seminaristas entrometidos trataban de organizar a la multitud en filas. Por los altavoces chisporroteaban anuncios ininteligibles. Martin Luther King era un vago rumor religioso en la explanada del parque infantil: un momento estaba y al siguiente no, ahora sí, ahora no. El sol se asomaba por entre las nubes como una llaga brillante. Carol mordisqueaba el polo y tiritaba. Richard y Joan discutieron sobre si manifestarse detrás de la pancarta de los Danver con el psiquiatra o con los unitaristas. Al final dio igual; King se situó de manera invisible a la cabeza, un camión lejano cargado de mujeres cantoras avanzó, una esquina lejana de la multitud empezó a canturrear *¿De qué lado estás, chico?* y empezó la manifestación.

En la avenida Columbus les hicieron formar filas de a diez. Los Maple se separaron. Joan terminó entre su psiquiatra y un africano gigantesco y cabizbajo con cicatrices tribales, deportivas y una sudadera de la Harvard Athletic Association. Richard terminó una fila más adelante, con Carol a su lado. A su espalda, alguien, un liberal de aspecto vanguardista, le pisó el talón, dando tal tirón a la horma del mocasín que tuvo que recorrer los cinco kilómetros por Boston con un zapato dado de sí y una leve cojera. Había nacido en Virginia Occidental y no entendía Boston. Al cabo de diez años se había familiarizado con alguno de sus barrios, pero le seguía sorprendiendo la manera curva en la que se entrecruzaban. Durante unas pocas manzanas avanzaron entre entusiastas bloques de apartamentos de cuyas ventanas superiores colgaban pancartas que proclamaban fin de facto de la segregación y jubilación para la señora hicks. Luego la manifestación giró a la izquierda y Richard se encontró pasando delante de Symphony Hall, bajo cuya bóveda rectangular había caminado soñando por los crecidos prados de Brahms y trepado a las cumbres ágata de Strauss. En esta esquina, desde el quiosco estigio del metro, había emergido con Joan —Orfeo y Eurídice— cuando los dos eran estudiantes; en aquel restaurante, una década después, con tres copas en el cuerpo cada uno, habían decidido no divorciarse esa semana. La nueva Prudential Tower, más alta y en cierto modo tenue que cualquier otro edificio, aparecía tras cada cambio de dirección de los manifestantes, delante de ellos como un espejismo, a su espalda

como un recuerdo. Una chica negra, patilarga y nerviosa, con el chaleco naranja de los bomberos de la Unidad de Seguridad, guiaba la sección de la fila de Richard dando palmas, gritando unos pocos compases de canciones libertarias. Las canciones circulaban con esfuerzo por los kilómetros de manifestación, solapándose y eclipsándose unas a otras. «De qué lado estás, chico, de qué lado estás... Igual que un árbol plantado junto al a-a-gua, no nos moverán... Esta lucecita mía...» El día seguía siendo frío y sin sombras. Los periódicos que había doblado Richard dentro del abrigo para que le dieran calor resbalaban y se escurrían. A su lado, Carol tiraba de su fina rebeca, se la juntaba en el pecho, pero, como en un encantamiento, era incapaz de abrochársela. En la fila detrás de él, Joan, segura entre su *id* y su *superego*, caminaba balanceando los brazos, adelantando alternativamente una de sus bailarinas en una zancada amplia y confiada, «... déjala brillar, déjala brillar».

Cosa insólita, atravesaban un nudo viario en trébol, un arabesco de cemento elevado desprovisto de coches. Sus pisadas en masa suspiraban; la ciudad bostezaba bajo sus pies. La manifestación no tenía principio ni tampoco un final que alcanzara a ver Richard. En su interior, la fiebre se había convertido en un arañazo pequeño y vidrioso en las paredes del agujero excavado por la detonación de las píldoras. Un trozo de periódico le resbaló por las piernas y echó a volar. Imperceptiblemente medicado, idealistamente motivado, se sintió, mientras recorría la curva del nudo en trébol, transportado en un irresistible ascenso. Le preguntó a Carol:

—¿Dónde vamos?

—Los periódicos decían que al Common.

—¿Estás cansada?

El aparato dental gris modificaba tímidamente la sonrisa de la joven.

—Hambrienta.

—Toma un cacahuete.

Le quedaban unos pocos en el bolsillo.

—Gracias. —Cogió uno—. No tienes que ser paternal.

—Quiero serlo. —Se sentía extrañamente exaltado y excitado, como si estuviera destinado a dar a luz. Quería compartir esta sensación con Carol, pero en lugar de eso le preguntó—: En tu estudio del movimiento de los trabajadores, ¿has aprendido mucho sobre los de la sociedad secreta Molly Maguires?

—No. ¿Eran rompehuelgas o matones?

—Creo que eran o mineros o gánsteres.

—Ah, no he estudiado nada anterior a Gompers.

—Suena bien.

Reprimió el deseo de decirle a Carol que le encantaba y se volvió a mirar a Joan. Estaba hermosa como un cartel, con ojos azules que miraban a lo lejos y labios rojos entreabiertos en una canción.

Ahora caminaban bajo edificios de oficinas donde había secretarías y técnicos dentales pegados a los cristales igual que mariposas disecadas. En Copley Square, compradores petrificados esperaban eternamente a cruzar la calle. El Public Garden empezaba a florecer. Estatuas de encomiables —Channing, Kosciuszko, Cass, Philips— se sucedían despacio bajo los árboles desdibujados; el corazón reseco de Richard chasqueó igual que un libro al abrirse. La manifestación torció a la izquierda por Charles y empezó a apretarse, a cogerse del brazo, a

buscar amor a tientas. Con los apretujones, Richard perdió de vista a Joan. Entonces se encontraron pisando hierba, en el Common, y las primeras gotas de lluvia, afiladas como agujas, les pincharon la cara y las manos.

—¿Hacía falta quedarse a oír todos los dichosos discursos? —preguntó Richard.

Por fin volvían a casa; se sentía demasiado enfermo para conducir e iba encorvado, en su traje empapado y resbaladizo, hacia la calefacción. El limpiaparabrisas parecía entonar chillón: «Li-ber-tad, li-ber-tad».

—Quería oír a King.

—Lo oíste en Alabama.

—Pero estaba demasiado cansada para escuchar.

—¿Escuchaste esta vez? ¿No te resultó cursi y forzado?

—Un poco. Pero ¿acaso importa?

El perfil blanco de Joan era sereno; adelantó a un camión por la derecha y su ventanilla se llenó de salpicaduras, como si fueran aplausos.

—Y ese Abernathy. Dios, si ese es Juan Bautista, yo soy Herodes el Grande. «Hasta queee los franceses vuelvan a Francia, hasta queee los irlandeses vuelvan a Irlanda, hasta queee los mexicanos vuelvan a...»

—Para.

—No me malinterpretes. No me molestó que hablaran como demagogos; lo que me molestó fue esa falsa imitación tan aburrida de una reunión de enardecimiento. «¡Eso es! ¡Sí, señor! ¡Sssí!»

—Parece que tienes la garganta irritada. ¿No deberías dejar de usarla?

—¿Cómo has podido torturarme así? ¿Cómo has podido obligar a este pobre marido enfermo a pasar horas de pie bajo la lluvia escuchando unos discursos estúpidos y aburridos que además ya habías oído?

—Los discursos no me han parecido maravillosos. Pero creo que es importante que se dieran y que la gente los escuchara. Has ido para ser testigo, Richard.

—Ha sido testigo. Ha visto la luz. Sssí, señor.

—Eres un hombre muy enfermo.

—Lo sé. Sé que lo soy. Por eso quería irme. Hasta tu psiquiatra pastoso se fue. Parecía una rosquilla en remojo.

—Se fue por las chicas.

—Me encantó Carol. Me respetaba, a pesar del color de mi piel.

—No tenías por qué haber venido.

—Sí que tenía. No sé cómo, pero lo convertiste en una cuestión de honor. Era una reivindicación sexual.

—Qué pesado te pones.

—Hasta queee los alemanes del Este vuelvan a Alemania del Este, hasta queee el luxemburgués se apresure a volver a Luxemburgo...

—Por favor, para.

Pero Richard descubrió que no podía parar, e incluso después de llegar a casa y de que Joan lo metiera en la cama mientras los niños esperaban alarmados, su voz siguió mascullando su

lamento.

—No pasa nada, señorita, no es más que una pizca de neumonía doble, no se alarme, recogeremos el algodón.

—Estás avergonzando a los niños.

—Mecachis, no me hagáis caso, niños. Si pudiera descansar un ratito a la sombra del huerto de sandías, reposar mis viejos huesos... Caramba, ¡qué agradable es eso!

—Papá tiene un resfriado muy pequeño —dijo Joan.

—¿Se va a morir? —preguntó Bean, y rompió a llorar.

—Ahora bien, si —dijo Richard—, por una desafortunada casualidad, mi espíritu pasara a mejor vida, enterradme junto al caballón, para que pueda oír los banjos y las bolas de algodón reventar... quizá incluso cómo echan una lagrimita o dos los de la Casa Grande...

Estaba casi llorando; una extraña ternura se había apoderado de él en la cama, como si hubiera dado a luz, dado a luz a su voz, una voz que reclamaba atención a lágrima viva desde las profundidades de la opresión. En lo alto de la ventana, el cielo del final de la tarde clareó a medida que se marchaba la tormenta. En el calor de la cama, Richard cantaba para sí y en una ocasión gritó:

—¡Señorita, señorita, no se preocupe usted! ¡El viejo Tom vivirá para ver otro amanecer!

Pero Joan estaba en el piso de abajo, hablando por teléfono con voz firme.

EL SABOR DEL METAL

El metal, estrictamente hablando, no sabe a nada; su presencia en la boca se percibe como una disciplina, como un «No» dicho a otros sabores. Cuando Richard Maple, después de muchos días de dolores, llagas y alguna que otra extracción, se puso fundas en los molares que le quedaban y puentes en los huecos, el oro le resultaba frío al contacto con las mejillas y su regularidad enmascaraba agujeros y asperezas que habían sido una especie de espejo en el cual su lengua se había reconocido a sí misma. El viernes de la cementación final fue a una pequeña fiesta. Mientras bebía una variedad de líquidos que sabían muy parecidos, pasó de no sentirse del todo él (sus dientes nativos habían sido reducidos a muñones de dentina) a sentirse un poco más él. El cambio de tonalidad que se extendía por su cráneo cada vez que cerraba la mandíbula se correspondía tal vez con esa claridad exacerbada que se apodera de la mente después de una conversión religiosa. Vio a sus compañeros de fiesta con una nueva luminosidad, una agudeza visual que, como la de una cámara, era específica y de enfoque limitado. Solo podía ver a una persona a la vez, y se descubrió concentrándose menos en su mujer, Joan, y más en Eleanor Dennis, la esposa de largas piernas de un agente de bonos municipales.

La nitidez de Eleanor tenía que ver con el dato legal de que ella y su marido estaban «separados». Había ocurrido hacía poco; la ausencia de él en la fiesta era patente. Eleanor, en el curso de una vida que ella describía como una serie de luchas atroces por sobrevivir, había desarrollado esos modales sociales estridentes que convierten una tragedia privada en comedia pública; pero aquella noche su agitación no se había trasmutado de manera completa. Permanecía atenta a un eco que no estaba allí y cruzaba y descruzaba las piernas nerviosa. Sus piernas eran hermosas y vívidas, y tan largas que, después de medianoche, cuando empezaron los juegos, se subió la breve falda y dio una patada al dintel de la puerta. El anfitrión sostuvo un vaso de agua en la frente. Richard, mientras hacía el pino, cayó por equivocación hacía delante, encantado con su embriagada molicie, que interpretaba como un comentario irónico sobre la carne hecho por sus nuevos dientes de metal. Era todo mortalidad; todo erosión porosa, a excepción de las estrellas dentro de su cabeza, un cúmulo sideral impenetrable en el cenit de su lento girar.

Su mujer se acercó a él con una cara intacta y admonitoria como la esfera de un reloj. Era hora de irse a casa. Y Eleanor necesitaba que la llevaran. Los tres, más la anfitriona con sus pendientes de aro y la falda pantalón manchada de café, fueron hasta la puerta y se encontraron con una tormenta de nieve. Hasta donde alcanzaba la vista, los copos caían en atropellada multitud en la susurrante noche color lavanda.

—Que Dios nos bendiga a todos —dijo Richard.

La anfitriona sugirió que condujera Joan.

Richard la besó en la mejilla y probó el metal de su pendiente de aro y se sentó al volante. Su coche era un Corvair nuevecito; ni se le pasaba por la cabeza dejárselo conducir a nadie. Joan reptó al asiento trasero, gruñendo para subrayar la incomodidad física, y Eleanor acomodó serenamente su abrigo, su bolso de mano y sus piernas en el espacio junto a Richard. El motor cobró vida. Richard se sentía vigorosamente arropado: Eleanor estaba a su lado, Joan detrás de él, Dios sobre su cabeza, la carretera bajo sus pies. La nieve que caía a toda velocidad rompía — explosiva, crisantémica— contra los faros del coche. En una pequeña pendiente, las ruedas patinaron, un ruido impreciso, reconfortante, como el de enfundarse un impermeable.

En la oscuridad nudosa iluminada por la aguja verde del velocímetro, Eleanor, mostrando una porción generosa de rodilla, habló largo y tendido de su marido separado.

—No tenéis ni idea —dijo—. Vivís los dos tan protegidos que no tenéis ni idea de lo que son capaces los hombres. Yo tampoco lo sabía. No quiero parecer desconsiderada, me dio nueve años razonables y ni se me ocurriría castigarlo con las horas de visita de los niños, como harían algunas mujeres. Pero ¡cómo es ese hombre! ¿Sabéis lo que tuvo la desfachatez de decirme? Me dijo nada menos que, cuando estaba con otra mujer, a veces cerraba los ojos y pensaba que era yo.

—A veces —dijo Richard.

Su mujer dijo a su espalda:

—Cariño, ¿eres consciente de que la carretera está resbaladiza?

—Es el reflejo de los faros —le dijo.

Eleanor cruzó las piernas y las volvió a cruzar. La mitad de un muslo centelleó en el íntimo resplandor verde. Siguió hablando:

—¡Y los viajes que se pegaba! Yo no entendía por qué había una ciudad que no hacía más que emitir bonos. Empezó a darme pena el alcalde, pensé que iban a entrar en bancarrota. Cuando lo pienso ahora, me doy cuenta de lo buena que era, siempre ocupada con los niños y la casa, siempre al teléfono con el contratista o el fontanero y la compañía de gas intentando que terminaran la cocina nueva a tiempo para Acción de gracias, cuando vendría a visitarnos la tontísima de su madre. Afilaba el cuchillo de trinchar poco menos que una vez al día. Gracias a Dios que esa etapa de mi vida se ha terminado. Fui a ver a su madre, supongo que en busca de compasión, y, toda indignada, me preguntó qué le había hecho a su hijo querido. Los niños y yo comimos solos sándwiches de atún y fue el primer Acción de gracias que disfruté en toda mi vida, la verdad.

—Siempre me cuesta —dijo Richard—, al trincharlo, encontrar la articulación de la cadera.

Joan dijo:

—Cariño, sabes que nos acercamos a esa curva horrible, ¿verdad?

—Deberías ver trinchar a mi suegro. Tris, zas, zas, tris. Se te hiela la sangre.

—Ah, y mi cumpleaños, nada menos... —dijo Eleanor dando sin querer una patada a la calefacción— lo pasó el muy cabrón con su queridita en un restaurante y me dijo, con la mayor seriedad (los hombres son increíbles) que de postre había pedido tarta. La noche en que me confesó esto se me cayó el mundo encima, pero no pude evitar reírme. Le pregunté si había pedido a los del restaurante que le pusieran una vela a la tarta. Me dijo que lo había pensado, pero que no había tenido el valor.

La risa atenta de Richard quedó en suspenso cuando el coche derrapó en la curva. Una forma oscura, vertical había aparecido en el centro del parabrisas e intentó quitarla, pero el automóvil se

mostró inmune al volante y, en lugar de obedecer, se acercó, como atraído por un imán, a un poste de teléfono que insistía, rígido, en mantenerse en el centro del parabrisas. El poste se hizo más grande. Las pequeñas astillas levantadas por los listones de los operarios sobresalieron en la luz de los faros y se produjo un golpe seco sorprendentemente inequívoco, teniendo en cuenta la naturalidad con la que había ocurrido. Richard notó la repentina resistencia al movimiento, el «No», y supo, aunque tenía los pensamientos profusamente envueltos en una indiferencia algodonosa, que había ocurrido algo que, en una reencarnación futura, lamentaría.

—Serás capullo —le dijo Joan con la boca pegada a su oído—. Tu maravilloso coche nuevo. —Preguntó—: Eleanor, ¿estás bien? —Con entonación ascendente repitió—: ¿Estás bien?

Sonó como una regañina.

Eleanor rió en voz baja, avergonzada.

—Estoy perfectamente —dijo—, solo que no consigo mover las piernas.

El parabrisas junto a ella se había convertido en una telaraña de luz, una explosión estelar.

La radio estaba encendida o se había encendido sola, porque una música apacible, de meditación, fluía desde un reino situado en otro tiempo. Richard la identificó como una de las sonatas para oboe de Haendel. Reparó confusamente en que tenía las rodillas heridas. Eleanor se había deslizado hacia delante y parecía incapaz de descruzar las piernas. De forma inesperada, gimió. Joan preguntó:

—Cariño, ¿no te diste cuenta de que ibas demasiado deprisa?

—Soy muy tonto —dijo Richard.

La música y la nieve caían copiosamente sobre ellos e imaginó que, si la sonata para oboe se tocara de atrás a delante, retrocederían de un salto desde el poste de teléfonos y estarían de nuevo en camino. Las escasas distancias a sus casas, antes medidas en minutos, se habían congelado y vuelto inmensas, como las que separan las galaxias.

Usando las manos, Eleanor descruzó las piernas y se enderezó en su asiento. Encendió un cigarrillo. Richard, con un crujido de las rodillas, se bajó del coche e intentó liberarlo. Le dijo a Joan que se bajara del asiento trasero y se pusiera al volante. Sus movimientos eran torpes mientras entraban y salían de la oscuridad. Los faros seguían encendidos, pero con los haces de luz vueltos hacia dentro, mirándose. Al llevar el motor en la parte de atrás, el Corvair tenía la cabeza hueca. La cara, el rostro impasible de un insecto, estaba curvado inextricablemente alrededor del poste; el parachoques se había convertido en una mandíbula encajada. Cuando Richard empujó y Joan pisó el acelerador, las ruedas chirriaron en el aire. La noche suave y envolvente se extendió a su alrededor, sobre y más allá de la nieve. Ninguna luz en la ventana se había dado por enterada del accidente.

Joan, que tenía conciencia social, preguntó:

—¿Por qué no sale nadie a ayudarnos?

Eleanor, la voz de la amarga experiencia, contestó:

—Este poste causa tantos accidentes que es un incordio para el vecindario.

Richard anunció:

—Estoy demasiado borracho para hablar con la policía.

El comentario quedó suspendido en la noche con la claridad de un neón.

Pasó un coche grande, redujo la marcha, se detuvo. Se bajó una ventanilla y dejó salir una voz

asustada de hombre.

—¿Todo bien?

—No exactamente —dijo Richard.

Le complació su poder de expresarse con nitidez, incluso bajo presión.

—Puedo acercarme a alguien a un teléfono. Vuelvo de una partida de póquer.

Una mentira, razonó Richard. De lo contrario, ¿por qué dar esa información? El rostro del chico tenía la palidez desdibujada del sexualmente exhausto. Con cuidado de sopesar cada palabra, Richard le dijo:

—Hay una persona que no puede moverse y es mejor que me quede con ella. Si pudieras acercarme a mi mujer a un teléfono, te lo agradeceríamos mucho.

—¿A quién llamo? —preguntó Joan.

Richard dudó entre la fiesta que acababan de dejar, la canguro que estaba en su casa y el marido de Eleanor, que vivía en un motel en la autovía 128.

El chico contestó por él.

—A la policía.

Joan se subió al coche del desconocido, un Mercury rojo desvencijado. El coche se desvaneció en la nieve, que remitía. La tormenta no había sido más que una nevisca, una ilusión conjurada para administrar esta única reprimenda. Ni siquiera saldría en los periódicos del día siguiente.

Richard sentía las rodillas como si tuviera témpanos presionándole la zona blanda debajo de las rótulas, donde el martillo del médico busca un reflejo. Se puso de nuevo al volante y apagó las luces. Apagó el motor. El cigarrillo de Eleanor resplandeció. Aunque aún tenía el cuerpo navegando en alcohol, no conseguía olvidar el sabor a metal en los dientes. Ese «No» tan sumamente seco: algo muy duro le había tocado a través de varias capas de irrealidad. Una vez, nadando en un rompiente, una gran ola lo había succionado. Toneladas de agua repentina lo habían encerrado y, con un brutal tirón descendiente, lo habían enviado a las profundidades de una amargura verde y despojado de su gravidez; su lucha se convirtió en nada, no era nada dentro de la ola. No había habido odio. Sencillamente, no le había interesado a la ola.

Trató de disculparse ante la mujer a su lado en la oscuridad. Esta dijo:

—Por favor. Estoy segura de que no me he roto nada. Como mucho estaré unos días con muletas. —Rió y añadió—: Lo que pasa es que este no es mi año.

—¿Te duele?

—No. En absoluto.

—Seguramente estás en shock. Debes de tener frío. Voy a encender otra vez la calefacción.

Richard estaba recuperando la sobriedad y empezaba a apoderarse de él un tedio infinito. Nunca más, en la vida, su coche sería nuevo, masticaría su propio esmalte dental, daría Eleanor patadas al aire con sus largas y bonitas piernas. Giró la llave de contacto y arrancó el motor en busca de calor. La radio volvió a sonar suavemente, todavía Haendel.

Moviéndose desde las caderas con fuerza sorprendente, Eleanor se giró y lo abrazó. Sus mejillas estaban húmedas; el carmín tenía sabor industrial. Buscando su cintura, la pequeñez de sus pechos, Richard palpó entre capas de tela. Seguían uno en brazos del otro cuando la luz azul giratoria del coche patrulla los sorprendió.

ACABA DE LLAMAR TU AMANTE

Sonó el teléfono y Richard Maple, que aquel viernes se había quedado en casa debido a un resfriado, contestó:

—¿Sí?

La persona al otro lado de la línea colgó. Richard entró en el dormitorio, donde Joan estaba haciendo la cama y dijo:

—Acaba de llamar tu amante.

—¿Qué ha dicho?

—Nada. Ha colgado. Le ha sorprendido encontrarme en casa.

—Quizá era tu amante.

Richard supo, a pesar de las flemas que le nublaban la cabeza, que había algo allí que no encajaba, y lo encontró.

—Si fuera mi amante —dijo—, ¿por qué iba a colgar, si he contestado yo?

Joan sacudió la sábana, que hizo un ruido como de aplauso.

—Igual es que ya no te quiere.

—Esta conversación es ridícula.

—La has empezado tú.

—Bueno, ¿qué pensarías tú si contestaras el teléfono un día entre semana y te colgaran? Está claro que esperaba encontrarte sola en casa.

—Bueno, si te metes en la cama, lo llamaré y le explicaré la situación.

—Crees que voy a pensar que estás de broma, pero sé que eso es lo que pasaría de verdad.

—Venga ya, Dick. ¿Quién iba a ser? ¿Freddie Vetter?

—O Harry Saxon. O alguien a quien no conozco de nada. Un viejo amigo de la universidad que se ha mudado a Nueva Inglaterra. O puede que el lechero. A veces os oigo hablar mientras me afeito.

—Rodeados de niños hambrientos. Tiene cincuenta años y le sale pelo de las orejas.

—Igual que a tu padre. No te disgustan los hombres mayores. Estaba ese profesor ayudante de humanidades de cuando nos conocimos. En cualquier caso, últimamente pareces de lo más feliz. Hay una sonrisita que se te pone cuando estás haciendo cosas de la casa. ¿Ves? ¡Ahí está!

—Estoy sonriendo —dijo Joan— porque eres absurdo. No tengo ningún amante. No tendría dónde meterlo. La dedicación a las necesidades de mi marido y sus muchos hijos consume mis días.

—Ah, de manera que soy yo quien te obligó a tener a todos tus hijos. Cuando tú suspirabas por

una carrera profesional en la moda o en el emocionante mundo de los negocios. En aeronáutica, tal vez. Podrías haber sido la primera mujer que diseña la nariz de un cohete. O que predice el mercado de futuros del trigo. Joan Maple, la chica agrónoma. Joan Maple, geopolítica. De no ser por ese salvaje fornicador con el que cometió el error de casarse, esta ciudadana de ojos claros de nuestra siempre necesitada república...

—Dick, ¿te has puesto el termómetro? Hace siglos que no te oía desvariar así.

—Hace siglos que no me traicionan de esta manera. Ese clic cuando ha colgado me ha parecido odioso. El desagradable clic de conozco-a-tu-mujer-mejor-que-tú.

—Habrá sido algún chiquillo. Si va a venir Mack a cenar, es mejor que ahora descansas.

—Es Mack, ¿verdad? Menudo hijo de puta. Aún no ha firmado el divorcio y ya está llamando a mi mujer por teléfono. Y ahora tiene la intención de darse un festín comprado con el dinero que tanto esfuerzo y dolor me cuesta ganar.

—Para, qué dolor de cabeza que me estás dando.

—Pues claro que sí. Primero te endilgo niños en mis locas ansias de progenie, luego te doy jaqueca menstrual.

—Métete en la cama y te traeré zumo de naranja y una tostada cortada en tiras como la que te hacía tu madre.

—Eres adorable.

Mientras se acomodaba bajo las mantas, sonó otra vez el teléfono y Joan lo cogió en el rellano del piso de arriba.

—Sí... no... no... muy bien —dijo, y colgó.

—¿Quién era? —preguntó Richard a voces.

—Alguien que quería vendernos la *Enciclopedia Mundial* —respondió Joan a voces.

—No te lo crees ni tú —dijo Richard con ironía autocomplaciente mientras se recostaba de nuevo en las almohadas, convencido de que estaba siendo injusto, de que no había ningún amante.

Mack Dennis era un hombre feúcho, simpático y tímido de la edad de Richard y Joan cuya mujer, Eleanor, estaba en Wyoming poniendo una demanda de divorcio. Hablaba de ella con una ternura empalagosa, como de una hija predilecta que se ha ido por primera vez de campamento, o un ángel del cielo que sigue en contacto íntimo con la tierra que ha abandonado.

—Dice que han tenido unas tormentas eléctricas maravillosas. Los niños montan a caballo todas las mañanas, juegan a las cartas por la noche y a las diez están en la cama. La salud de todos nunca ha sido mejor. El asma de Ellie ha desaparecido y ahora cree que lo que le daba alergia era yo.

—Deberías haberte depilado entero y envuelto en celofán —le dijo Richard.

Joan le preguntó:

—¿Y tú cómo estás de salud? ¿Estás comiendo bien? Te veo delgado, Mack.

—Las noches que no me quedo a dormir en Boston —dijo Mack palpándose todo el cuerpo en busca de una cajetilla de tabaco—, he cogido la costumbre de cenar en el motel de la autovía 33. Es la mejor comida de la ciudad ahora mismo, y puedes mirar a los niños en la piscina.

Se estudió las manos vacías y con las palmas hacia arriba como si hubiesen escondido alguna sorpresa últimamente. Echaba de menos a sus hijos, eso era quizá la sorpresa.

—Yo también estoy sin tabaco —dijo Joan.

—Voy a ir a comprar —dijo Richard.

—Y compra un cacharro de esos de soda, si tienen.

—Voy a hacer una jarra de martinis —dijo Mack—. ¿No es estupendo que haga otra vez tiempo de martinis?

Era esa estación en la que de día es finales de verano y de noche, principios de otoño. El atardecer descendía sobre la ciudad arrancando brillo al neón cuando Richard salió a hacer el recado. Sentía la garganta irritada, cerrada como un secreto; estar por ahí danzando después de pasar la tarde en la cama tenía algo de imprudente y alocado. Una vez en casa, aparcó junto a la valla trasera y cruzó un césped entre un susurro de hojas caídas, aunque las copas de los árboles seguían abultadas. Las ventanas iluminadas de su casa ofrecían un aspecto dorado e idílico; las habitaciones de los niños estaban arriba (la cara de Judith, su hija mayor, se movió distraída sobre una porción del empapelado de su cuarto y su mano rosa y cuadrada colocó bien una muñeca en un estante) y la cocina, abajo. En las ventanas de la cocina, de tono fluorescente, se representaba una escena muda. Mack tenía una coctelera y vertía su contenido en un recipiente eclipsado por un elemento del marco de la ventana, que Joan sostenía con un brazo largo y blanco. Esta, con la cabeza ladeada en un gesto triunfal, hablaba con esa boca levemente adelantada que Richard reconocía de cuando se miraba en espejos, conversaba con personas mayores que ella o buscaba sentirse superior. Lo que decía hacía reír a Mack, que en consecuencia vertía con pulso inseguro (la tapa plateada de la coctelera centelleó, se derramó una gota de líquido verduzco). Apoyó la coctelera y enseñó las manos —las mismas manos de las que un ratito antes parecía haberse escapado una sorpresa— a los costados del cuerpo, a la altura de los hombros.

Joan se acercó a él, con el vaso aún en la mano, y la parte posterior de su cabeza, peinada en un moño tenso y ovalado, con vello aterciopelado recorriéndole la nuca, eclipsó la cara de Mack a excepción de los ojos, que se cerraron. Se estaban besando. La cabeza de Joan se inclinó hacia un lado y la de Mack hacía el otro, de manera que las bocas se encontraran más fácilmente. La elegante línea de los hombros de Joan se prolongaba en la línea del brazo que sostenía la copa en el aire, a salvo. Tenía el otro brazo alrededor del cuello de Mack. Detrás de ellos, la puerta abierta de un armario dejaba ver una hilera paralizada de cajas de envases de cartón erguidos, cuyos rótulos Richard no alcanzaba a leer, pero cuyos colores anunciaban su contenido: Cheerios, White Honeys, Onion Thins. Joan se separó y pasó el dedo índice por la corbata de Mack (tartán de verano) para terminar con un pellizco en las proximidades del ombligo que no se sabía si expresaba reproche o remordimiento. La cara de Mack, pálida y abultada en la severa luz vertical, tenía una expresión ligeramente divertida, pero resuelta, y se acercó hacia la de Joan dos o tres centímetros. La escena tenía el ritmo lento y fascinante de la acción submarina, mezclada con la delirante urgencia repentina de un reportaje de televisión visto desde la calle. En el piso de arriba, Judith se acercó a la ventana sin reparar en su padre, a la sombra del árbol. Vestida con un camisón de gasa amarilla, se rascó inocente la axila mientras estudiaba una polilla que golpeaba la mosquitera; y también esto dio a Richard la sensación trascendental, desbordante de que el mudo acto de observar —igual que un niño solo en un cine— lo había acercado peligrosamente a las maquinaciones ocultas de las cosas. En otra ventana de la cocina, un hervidor desatendido empezó a echar humo y a empañar los cristales con vapor. Joan estaba hablando otra vez; sus labios adelantados parecían tender diminutos puentes sobre un espacio que se estrechaba. Mack se interrumpió, se encogió de hombros; tenía la cara fruncida como si hablara francés. La cabeza de Joan se echó hacia atrás riendo y, triunfal, alargó el brazo libre y volvió a los brazos de Mack. La

mano de este, desplegada como una estrella en la zona lumbar de Joan, bajó hasta lo que, oculto detrás del borde de la encimera de formica, debía de ser el trasero.

Richard bajó haciendo ruido los peldaños de cemento y abrió de una patada la puerta de la cocina, dándoles tiempo de separarse antes de entrar. Desde el fondo de la cocina, más pequeños que unos niños, se volvieron hacia él con expresiones desdibujadas, neutras. Joan apagó el hervidor y Mack se acercó arrastrando los pies para pagarle los cigarrillos. Después de la tercera ronda de martinis, las inhibiciones se suavizaron y Richard dijo, disfrutando de la ronquera quejumbrosa de su voz:

—Imaginad lo incómodo que me he sentido. A pesar de estar enfermo, salgo en esta noche glacial a comprar unos cigarrillos a mi mujer y a mi invitado para que puedan contaminar el aire y agravar el ya pésimo estado de mis bronquios y, cuando vuelvo por el jardín trasero, ¿qué me encuentro? A los dos haciendo el *Kamasutra* en mi cocina. Ha sido como ver una película porno y conocer a los autores.

—¿Dónde se pueden ver hoy películas porno? —preguntó Joan.

—¿Será posible, Dick? —dijo Mack con timidez, frotándose los muslos con un movimiento de enérgico planchado—. No era más que un beso fraternal. Un abrazo de hermanos. Un homenaje desinteresado al encanto de tu mujer.

—De verdad, Dick —dijo Joan—. Me parece espantosamente taimado por tu parte que pierdas el tiempo espiando por las ventanas de tu propia casa.

—¡Perder el tiempo! Estaba paralizado de horror. Ha sido un verdadero trauma. Mi primera escena primigenia.

Una profunda felicidad lo ensanchaba desde dentro; el radio de alcance de su lengua y de su ingenio le parecía inmenso, y los otros dos parecían muñecos, homúnculos, en sus juguetonas manos.

—No estábamos haciendo nada —dijo Joan levantando la cabeza como si quisiera estar por encima de todo aquello, con la hermosa línea de la mandíbula definida por la tensión y los labios heridos por una mueca.

—Sí, estoy seguro de que, según tus principios, casi ni habíais empezado. Apenas habíais catado la riqueza potencial de posturas coitales. ¿Pensabais que no iba a volver? ¿O es que habéis envenenado mi bebida y soy demasiado vigoroso para morir, como Rasputin?

—Dick —dijo Mack—, Joan te quiere. Y si yo quiero a algún hombre es a ti. Joan y yo hablamos de esto hace años y decidimos ser solo amigos.

—No te pongas gaélico conmigo, Mack Dennis. Si tuviera que amar a algún hombre, serías tú. No pienses en mí, muchacho. Piensa solo en la pobre Eleanor, sudando para conseguir el divorcio, trotando día tras día a lomos de esos caballos, jugando a las cartas hasta la extenuación...

—Vamos a cenar —dijo Joan—. Me pones tan nerviosa que seguro que se me ha pasado el rosbif. De verdad, Dick, no creo que puedas disculpar tu comportamiento haciéndote el gracioso.

Al día siguiente los Maple se despertaron aturdidos por la resaca; Mack se había quedado hasta las dos para asegurarse de que no había resentimiento. Joan solía jugar al tenis con amigas los sábados por la mañana mientras Richard entretenía a los niños; ahora, vestida con pantalones cortos y zapatillas, se demoró en casa para poder discutir.

—Tienes que estar muy desesperado —le dijo a Richard— para intentar inventarte que hay

algo entre Mack y yo. ¿Qué intentas ocultar?

—Mi querida señora Maple, te vi —dijo Richard—. Te vi por las ventanas de mi propia casa haciendo una imitación muy creíble de una araña hembra a la que están haciendo cosquillas en el abdomen. ¿Dónde aprendiste a mover la cabeza de esa manera tan coqueta? Era mejor que un teatro de títeres.

—Mack siempre me besa en la cocina. Es una costumbre, no significa nada. Sabes muy bien lo enamorado que está de Eleanor.

—Tanto que se está divorciando de ella. Su adoración raya en lo quijotesco.

—El divorcio fue idea de ella, evidentemente. Él es un alma en pena. Me da lástima.

—Sí, ya me he dado cuenta. Eras como la Cruz Roja en Verdún.

—Lo que me gustaría saber es ¿por qué estás tan contento?

—¿Contento? Estoy destruido.

—Estás encantado. Mírate la sonrisa en el espejo.

—Es increíble la falta de remordimientos que tienes. Doy por hecho que estás siendo irónica.

Sonó el teléfono. Joan descolgó y dijo: «¿Sí?», y Richard oyó el clic desde el otro extremo de la habitación. Joan colgó y le dijo:

—Claro. Habrá pensado que a esta hora yo ya estaría jugando al tenis.

—¿Quién lo habrá pensado?

—Lo sabes muy bien. Tu amante. Tu querida.

—Era tu amante, está claro, y algo en tu voz lo ha disuadido.

—¡Ve con ella! —gritó de pronto Joan con una explosión de la misma energía desafiante que la empujaba, en otras mañanas de resaca, a hacer a toda prisa gran cantidad de tareas domésticas—. ¡Ve a ella como un hombre y deja de intentar enredarme en algo que no entiendo! ¡No tengo ningún amante! ¡Dejé que Mack me besara porque se siente solo y se emborracha! ¡Deja de hacerme parecer más interesante de lo que soy! ¡No soy más que un ama de casa consumida que quiere irse a jugar al tenis con otras mujeres extenuadas!

En silencio, Richard le sacó la raqueta de tenis, que habían encordado hacía poco con tripa, del armario donde guardaban las cosas de deportes. Con ella en la boca, como lleva un perro un palo que le han tirado, se puso a cuatro patas y la dejó junto a la puntera de la zapatilla de Joan. Richard Jr., su hijo mayor, un niño enjuto de nueve años obsesionado en aquel entonces con acumular cartas de Batman, entró en el cuarto de estar, presencié la pantomima y rió para ocultar su miedo.

—Papá, ¿me das los diez centavos por haber vaciado las papeleras?

—Mamá se va a jugar, Dickie —dijo Richard quitándose con la lengua el sabor salado del mango de la raqueta de los labios—. Vamos todos a la tienda de baratillo a comprar un Batmóvil.

—Yupi —dijo el niño pequeño sin entonación, mirando con ojos muy abiertos a su padre y a su madre alternativamente, como si el espacio entre ellos de pronto se hubiera vuelto peligroso.

Richard llevó a los niños a la tienda de baratillo, al parque y a comer a un puesto de hamburguesas. Estas inocentes actividades trasmularon los residuos de alcohol y flemas en una fatiga difusa tan pura como el sueño de los niños de pecho. El dolor de garganta desaparecía. Servicial, asintió con la cabeza mientras su hijo describía una trama interminable:

—... y entonces, verás, papá, el pingüino tenía un paraguas del que salía humo, era genial, y había otros dos hombres con unas caretas raras en la cámara acorazada, llenándola de agua, no sé

por qué, para hacerla reventar o algo así, y Robin se subía a unos montones resbaladizos como de cincuenta centavos para huir del agua y entonces, verás, papá...

De vuelta en casa, los niños se dispersaron por el vecindario llevados por la misma marea misteriosa que otros días llenaba el jardín trasero de mocosos desconocidos. Joan volvió del tenis reluciente de sudor, con los tobillos recubiertos de polvo de barro de la pista. Su cuerpo rezumaba el bienestar que sigue al ejercicio físico. Richard sugirió echarse una siesta.

—Solo una siesta —advirtió ella.

—Pues claro —dijo él—. He visto a mi amante en el parque y nos hemos dado mutuo placer en el laberinto.

—Maureen y yo hemos ganado a Alice y a Judy. No puede haber sido ninguna de las tres, han estado media hora esperándome.

En la cama, con las persianas extrañamente echadas frente a la luminosa tarde y un vaso de agua rancia y burbujas iluminado por una luz secreta, Richard le preguntó a Joan:

—¿Crees que quiero hacerte más interesante de lo que eres?

—Pues claro. Estás aburrido. Nos dejaste a mí y a Mack solos adrede. Fue algo nada propio de ti, salir estando resfriado.

—Es triste, pensar en ti sin un amante.

—Lo siento.

—Aun así eres bastante interesante. Aquí, aquí y aquí.

—He dicho que solo una siesta.

En el rellano del piso de arriba, al otro lado de la puerta cerrada del dormitorio, sonó el teléfono. Después de cuatro timbrazos —lanzas gélidas arrojadas desde lejos— dejó de sonar sin que nadie descolgara. Hubo una pausa confusa. Luego un *ring* dubitativo, interrogante, como si alguien al pasar le hubiera dado un golpe a la mesa, seguido de una resuelta serie de sonoras zancadas, imperiosas y lastimeras, que no pararon hasta contar doce; luego, su amante colgó.

ESPERAR LEVANTADO

Pasadas las nueve y media, cuando la mayor de los hijos, Judith, ya estaba acostada con un beso, que, ahora que tenía doce años y la cara ancha y despejada como la de un adulto daba cierto miedo en la oscuridad —con la niña que había sido en otro tiempo suspendida a una altura inmensa sobre la mujer de boca resuelta en la que se estaba convirtiendo—, Richard bajó al primer piso y empezó a esperar a su mujer. Su madre siempre los había esperado levantada a él y a su padre, y mantenía la casa iluminada hasta que volvieran del partido de baloncesto, la competición de natación, la aventura de medianoche con un coche averiado. Al entrar en casa aquellas noches, desde el frío, el niño había percibido a su madre como el deslumbrante centro de un mundo estático, preferible, y había sentido celos de su velada a solas, a cobijo, con la radio. Ahora, cuando asumió el que había sido el papel de ella, brindó consigo mismo y se bebió un vaso de leche, encendió el televisor, lo apagó, se sirvió un poco de bourbon y comprobó que sus ojos eran incapaces de quedarse fijos ni siquiera en un periódico. Fue hasta la ventana y miró la calle, donde un álamo aún vivo descomponía en nervioso encaje la luz de una farola. Luego fue a la cocina y contempló la oscuridad del jardín trasero, donde, después de un destello de faros de coche y el gemido de un motor al apagarse, aparecería Joan.

Cuando llegó la invitación, habían acordado que estaría fuera hasta las once. Pero para las diez y media Richard tenía el corazón agitado, el bourbon empezaba a entrarle con la facilidad del agua y se sorprendió en una habitación sin noción alguna de haber cruzado el umbral. El plato de Picasso que escogieron juntos en Vallauris. Las antologías universitarias mezcladas por las estanterías. Los restos de batalla en forma de libros escolares y juguetes, abandonados en la retirada de después de cenar. A las once y cinco caminó hasta el teléfono y puso la mano en el auricular, pero fue incapaz de marcar el número que vivía en sus dedos como una frase musical. El número de ella. El número de ellos, los Mason. La casa que había engullido a su mujer era una en la que siempre se había sentido cómodo y bien recibido, una casa muy parecida a la suya y, sin embargo, lo bastante distinta en cada detalle para resultar emocionante, y cuya dueña lo había esperado, a él, desnuda en lo alto de las escaleras. Un recibimiento deslumbrante, con los hombros ceñidos por el sol matutino que entraba por la ventana y las fibras mismas de la carne ardiendo.

Subió al piso de arriba y entró a ver a cada uno de los niños dormidos con la esperanza de consumir así media hora de la espera. De vuelta en la cocina, comprobó que solo habían pasado cinco minutos y, reacio a beber más bourbon por la certidumbre de que se emborracharía, trató de enfadarse. Pensó en estrellar el vaso, se dio cuenta de que le tocaría a él recogerlo y lo dejó, vacío, en la encimera. La ira nunca le había resultado fácil; ya desde niño había sabido que no

había nadie con quien enfadarse, solo gente cansada deseosa de agradar, corazones buenos tanto en el sueño como la vigilia, envueltos en los límites de un universo que, en sí mismo, por la belleza de sus detalles y su contagioso aire de libertad, parecía abrigar solo buenas intenciones. En lugar de ello trató de pasar el tiempo, de llorar, pero solo le salieron las lágrimas rezongonas de un hombre solo. Podía despertar a los niños. Salió al jardín trasero. Por entre arbustos que habían perdido las hojas, vio faros de coche volviendo apresurados a casa de reuniones, de películas, de encuentros amorosos.

Imaginó que aquella noche reconocería las luces del coche de Joan antes incluso de que entraran en la calle e inundaran de regreso el jardín trasero. El jardín seguía a oscuras. El tráfico disminuía. Volvió dentro. El reloj de la cocina decía once y treinta y cinco. Fue al teléfono y lo miró fijamente, desconcertado por el problema que planteaba, de una cerradura invisible que sus dedos no podían abrir. Por eso no vio las luces de Joan al entrar en el jardín. Para cuando miró, caminaba hacia él, bajo el arce, desde el coche con el motor parado. Llevaba un abrigo blanco. Richard abrió la puerta de la cocina para saludarla, pero su impulso de abrazarla, de encajarla en su pecho igual que un corazón que hubiera orbitado y luego regresado, se volvió de pronto obsoleto, ostentoso y falso por la naturalidad absoluta, irresistible de su mujer.

Preguntó:

—¿Qué tal ha ido?

Joan gimió:

—A los dos les costaba muchísimo terminar una frase. Ha sido una tortura.

—Pobrecitos. Pobre Joan. —Recordó su tortura particular—. Prometiste estar en casa a las once.

En la cocina, Joan se quitó el abrigo y lo tiró encima de una silla.

—Ya lo sé, peroirme habría sido de muy mala educación, los dos estaban rebosantes de bondad y amor. Ha sido de lo más irritante; no me han dejado enfadarme.

Tenía el rostro encendido, sus ojos brillantes volaron más allá de los de Richard, hacia la encimera, donde esperaba el bourbon.

—Puedes enfadarte conmigo —se ofreció Richard.

—Estoy demasiado cansada. Estoy demasiado confusa. Han sido tan encantadores... Él no está enfadado contigo y a ella no se le pasa por la cabeza que yo pueda estar enfadada con ella. Igual es que estoy loca. ¿Me sirves una copa?

Se sentó en la mesa de la cocina, encima de su abrigo.

—Son igual que mis padres —dijo—. Creen en la perfectibilidad del hombre.

Richard le dio la copa y la animó a hablar:

—Ella no te ha dejado enfadarte.

Joan sorbió y suspiró. Era como una actriz que acaba de salir del escenario, con los gestos todavía imbuidos de exageración teatral.

—Le pregunté cómo se sentiría y dijo que la habría alegrado que me hubiera acostado con él, que no hay ninguna mujer con la que preferiría que se hubiera acostado, que yo habría sido un regalo que habría hecho ella por amor. No hacía más que decirme que soy su mejor amiga, con esa voz firme, tranquilizadora; yo nunca habría pensado en ella como una amiga tan íntima. Todo este año he notado como una imposición entre nosotras y ahora entiendo por qué, claro. Ha estado bailándome el agua con esa arrogancia pícaro que yo no conseguía entender.

—Te aprecia mucho y hablamos largo rato sobre tu reacción. Le daba terror.

—No hacía más que decirme que me enfadara con ella, y que me lo dijera lo hacía imposible, claro. Esa voz firme y reconfortante. No creo que oyera una sola palabra de lo que dije. Es que la veía concentrarse, pero concentrarse de verdad, en mis labios, pero lo que hacía en realidad era preparar lo que iba a decir a continuación. Lleva un año trabajando esos discursos. Estoy borracha. Ni se te ocurra darme más bourbon.

—¿Y él?

—Ah, él. Pues loco de remate. No dejaba de decir que aquello era una revelación. Al parecer, desde que ella se lo contó, el sexo ha sido maravilloso. No hacía más que usar palabras como «entendimiento» y «comprensión» y decir que tenemos que ayudarnos los unos a los otros. Era como ir a misa, ya sabes lo mucho que me altero yo en la iglesia, que me echo a llorar. Cada vez que intentaba llorar, me besaba a mí y luego a ella: con total imparcialidad. Piquito. Piquito. ¡Somos la misma persona! ¡Me ha robado la identidad!

Levantó el vaso con hielos y enarcó las cejas para mostrar su indignación. También el pelo parecía levantarse del cuero cabelludo; en una ocasión le había explicado a Richard cómo, jugando al golf, cada vez que fallaba un golpe, oía susurrar el pelo que se le erizaba, furioso.

—Tienes el pelo más tupido —dijo Richard.

—Gracias. Si alguien entiende de eso eres tú. Estaba empeñado en llamarte. No dejaba de decir cosas del tipo: «Vamos a llamar al bueno de Richard para que venga, el muy cabrón. Echo de menos a ese seductor». Tuve que decirle varias veces que tenías que cuidar de los niños.

—Que poco viril.

—Me parece que ya has tenido virilidad para un rato.

—Deberías haberme visto esperándote. No dejaba de asomarme a todas las ventanas igual que mamá gallina buscando a uno de sus polluelos. Estaba muy inquieto por ti, cariño. Nunca debí dejarte ir a casa de esas personas horribles para que te sermonearan.

—No son horribles. El horrendo eres tú. Tienes suerte de que no crean en la guerra. Consideran que indignarse es una tontería. Algo infantil. Son demasiado didácticos; nada más. Él no hacía más que decir que esto redundará en el bien de todos.

—¿Y tú? ¿Tú crees en la guerra o en el bien de todos?

—No lo sé. Creo en un poco más de bourbon.

La siguiente pregunta de Richard fue abrasadora, tan llena de luz recordada que le quemó la lengua.

—¿También ella me quería allí?

—No lo dijo. No es tan desconsiderada.

—Nunca la encontré desconsiderada —se atrevió a decir Richard.

El pelo de Joan pareció inflarse sobre su cabeza; gesticuló como una soprano.

—¿Por qué no te fugaste con ella? ¿Por qué no te fugas ahora? Haz algo. No soporto la idea de otro de esos seminarios amorosos, o clases de autoconocimiento o lo que sean. No hacían más que decirnos que tenemos que juntarnos todos, estar todos en contacto. Yo no quiero juntarme con nadie.

—Pero tú eres... —empezó a decir Richard.

Joan le interrumpió.

—Ponme más hielo.

—... a quien parezco necesitar más. Esta noche he odiado que no estuvieras en casa. Lo he odiado más de lo que me habría imaginado.

Hablaba muy despacio, con la vista fija en la encimera mientras rellenaba los vasos, que parecían guardar equilibrio al borde de un precipicio; el regreso de Joan sana y salva había despertado dentro de él la insondable nostalgia de, con su voz reconfortante y firme, la otra.

EROS RAMPANTE

La casa de los Maple está llena de amor. Bean, la pequeña de seis años, quiere a Hecuba, la perra. John, que tiene ocho, un místico de cara angelical serenamente incapaz de montar en bicicleta o leer la hora, está enamorado de su juego de fabricar insectos Creepy Crawlers, sus cartas de monstruos y sus tallas de rinocerontes de Kenia. Al volver del colegio pasa horas en su cuarto absorto en sus cosas, ordenando, regodeándose, tarareando. Solo experimenta dolor cuando su hermano mayor, Richard Jr., entra, sardónico, en la habitación y perfora su placenta de felicidad. Richard está enamorado de la vida, del aire libre en general, de Carl Yastrzemski, de Babe Parilli, de los Boston Bruins, de los Beatles y de esa imagen cambiante que, peine en mano, lo mira por las mañanas desde el espejo con ojos negros brillantes y un bigote de dentífrico. Recibe notas extrañas y estimulantes de chicas —«Dickie Maple, deja de mirarme»—, que se lleva a casa de clase descuidadamente arrugadas junto a sus exámenes de ortografía y sus circulares multicopiadas que notifican revisiones de la vista, la boca y los pulmones. Sus sentimientos sobre la señora Brice, que se enfrenta a su clase de quinto curso con el esmaltado aplomo y la ensayada dicción de una azafata de vuelo, resultan sospechosos de tan moderados. Casi con toda seguridad quiere, ha querido siempre mucho, a su hermana mayor, Judith. Cerca ya de los trece, esta se ha vuelto difícil de contener, incluso dentro de una pasión incestuosa. Grande y engreída, no le deja ver la pantalla del televisor, baila ruidosamente el Frug cuando él quiere escuchar a los Beatles, provoca, insulta, la irradian e impulsan poderosos rayos procedentes del espacio exterior. Pasa horas en la esquina en la que el señor Lunt, su profesor de historia, vive; pega retratos de los Monkeys en las paredes de su cuarto, da las buenas noches a su madre con un beso en la boca, conoce el pánico que produce el insomnio, se enzarza en prolongados forcejeos en el sofá con la perra. Hecuba, una golden retriever esterilizada, corre de una habitación a otra con las orejas pegadas a la cabeza, agitando el rabo, hasta que por fin se encuentra con los gatos, que no la quieren, y se desploma exhausta, en agradecida derrota, en el suelo de linóleo de la cocina, y duerme.

Los gatos, Esther y Esau, se lamen el pelo el uno al otro y comparten cuenco. Nacieron en la misma camada. Esther, madre de más de treinta gatitos parecidos en su mayoría a su hermano, pero con una persistente minoría negra que reivindica el atractivo canalla de un gato vecino, está «operada»; Esau, al que por sentimentalismo se ha permitido seguir sin operar, debe ahora aventurarse fuera de la casa en busca de una felicidad que en otro tiempo fue puramente doméstica. Regresa arañado y apaleado. Esther le lame las heridas cuando se recuesta, aturdido, junto a la nevera; incluso su ronroneo es dolorido. Cuando reclama la cena, se sientan como dos sujetalibros con los lomos tocándose discretamente, un matrimonio viejo y experto que vive de la

caridad. Uno percibe, de manera inesperada, que Esau sigue queriendo a Esther, mientras que esta se limita a tolerarlo. Parece desdeñar sus atenciones platónicas. ¿Le desconcierta quizá la abrupta ausencia quirúrgica en su cuerpo de lo que en otro tiempo atraía inconteniblemente a Esau? Pero la que parece desconcertada es la cabeza grande y cuadrada de gato de este, más que la triangular y femenina de la felina de Esther. Los niños sienten que hay una diferencia; tanto Bean como John hacen más arrumacos a Esau, ahora que Esther es estéril. Tal vez intuyen, de manera confusa, que esta les ha privado de un milagro, del milagro semestral de sus crías, lechones diminutos sumergidos que escapan a la vida desde un orificio negro más misterioso que una cueva. Richard Jr., como para demostrar su superior afianzamiento en la hombría y su consiguiente capacidad de compasión, se esfuerza por mimar a los dos animales por igual, caricia a caricia. Judith afirma odiar a los dos; es tarea suya darles la cena y no soporta el olor a carne de caballo. Le encantan, al menos en abstracto, los caballos.

El señor Maple quiere a la señora Maple. Atraviesa períodos complicados, a menudo los domingos por la tarde, en los que es incapaz de quitarle los ojos de encima, en los que es cautivo de la absurda fascinación que la curva de sus firmes caderas oculta, envuelve igual que un frágil tesoro confiado a su cuidado. No se cansa de tocarla. La visión de su cuerpo contorsionado en uno de sus ejercicios de yoga, con las mallas negras elásticas llenas de carreras, le oprime el corazón hasta no dejarle respirar. Su ademán cuando vierte los posos de vino blanco en la maceta de un geranio le parece infinito, como un momento de Vermeer congelado en una luz eterna que llega desde la izquierda. De noche intenta atraerla hacia sí, intenta asegurarse de que su cuerpo adormilado se fija a su pecho igual que un broche, como si estuviera incompleto sin él. No puede dormir en esta postura y, sin embargo, la conserva hasta mucho después de que la respiración de ella se haya vuelto acompasada y ajena: ¿puede definirse el amor, simplemente, como la negativa a dormir? También quiere a Penelope Vogel, una secretaria menuda y delicada de su oficina que se recupera de una aventura desastrosa con un antiguano; y está enamorado de los recuerdos de otras seis o más mujeres, empezando por una compañera de juegos de los siete años que solía robarle su gorro con orejeras, y está medio enamorado de la muerte. También parece querer, quizá sea la única persona de todo el país, al presidente Johnson, el cual desconoce su existencia. De manera similar, Richard adora la luna; estudia con avidez todas las fotografías que irradia su superficie inhóspita.

¿Y Joan? ¿A quién quiere Joan? A su psiquiatra, indudablemente. A su padre, inevitablemente. A su profesor de yoga, probablemente. Trabaja a tiempo parcial en un museo y vuelve a casa arrebolada y parlanchina, como de un encuentro sexual. Debe de querer a los niños, porque acuden a ella en bandada, como gorriones al sebo. Discuten con vehemencia por un trozo de su regazo y le dan la espalda a su padre como si, en tanto proveedor de la semilla de sus vidas, fuera un grotesco intruso, un deshollinador en un palacio de hielo. Ninguno de los papeles que interpreta para sus hijos —jefe scout, compañero de juegos, confidente, bastión económico, mago fáctico, vigilante nocturno— logra ponerlos de su parte; Bean sigue llamando a su madre cuando se hace daño, John le pide dinero con el que financiar más cartas de monstruos, Dickie exige que sea ella quien le dé las buenas noches; e incluso Judith, que debería ser de Richard, besa a su padre con timidez y reserva su pasión de boca abierta para su madre. Joan nada entre el amor de sus hijos igual que pez en el agua, ajena a cualquier otro elemento. El amor enlentece sus pisadas, le llueve a borbotones de la radio, flota a su alrededor en la cocina en forma de dibujos infantiles de casas, familias, coches, perros y flores fijados a la puerta de la nevera. Su marido no puede acceder a

ella: es poderosa pero invisible, como el Banco Mundial; imponente pero imparcial, como el poder judicial federal. Algo frío y descoordinado le empuja la mano que cuelga impotente; es la nariz de Hecuba. La perra obesa y castrada de ojos dorados, al igual que él, detesta la exclusión y se esfuerza por sumar su calor al pelotón, enamorada de todos, enamorada del olor a comida, enamorada del olor del amor.

Penelope Vogel se cuida mucho de hablar sin sentimentalismos; con seis años menos que Richard, ha pasado por una década de calvarios amorosos y, aun soltera a los veintinueve, se protege hablando con frialdad, con expresiones desdeñosas propias de una generación todavía más joven.

—Teníamos algo bueno —dice de su antiguo— que se convirtió en teatro barato.

Al hablar, gestiona sus aventuras pasadas como si fueran flores secas. Sentado frente a ella en el restaurante, Richard se impacienta con su delicadeza, es como si él y una abuela estuvieran examinando juntos una colección de recuerdos frágiles, enigmáticos.

—Una situación de lo menos deseable —añade Penelope—. La década dorada fue demasiado para él. Se mezcló con la gente que tomaba drogas. No lo vi venir.

—¿Quería casarse contigo? —pregunta Richard tímidamente; esta parte es chismorreo de oficina.

Penelope se encoge de hombros, otorgando.

—La idea surgió.

—Debes de echarlo de menos.

—Eso, por un lado. Era el hombre más bello que he visto en mi vida. Qué hombros. En Dickinson's Bay me dejaba ponerle la mano en el hombro en el agua y tiraba de mí durante millas, nadando. Era instructor de buceo.

—¿Su nombre?

Nervioso, temeroso de agitar esos recuerdos, que son también negociaciones, derrama lo que queda de su Gibson y hace una seña brusca para que le sirvan otro.

—Hubert —dice Penelope. Está secando pacientemente la mesa con su servilleta—. Ya me lo dijo una amiga: «Nunca tengas a un hombre bello de amante. Tendrás que pelearte por el espejo».

Tiene la cara pequeña y muy blanca, y la nariz muy larga, con las aletas rosa inflamadas por un resfriado perpetuo. «Solo un negro —piensa Richard—, la encontraría hermosa»; ese pensamiento le presta, en la inquieta e imprecisa luz del restaurante, belleza. El camarero, negro, llega y les cambia el mantel. Penelope sigue hablando tan bajo que Richard debe esforzarse para oírla.

—Cuando Hubert tenía dieciocho años obligó a una mujer a divorciarse de su marido y abandonar a sus hijos por él. Era de una de las familias que antes tenían plantaciones. Hubert se negó a casarse con ella. Me explicó: «Si le ha hecho eso a su marido, terminará por dejarme». Era muy moralista, hasta que llegó aquí. Pero imagina un chico de dieciocho años que tiene esa influencia en una mujer madura, casada, en la treintena.

—Será mejor que no se lo presente a mi mujer —bromea Richard.

—Desde luego. —Penelope no sonríe—. Se lo trabajan, ¿sabes? Los chicos así son verdaderos profesionales.

Penelope ha viajado a menudo a las Indias Orientales. En St. Croix, surge delicadamente en la conversación, hubo un Andrew, con su perilla, su negocio de fosas sépticas y sus ambiciones

políticas; en Guadalupe, Ramon, inspector de aduanas; en Trinidad, Castlereigh, que tocaba el saxo alto en una banda de viento y también bailaba el limbo. Era capaz de bajar hasta los veinte centímetros. Pero Hubert era el peor, o el mejor. Era el único que la había seguido hasta el norte.

—Se suponía que tenía que irme a vivir con él en un hotel de Jamaica Plain, pero me daba miedo hasta acercarme al lugar, lleno de colgados y con ese olor a hierba en el ascensor; un día, en lo que tardé en darle al botón de subir se me insinuaron dos tipos. No era un entorno saludable.

El camarero les trae panecillos; a su sombra el perfil de Penelope parece menguar y Richard siente deseos de arrancarla, pálida flor, de la maraña que acaba de describirle.

—Tan mal se puso la cosa —dice Penelope— que intenté volver con un antiguo novio, un tipo de lo más agradable con madre y gastritis nerviosa. Es analista de sistemas, muy abnegado, pero, no sé, nunca me volvió loca. Solo sabe hablar de su gastritis y de que su madre no hace más que decirle que se vaya de casa y se busque una esposa, pero no sabe si lo dice en serio. Su madre.

—¿Es... blanco?

Penelope levanta la vista; hay un destello de su cuchillo manchado de mantequilla detenido en el aire. Su voz se hace más lenta, más seca.

—Pues no, mira. Es lo que llaman afroamericano. ¿Te importa?

—No, no. Solo me preguntaba... lo de la gastritis nerviosa. No suena como los demás.

—No lo es. Como he dicho, no me vuelve loca. ¿No crees que, una vez estás en algo que funciona, es difícil retroceder?

Parece insinuar más de lo que dice. Su mirada inexpresiva, mientras mastica el panecillo con una gruesa capa de mantequilla, es como una tangente en un complejo problema geométrico: encuentra el punto en el que cambió los amantes blancos por negros.

A Richard le han cambiado el tema de conversación; el corazón da un vuelco y se apresura a inclinarse hacia delante para decir:

—¿Ves a esa mujer que acaba de entrar? ¿Con traje de cuero, pendientes de zíngara, que se está sentando? Se llama Eleanor Dennis. Vive en nuestra calle, un poco más abajo. Está divorciada.

—¿Quién es él?

—No tengo ni idea. Eleanor dejó nuestro círculo. Parece un auténtico matón.

En la pared opuesta, Eleanor se ajusta el aro de su pendiente; su mirada de reojo, entre las sombras que se mueven, se pasea por la mesa de Richard. Este duda de que lo haya visto.

Penelope dice:

—Por la expresión de tu cara, compartíais algo más que un círculo.

Richard simula sentirse desarmado por su suposición, pero en realidad le parece oportuno que uno de sus antiguos amores aparezca para contrarrestar el oscuro torrente de los de Penelope. Durante el resto de la comida hablan de él, de él y de Eleanor y de Marlene Brossman, de Joan y de una niña pequeña que solía robarle la gorra con orejeras. En el vestíbulo del edificio de apartamentos donde vive Penelope, con el ascensor ya convocado, Richard se ofrece a subir con ella.

Penelope dice despacio:

—No creo que te apetezca.

—Claro que sí.

El edificio es de los modernos de Back Bay; el vestíbulo está estridentemente iluminado y

amueblado con plantas de plástico que nunca hace falta regar, sillas de cuero artificial en las que nunca se ha sentado nadie y mosaicos que nadie mira nunca. La luz es una presencia absoluta, tan uniforme y limpia como la del interior de un congelador, tan ubicua como el éter o como la libido que, dice Freud, nos impregna a todos desde la infancia.

—No —repite Penelope—, he desarrollado buen oído para la sinceridad en estas cosas, creo que estás demasiado concentrado en tu casa.

—Le caigo bien a la perra —confiesa Richard, y le da un beso de buenas noches allí, revestidos de luz. En contra de lo que cabría esperar por la sequedad de su voz, los labios de Penelope son inesperadamente suaves, generosos, cálidos y afligidos.

—Así pues —dice Joan—, te acostaste con esa ratita de oficina.

Es sábado; el amorfo suspense erótico de la tarde —las partidas de tenis, los dibujos animados en primera sesión— ha quedado atrás. Los Maple están en su habitación vistiéndose para ir a una fiesta en la luz cenicienta del anochecer y el azul acuoso de una farola lejana.

—Jamás en la vida —dice él, admitiendo por tanto que sabe a quién se refiere Joan.

—Pues la invitaste a cenar.

—¿Quién lo dice?

—Mack Dennis. Eleanor os vio a los dos en un restaurante.

—¿Cuándo hablan los Dennis? Pensaba que estaban divorciados.

—Hablan todo el tiempo. Él sigue enamorado de ella. Todo el mundo lo sabe.

—Vale. ¿Cuándo habláis tú y él?

Cosa extraña, Joan no tiene una respuesta preparada.

—Ah. —El corazón de Richard se desmorona con ese silencio—. Puede que me lo encontrara en la ferretería esta tarde.

—Y puede que no. En cualquier caso, ¿por qué te iba a confesar algo así? Tenéis que ser amigos íntimos.

Esto lo dice para animar a Joan a que lo niegue; pero Joan reflexiona en silencio y, mientras se dirige a paso tranquilo hasta su armario, reconoce:

—Nos comprendemos el uno al otro.

Qué impropio de ella, jactarse así.

—¿Cuándo se supone que me vieron?

—¿Con eso quieres decir que ocurre a menudo? El miércoles pasado, hacia las ocho y media. Tienes que haberte acostado con ella.

—Imposible. A las diez estaba en casa, supongo que lo recuerdas. Tú acababas de volver del museo.

—¿Qué pasó, cariño? ¿La ofendiste con tu horrible postura proguerra de Vietnam?

En la tenue luz, Richard apenas conoce a esta mujer, sus gestos rotos, su voz apresurada. Su braguita plateada brilla y susurra cuando se quita un vestido negro de cóctel hecho de punto; con una suerte de agitación decidida rodea la cama, camina hacia el buró y vuelve. Al moverse, su cuerpo parece robar volumen a las sombras, volumen y también una elasticidad dinámica. Richard trata de aplacarla con una ofrenda simbólica de sinceridad.

—No, resulta que Penelope solo sale con hombres negros. Soy demasiado pálido para ella.

—¿Reconoces que lo intentaste?

Richard asiente con la cabeza.

—Bueno —dice Joan, y camina medio paso hacia él, que da un respingo pensando que le va a pegar—, ¿quieres saber con quién me acosté yo el miércoles?

Richard asiente de nuevo, pero esta inclinación de cabeza le parece distinta de la anterior, como si un continente hubiera discurrido entre las dos a una velocidad formidable e imperceptible.

Joan nombra a un hombre al que Richard conoce solo un poco, un director adjunto del museo que lleva alfiler de corbata y el pelo gris largo y peinado hacia atrás con ese relamido estilo inglés.

—Estuvo genial —dice Joan dando una patada a un zapato—. Me encuentra hermosa. Le importo de una manera que no te importo a ti. —Aleja el otro zapato de otra patada—. Te veo pálido, amigo.

Estupefacto, necesita reír.

—Pero si todos pensamos que eres hermosa.

—Pues tú no me haces sentir que lo soy.

—Yo sí lo siento.

—Me haces sentir como una fregona fea.

Mientras se devanan los sesos para comprender sus nuevas posiciones, se dan cuenta de que Joan, igual que un jugador de ajedrez que ha movido impulsivamente su reina, no tiene más opción que la defensa. En un intento desesperado por seguir llevando la iniciativa, dice:

—Divórciate de mí. Pégame.

Él está sereno, pragmático, admirable.

—¿Cuántas veces has estado con él?

—No lo sé. Desde abril, de forma intermitente. —Joan parece avergonzarse de sus manos; las coloca a los costados del cuerpo, en las mejillas, las apoya juntas en el poste de la cama, las quita—. He intentado dejarlo, me siento terriblemente culpable, pero nunca me ha presionado, así que tampoco podía provocar una discusión. Se le pone una expresión herida.

—¿Quieres seguir con él?

—¿Ahora que tú lo sabes? No seas grotesco.

—Pero le importas de una manera en que no me importas a mí.

—Eso pasa con todos los amantes.

—Que Dios nos ayude. Eres una experta.

—En absoluto.

—¿Y qué me dices de Mack?

Está asustada.

—Fue hace años. No duró mucho.

—¿Y Freddy Vetter?

—No, decidimos que no. Sabía lo mío con Mack.

El amor, una tinta turbia y pesada, inunda a Richard desde dentro, le baña las palmas con presión hormigueante cuando se acerca a Joan, que tiene la cara nebulosa con la tensión de quien espera un golpe.

—Serás puta —susurra fascinado—. Mi novia virgen. —Le besa las manos; son corruptas y frías—. ¿Quién más? —suplica, como si cada nombre fuera una preciada carga que ella colocará en sus hombros doblados—. Dame la lista de todos tus hombres.

—Ya te lo he dicho. Es una lista de lo más austera. ¿Sabes por qué te lo he contado? Para que no te sintieras culpable por esa Vogel.

—Pero es que no pasó nada. Cuando lo haces tú, sí pasa.

—Cariño, yo soy una mujer —le explica, y dan la impresión, en la habitación cada vez más oscura encima del alboroto amortiguado de la televisión, de haber regresado a las bases de su matrimonio, a los elementos constituyentes básicos. Mujer. Hombre. Casa.

—¿Qué dice tu psiquiatra de todo esto?

—No mucho. —La euforia triunfal de su confesión ha pasado; el ánimo retraído de Joan es la preparación para días, semanas de preguntas de él. Recupera los zapatos que se había quitado—. Es una de las razones por la que fui a verlo, porque seguía teniendo aventuras.

—¿Seguías teniendo? Me vas a matar.

—Por favor, no me interrumpas. No sé por qué, pero fue muy inocente. Iba a su despacho, me tumbaba y decía: «Acabo de estar con Mack, o con Otto...».

—Otto. ¿Cómo era el chiste? Otto escrito de atrás adelante es «Otto». Otto con las letras alternadas es «toto».

—... y le contaba que había sido una maravilla, o un horror, o así-así y luego hablábamos de la masturbación de mi infancia. Su tarea no es regañarme, su trabajo es conseguir que deje de regañarme a mí misma.

—Pobre desgraciado, pensar que he tenido celos de él todo este tiempo y lleva años sufriendo con eso; teniendo que escucharte todos los días. Ibas ahí, te dejabas caer en su sofá todavía oliendo a...

—No fue todos los días, ni mucho menos. Podían pasar semanas. No soy la única mujer que tiene Otto.

El tumulto artificial de la televisión en el piso de abajo se mezcla con un alboroto real, gritos y golpes que suben por las escaleras y amenazan el acuario en que nadan los Maple, oscuros peces flotando en tinta con los contornos apenas visibles, revelados el uno al otro solo como remolinos de calor, misteriosos abismos animados en la superficie del espacio. Temeroso de no volver a estar tan cerca de Joan en años, o de que ella no vuelva a ser tan franca, Richard se apresura a preguntar:

—¿Y qué me dices de tu profesor de yoga?

—No digas tonterías —dice Joan cogiéndose las perlas a la altura de la nuca—. Es un vegetariano cargado de años.

La puerta se abre de golpe; el dormitorio estalla en añicos de luz eléctrica. Richard Jr. está agitado, llorando.

—Mami, ¡Judith no hace más que meterse conmigo y ponerse delante de la televisión!

—De eso nada. Ni hablar. —Judith habla con gran nitidez—. Madre, padre, es un mentiroso retrasado.

—No puede evitar estar creciendo —le dice Richard a su hijo. Imagina a la pobre Judith tratando de encajar entre siluetas infantiles en el cuartito de la televisión, la compadece por su tamaño tanto como compadece a Johnson por su presidencia. Bean entra en el dormitorio como

una exhalación, asustada por una violencia que no es televisiva, Hecuba salta encima de la cama con vibrantes ojos dorados y Judith dirige a Dickie una mirada de reojo descarada e impenitente y este, amordazado por un exceso de emoción, sale corriendo. Enseguida llega del otro extremo del piso de arriba un graznido angustiado cuando Dickie invade la habitación de John y rompe la comunión de este con su dinosaurio. En el piso de abajo, una mujer, desatendida y sola, encerrada en una caja, canta algo sobre el *amore*. Bean abraza las piernas de Joan para que no pueda moverse.

Judith pregunta, con perspicacia parental:

—¿De qué hablabais?

—De nada —dice Richard—. Nos estábamos vistiendo.

—¿Por qué estaban todas las luces apagadas?

—Estábamos ahorrando electricidad —le dice su padre.

—¿Por qué llora mamá?

Richard mira a Joan, incrédulo, y descubre que, en efecto, tiene las mejillas cubiertas de plata, está llorando. En la fiesta, entre nubes de amigos y de humo, Richard se resiste a que lo separen de su mujer. Esta se ha secado las lágrimas y se contonea levemente, como cuando en la playa se atreve a llevar bikini. Pero su desnudez está solo en los ojos de Richard. La cabeza de ella junto a su hombro, sus cumplidos en tono serio y cortés, el hoyuelo rollizo e impenitente entre sus pechos, todo le parece valioso e intrínseco a su propia identidad. Como cornudo, se ha vuelto más alto, atenuado, más elegante y humano en sus opiniones, más liviano y expresivo. Cuando empieza la consabida discusión sobre Vietnam, su voz le recuerda al sonido de una paloma. Reconoce que Johnson es odioso. Admite que Asia es infinitamente compleja, taimada, desagradecida, femenina, pero ¿debemos por tanto abandonarla? Cuando Mack Dennis, a quien la soltería ha vuelto fornido, se acerca y saca a Joan a bailar, Richard se siente castrado y se deja caer en el sofá con tal expresión de desencanto que Marlene Brossman se sienta a su lado y, por primera vez en años, coquetea. Intenta decirle con la voz, por debajo de las palabras sin sentido que está pronunciando, que la quiso y que podría volver a quererla, pero que ahora mismo está terriblemente preocupado y tiene que perdonarle. Va en busca de Joan y le pregunta si no es hora de irse. Ella se resiste. «Sería de mala educación.» Se siente segura allí, entre cortesías sociales, y prevé que la explotación que hará él del territorio que ha cedido será concienzuda. El amor es despiadado. Vuelven a casa a medianoche bajo una esbelta luna que no se parece en nada a sus fotografías: cañones coronados de sombras, cadenas de montañas como taladros, ásperas depresiones circulares alrededor de los pies de metal del intruso mecánico enviado desde la bola azul que hay en el cielo.

No descansan hasta que él no le ha sonsacado un mundo de detalles: fechas, lugares, interiores de motel, emociones mezcladas con precisión. Hacen el amor con autocrítica. Él le arranca la nueva promiscuidad que le debe y, en compensación, intenta ser, igual que un viejo y maltrecho libertino, diestro. Le satisface saber que, de una manera elemental, nunca ha sido desplazado; que durante meses Joan ha estado forcejeando en los brazos de un amante, en la red de gasa del amor con las alas inmovilizadas por la delicadeza debida. Le asegura que aprovechó la primera oportunidad que tuvo de confesar; le reconoce que Otto se peina con laca y usa perfume. Llorando, jura que, en ninguna parte, nunca, ha conocido una pasión como la de él, Richard, con sus agradables proporciones corporales y asombrosa elegancia, con su estimulante sadismo, su intensidad viril. Entonces, ¿por qué...? Se ha dormido. Su respiración se ha vuelto indiferente.

Richard pega su cuerpo flácido al suyo, derrochando indulgencia en la silueta fantasmal de ella. Un camión marcha atrás tensa el silencio de la noche. Joan le ha dejado a una brizna de la saciedad; una parte mínima de su confesión ha quedado sin explorar. La cara lunar del reloj eléctrico dice las tres. Richard se vuelve, le da la vuelta a la almohada, recoloca inquieto los brazos, se vuelve otra vez y parece bajar al piso de abajo a por un vaso de leche.

Para su sorpresa, la cocina está iluminadísima y Joan está en el suelo de linóleo vestida con un maillot. Richard se detiene, asombrado, mientras ella entrelaza, serena, las piernas hasta adoptar la posición de loto. Richard le pregunta otra vez por el profesor de yoga.

—Bueno, pensé que si era parte de mi gimnasia no contaba. De lo que se trata, querido, es de conseguir que el cuerpo y la mente sean uno. Esto es pranayama, control de la respiración. —Majestuosa, se tapa un agujero de la nariz e inhala despacio, a continuación, se tapa el otro y exhala. Sus manos regresan, con las palmas hacia arriba, a sus rodillas. Y entonces sonrío—. Esta es divertida. Se llama torsión. —Adopta una nueva postura, con los músculos elásticos bajo la media negra aquejada de carreras—. Ah, se me olvidó decirte que me he acostado con Harry Saxon.

—Joan, no. ¿Con qué frecuencia?

—Cuando nos apetecía. Solíamos ir detrás del campo de la Liga Infantil. ¡Ese aroma celestial a trébol!

—Pero, tesoro, ¿por qué?

Sonriendo, Joan cuenta en silencio los segundos de la postura.

—Ya sabes por qué. Me lo pidió. Es difícil, cuando los hombres te lo piden. No hay que insultar su naturaleza masculina. Hay una armonía en todo.

—¿Y Freddy Vetter? Me mentiste sobre Freddy Vetter, ¿a que sí?

—Verás, esta postura es fantástica para los músculos del cuello. Se llama el león. No te rías. —Se arrodilla, con las nalgas alineadas con las caderas, echa la cabeza hacia atrás y, con la boca muy abierta, saca la lengua como si quisiera tocar el techo. Sin embargo, continúa hablando—. La teoría es que llevamos la cabeza tan alta que la sangre no puede llegar al cerebro.

A Richard le duele el pecho; se obliga a extraer de él un grito:

—¡Dímelos todos!

Joan rueda hacia él y se pone vertical, apoyada en los hombros, con la cara roja por el esfuerzo del equilibrio y el flujo descendente de la sangre. Las piernas se abren y se cierran despacio, como una tijera.

—A algunos no los conoces —prosigue—. Van de puerta en puerta vendiendo pozos sépticos.

La voz le sale del vientre. Peor aún, hay un zumbido. Aterrorizado, Richard se despierta y se sienta. Tiene el pecho empapado.

Identifica el zumbido como el ruido del transformador en el poste de teléfonos junto a las ventanas de la casa. Durante toda la noche, mientras los habitantes duermen, la ciudad murmura eléctricamente para sí. El terror de Richard persiste, gana volumen a medida que se confirma la realidad de las sensaciones de su sueño. El cuerpo dormido de Joan junto al suyo parece pequeño, apenas mayor que el de Judith, y más estrecho como resultado de la edad; no obstante, también es infinitamente profundo, igual que una sima de secretismo, perfidia y aceptación. El vértigo hace brotar sudor en las palmas de sus manos. Richard deja la cama como quien retrocede frente a un torbellino. De nuevo baja las escaleras; las revelaciones de su mujer han vuelto empinados los

caminos y resbaladizos los valles.

La cocina está a oscuras; da la luz. El suelo está desnudo. Los objetos conocidos de la cocina parecen sorprendidos en un estado de ranciedad persistente, con expresión tensa, como si estuvieran a punto de explotar por el esfuerzo de ser tan fieles. Ester y Esau llegan del cuarto de estar, donde han estado durmiendo encima del sofá, y suplican que les den de comer, sentados como sujetalibros, expectantes y expertos. El reloj dice las cuatro. Centinela de la noche. Pero cuando busca indicios de allanamiento, de rastros de su sueño, Richard solo encuentra, a modo de pistas burlonas de tan abundantes, los dibujos pegados a la nevera hechos por dedos infantiles ardientemente arracimados alrededor de una cera, dibujos de casas, coches, gatos y flores.

FONTANERÍA

El viejo fontanero se inclina con ternura, en la oscuridad del sótano de mi casa recién comprada, para enseñarme una junta valiosa, antigua.

—Hace treinta años que no se fabrican juntas como esta —me dice. Su delgada voz es como un hilillo exprimido a través de óxido—. Treinta, cuarenta años. Cuando yo empecé con mi padre, las hacíamos así. Es de plomo, antigua. Tenías que soldarla. La vertías en caliente, usando un cucharón y con un trapo húmedo en la otra mano. Había dieciséis movimientos diferenciados que tenías que hacer antes de que se enfriara. Dieciséis movimientos. Si te saltabas uno, la junta se echaba a perder. Tenías que raspar y empezar desde el principio. Así es como se hacía cuando yo empecé. Tendría unos quince, dieciséis años. Esta junta puede tener cincuenta años.

Él conoce mis cañerías; yo me limito a ser propietario de ellas. Las ha conocido con muchos propietarios distintos. Pensamos que somos aquello que pensamos y vemos cuando, en realidad, somos sacos de vísceras que caminan erguidos. Pensamos que hemos comprado un sitio donde vivir y unas vistas cuando, en realidad, hemos comprado un laberinto, una historia, una arqueología de tuberías y conductos y trampillas y válvulas. El fontanero me enseña una cañería oscura y robusta que sigue un camino en diagonal hasta los cimientos.

—¿Ve esta línea a lo largo del suelo?

Una línea color blanco, un susurro de escarcha en la parte inferior de la cañería: una pálida oxidación.

—No la toque. Se pondrá a sangrar. Esta tubería de desagüe se hacía en dos mitades. Se suponía que luego las montaban de manera que las juntas quedaran a los lados. Pero a veces se descuidaban y las montaban dejando la junta en la parte de abajo.

Lo demuestra poniendo las manos en forma de cuenco; las manos se separan de manera que la grieta entre ellas se ensancha. Me esfuerzo por ver entre sus oscuras palmas y me convierto, según su metáfora, en agua que busca la luz.

—Con el tiempo, ve usted, pierde agua.

Con el haz de su linterna, sigue el recorrido inverso de la pálida línea delatora.

—Cuatro o cinco caños nuevos deberían bastar.

Suspira, resuella; tiene los ojos más abiertos que otros hombres, resultado de toda una vida en sótanos. Es un poeta. Donde yo solo veo un defecto, una molesta imperfección que me costará más dinero, él contempla con ternura, meditando sobre las presencias eternas de la corrosión y el flujo. Me envía unas facturas magníficas e irónicas, en las que catálogos de piezas diminutas

1 3,4 × 2,3 cm tuerca galvanizada 58 centavos

1 2,8 cm llave de purga 90 centavos
3 9 cm acoplador/boquilla ngr. 23 centavos

detallados con una contabilidad tan minuciosa que parece una locura terminan denigrados y engullidos por una cifra redonda torrencial atribuida simplemente a «mano de obra»:

Mano de obra 550 dólares

Supongo que estas tiernas meditaciones en mi presencia, incluso las largas pausas cuando sus grandes ojos parpadean, cuentan como mano de obra.

La vieja casa, la casa que dejamos, a un kilómetro y medio, parece aliviada de librarse de nuestros muebles. Las habitaciones en que vivimos, donde pusimos en escena nuestras comidas, ceremonias y dramatizaciones, y en las que algunos pasamos de la infancia a la adolescencia — habitaciones y escaleras tan imbuidas de nuestros movimientos diarios que llevábamos sus irregularidades en la sangre y podíamos recorrerlas en la oscuridad— no parecen llorar, como imaginé que harían. La casa se regocija de su inesperado tamaño, del alcance de sus rincones vacíos. Los suelos de tarima, atenuados largo tiempo por alfombras, brillan como recién barnizados. El sol entra a raudales, libre de obstáculos, por las ventanas sin cortinas. La casa vuelve a ser joven. También ella tenía una identidad, una vida, que por un tiempo estuvo eclipsada por nuestras vidas; ahora, antes de que sus nuevos dueños vengan a atosigarla, es libre. Ahora solo la luz de la luna hace crujir el suelo. Cuando, algunas mañanas, vuelvo para recoger restos de cosas sueltas —morillos, marcos de fotos— el espacio vacío de la casa me saluda con imprudencia virginal. Abrir la puerta principal es como abrir la puerta al gato que entra con la leche matutina, que maúlla de camino a las camas aún tibias de nuestro sueño nocturno, su rutina tenuemente unida a la nuestra por un único maullido y un techo común. La naturaleza es más severa de lo que reconocen los ecologistas. Nuestra casa nos olvidó en un solo día.

Me siento culpable por haberla ocupado tan tenuemente, tanto que un trío de trabajadores de mudanzas y las brisas de un día borrarán nuestro rastro por completo. Cuando nos instalamos en ella me sorprendió comprobar que, aunque las vigas y chimeneas tenían trescientos años, no estaba encantada. Había pensado, al ser tan vieja, que lo estaría. Pero una bruja aficionada que había conocido mi mujer en la universidad dio golpecitos a las paredes de los dormitorios, husmeó el ático y nos aseguró —ahora que lo pienso, la mujer tenía los ojos inexplicablemente dilatados, igual que mi fontanero— que el lugar estaba limpio. La habían construido unos granjeros puritanos. Es posible que en el siglo xix se usara como taberna; la carretera a Newburyport pasaba al lado. En la década de 1930 había sido un edificio de apartamentos, con las habitaciones ahora exultantemente grandes entonces subdivididas con particiones de escayola a las que se hicieron agujeros para que los vecinos pudieran intercambiarse azúcar y harina. Días rurales, días de pobreza. Durante un tiempo hubo gallinas en el piso de arriba; al principio mis hijos dijeron que, cuando llovía, olía a plumas, pero yo lo atribuí al poder de la sugestión, o del mito. Al excavar en el jardín trasero sí desenterramos algunas cucharas de peltre y trozos de botellas de cristal de una era perdida del envasado. De nuestro paso, unas cuantas bolas de prácticas de golf, de plástico, entre los lirios y unas pelotitas polvorientas bajo los radiadores será lo único que encontrarán otros. A los fantasmas que hemos dejado solo podemos verlos nosotros.

Veo a un hombre de esmoquin y a una mujer con un vestido largo blanco caminando por el jardín trasero bajo una fría llovizna que les hace reír, a las dos de la madrugada del día de Pascua. Esconden huevos de chocolate envueltos en papel de aluminio y están borrachos. Por la mañana tendrán dolor de cabeza y los niños los despertarán con gritos y peleas por la búsqueda, y se subirán a la cama de sus padres con bocas sucias de chocolate y alientos nauseabundamente azucarados; pero lo que yo veo, desde la perspectiva de la cocina y con la conciencia sobria, es la estampa matutina de dos noctámbulos que, de puntillas por el jardín embarrado, rodean la forsitia, llegan hasta los columpios y vuelven. Conejitos de Pascua.

Un hombre se inclina sobre la cama de un niño; su voz y una voz infantil murmuran plegarias al unísono. Tienen dificultades con «ofensas» frente a «deudas», al haber ido a escuelas dominicales distintas. Cansado, ligeramente asmático (¿el fantasma de las plumas de gallina?), deseoso de volver al piso de abajo, a un libro y una copa, pasa al dormitorio siguiente. Allí, una niña mayor, cuando le ofrece inclinar la cabeza con ella, llora en voz baja. «¡Papá, no!» La cara redonda y blanca, en penumbra por la oscuridad del crepúsculo, parece resplandecer de tensión, vergüenza, exhortación. Avergonzado también él, que se avergüenza con demasiada facilidad, le da un beso, retrocede, cierra la puerta del dormitorio y la abandona a la oscuridad.

En la habitación mayor de todas, cuyas paredes están ahora desnudas a excepción de rectángulos fantasmales donde antes hubo librerías y colgaron cuadros, hay personas que hablan, que gesticulan con teatralidad. La mujer, la esposa, arroja algún objeto. Estuvo a punto de ser un cenicero, pero, a pesar de la furia, que le vuelve el rostro de color rosa rojizo, lo cambia prudentemente por un libro. Rompe a llorar, quizá por su incapacidad puritana de arrojar un cenicero, y corre a otra habitación, sin olvidarse de saltar por encima de un umbral ligeramente elevado en el que a menudo tropiezan desconocidos. Los niños bajan y suben escaleras con sigilo, pálidos, arrepentidos, culpándose a sí mismos, en las bóvedas de sus corazones inocentes, de esta perturbación. Incluso la perra enrosca el rabo. Avergonzada. El hombre se desploma en un sofá que ya no está allí. Tiene los tobillos juntos y la cabeza inclinada, como sujeto por unos grilletes. Está teatralizando su idea de sí mismo como un prisionero. Parece verano, porque una mariposa de la col se posa, sin que venga al caso, en la mosquitera de la ventana, que rozan y golpean malvas reales. La mujer vuelve, con la cara rosada en lugar de roja, y expone la situación de manera ceremoniosa, deliberada; el hombre se pone de pie y grita. Ella le golpea; él le aparta el brazo y le da un puñetazo en el costado, asombrado por lo placentera, lo esponjosa que es la sensación. Un saco de vísceras. Trastabillan entre los muebles, que se interponen en su camino, levantando nubes de polvo. Los niños suben un peldaño de la escalera. La perra, encorvada como si la estuvieran azotando, va hasta la mosquitera y suplica que la dejen salir. El hombre abraza a la mujer y murmura. Ella está roja y acalorada por las lágrimas. Él se da cuenta de que está llorando; ¡qué sensación tan agradable!, como vomitar, como sudar. ¿De qué están hablando estas personas violentas, asustadas? Están hablando de cambio, de un proceso natural, del paso del tiempo, de la muerte.

Son fantasmas tenues. Se desvanecen como aliento en un cristal. En cambio, recuerdo los huevos de Pascua, potentes, poderosos, mágicos de mi infancia, rellenos de jugoso coco, pesados como lingotes o espaciosos como teatros, poblados por siluetas de papel, mundos en miniatura que generan su propia luz solar. Estos huevos surgieron, en su nido de virutas púrpura, del mismo insondable pozo de misterio en que nadan las estrellas, aquella mañana de domingo en que se tomaron viejas fotografías anteriores a mi nacimiento y Dios escuchaba. De noche, cuando rezaba,

me tendía igual que un alfiler en la superficie de este abismo, en una casa habitada hasta el último sombrío rincón por amenazas disneyanas con uñas como garras, en una ciudad que tenía una funeraria en la intersección principal y cuya periferia estaba toda blasonada de graneros engalanados de signos contra el mal de ojo. En la alfombra del cuarto de estar había una mancha con forma de continente en la que vomité siendo muy pequeño. Un mito detrás de otro: ahora tengo tres o cuatro años, un alma hambrienta que se come la tierra de una de las jardineras de gran tamaño donde hay extraños helechos... presencias leves, imprecisas, tropicales. Una de las supersticiones de mi abuela es que un niño debe comer medio kilo de tierra al año para crecer fuerte. Y luego, más tarde, a los nueve o diez, estoy tumbado boca abajo en el mismo lugar, leyendo el periódico a mi abuelo ciego: primero las necrológicas, luego las noticias del campo y, por último, los titulares de primera página sobre los *japos* y Roosevelt. El periódico tiene un olor intenso, no a húmedo, como el olor de los tebeos, sino más fresco, menos dulzón que los envoltorios de rosquillas, pero especiado, un olor emocionante que lleva dentro el futuro, un olor a cosas apiladas y almidonadas y ligeramente calientes, el olor de lo nuevo. Cada día, me doy cuenta, este olor llega y se desvanece. Y entonces tengo trece años y digo adiós al cuarto de estar. Nos mudamos. Junto a la mancha en forma de continente de la alfombra están las hendiduras circulares de las macetas de helechos. La luz de sol ya sin cortinas que ilumina estos surcos limpios es una revelación. Están grabados a gran profundidad, como huellas de dinosaurio.

¿Percibían mis hijos la frivolidad de nuestros oficios de Pascua? La más pequeña solía tumbarse en la cama del más pequeño de los dormitorios de arriba a chuparse el pulgar y mirar algún punto situado detrás de mí, en la oscuridad. Nuestra casa, para ella, sin duda poseía esa dimensión del miedo que marca cada superficie recordada, que convierte cada cicatriz en la pintura de la pared en la pista de algún terrible abismo. Era la única de nuestros hijos que hablaba de la muerte. Al día siguiente era su cumpleaños.

—No quiero cumplir nueve.

—Pero tienes que crecer. Todo el mundo crece. Los árboles crecen.

—No quiero.

—¿No quieres ser una chica mayor, como Judith?

—No.

—Podrás llevar carmín, y sujetador, y montar en bicicleta incluso por Central Street.

—No quiero montar en bicicleta por Central Street.

—¿Por qué no?

—Porque entonces me haré una señora mayor y me moriré.

Y se le llenan los ojos de lágrimas, y el hombre que está con ella es tonto, como lo serán todos los hombres que estén con ella a este respecto, en este pequeño cuarto donde no queda nada de nosotros excepto marcas de arañazos y una calcomanía de Snoopy medio rascada en el marco de la ventana. Si siguiéramos viviendo aquí, sería el momento de poner cortinas en las ventanas.

El azafrán está crecido en la casa vieja; los narcisos florecen en la nueva. Los niños que vivieron en la casa nueva antes de nosotros nos dejaron pelotas polvorientas bajo los radiadores. En los días de tasación y compra solíamos ver a estos niños merodear por su casa, detrás de arbustos y barandillas, mirándonos a nosotros, los usurpadores de su futuro. Cuando ya se habían ido, pero antes de que llegaran nuestros muebles, jugamos a juegos divertidísimos en las

habitaciones vacías: botes y saltos gigantes y cómicos. Pronto las pelotas volvieron a perderse. Las habitaciones se llenaron. Estábamos instalados.

Tierna, pensativamente, el fontanero me enseña un trozo cortado de la tubería que va desde el depósito hasta nuestro acumulador. El diámetro interior de la tubería está reducido al tamaño de su dedo por las adherencias minerales: un círculo de capas pétreas fino como papel enrollado. Recuerda a un libro de canto, pero de esos que no están pensados para ser abiertos, de esos que los sacerdotes guardan sabiamente bajo llave.

—¿Ve? —dice—. Esto se ha ido acumulando a lo largo de cuarenta, cincuenta años. Recuerdo cuando mi padre y yo instalamos la bomba, pero esta cañería ya estaba entonces. No se puede hacer nada, son los minerales que hay en el agua. No se puede hacer nada, salvo desenterrarla y sustituirla con tres centímetros o tres centímetros y medio de otra nueva.

Imagino mi césped levantado, la excavadora grande y dorada pisoteando mis narcisos, mis dólares alejándose en torrente. Inútilmente, protesto.

El fontanero suspira, como suspiran los poetas, con un ojo puesto en el público.

—Verá, si lo deja como está, quemará la bomba nueva. Tiene que trabajar demasiado para extraer el agua. Cámbiela ahora y no tendrá que volver a preocuparse. Les durará una vida.

Mi vida. Su vida. Tiene los ojos muy abiertos ante las presencias innombrables de la corrosión y el flujo. Nos asomamos por la trampilla del sótano; un trozo cegador de cielo se coloca sobre nosotros, enmarcado por nubes provisionales, eternas. Todo a nuestro alrededor nos sobrevive.

LA TEORÍA DEL ARENQUE ROJO

Había terminado la fiesta. Los amigos habían llegado, se habían mezclado, los habían mezclado, la velada los había exprimido y, a continuación, se habían evaporado como presencias espectrales. Los Maple quedaron en compañía el uno del otro y de una profusión de colillas y vasos medio vacíos. Los platos estaban apilados, sucios, en la cocina; los niños dormían, inocentes, en el piso de arriba. A pesar de ello, la pareja, con la histérica energía que sigue al deber cumplido, se negó a irse a la cama y en lugar de ello se sentó en un salón repentinamente vacío y enorme.

—Qué desastre de gente —dijo Joan sentada con la espalda recta en una silla de director de madera sin barnizar y lona verde—. Hay Fritos espachurrados en la alfombra. ¿Cómo se puede ser tan descuidado?

Richard vio que estaba en modo sentencioso; sus dictámenes, cuando adoptaba esa disposición, lo fascinaban.

—¿No es lo que hacemos nosotros —preguntó despatarrado en el sofá color blanco roto que tenía los cojines magullados por una sucesión de cuerpos— cuando vamos a casa de alguien?

Los asientos que habían elegido colocaban a Joan a mayor altura y exponían a la vista de Richard su admirable y limpia línea de la mandíbula.

—En absoluto —dijo Joan convencida—. Nosotros limpiamos lo que ensuciamos. Y siempre nos marchamos juntos.

—Eso sí que ha sido raro —estuvo de acuerdo Richard—. ¿Crees que Jim estaba enfermo o enfadado?

—Quizá estaba tan enfadado que se puso enfermo.

—¿Enfadado conmigo?

—Bueno —dijo Joan—. Lo cierto es que seguiste bailando con ella, incluso cuando Jim se puso el abrigo.

—Un hombre de barrio residencial —fue la lánguida respuesta de su marido, quien en la adolescencia había visto muchas películas del señor y la señora North^[3]— tiene derecho a bailar con su amante, eso sin duda.

La respuesta de Joan fue envidiablemente firme.

—Marlene no es tu amante. Es tu arenque rojo.

—¿Mi arenque rojo? —La expresión imprevista tiñó exóticamente la piel de Marlene; estaba de nuevo en sus brazos, pero más resbaladiza, era una sirena, un ser acuático escamoso y oloroso. Perfumado hasta las branquias.

—Pues claro —dijo Joan—. Un hombre de barrio residencial que se precie, como dices tú, tiene una mujer, una amante y un arenque rojo. El arenque rojo pudo haber sido su amante en otro tiempo, o puede que lo sea en el futuro, pero ahora mismo no se acuesta con ella. Se sabe porque en público se comportan como si lo hicieran.

Richard se reclinó en otro almohadón hundido y protestó:

—Eso es demasiado maquiavélico para ser verdad. Es decadente, cariño. Igual fue una equivocación traerte a vivir aquí. Deberíamos habernos quedado en la calle Treinta oeste. ¿Te acuerdas de cómo galopaba por la nieve la policía montada?

—Lo hicieron una vez. Hace quince años. Los colegios eran una pesadilla. No había donde aparcar el coche.

—¡Jesús! —estuvo de acuerdo Richard—. ¿Te acuerdas de una vez que lo metí en un parking y unas obras en el tejado del edificio vecino derramaron alquitrán por todo el parabrisas? Todavía me pongo furioso.

Pero recordarlo le hacía feliz.

—Es lo que te decía —dijo Joan—. Estamos atrapados. —Se refería al barrio residencial—. ¿Quieres una última copa?

—Por Dios, no. ¿Cómo puedes beber más alcohol? ¿Crees que debería llamar a Jim y disculparme?

—No digas tonterías. Igual interrumpes algo.

—¿Tú crees?

¿Su ser acuático, desescamado, en brazos de otro? La idea le daba escalofríos.

—Es posible. Marlene no parecía nada contrita cuando Jim se fue. De hecho se convirtió en el alma de la fiesta.

Richard volvió al primer cojín y cambió de tema.

—Pobre Ruth —dijo—. No parecía estar divirtiéndose demasiado.

Joan se puso en pie, majestuosa con su vestido de fiesta azul celeste de talle alto largo hasta el suelo, y cogió la botella de brandi del piano; el largo cuello de vidrio se convirtió en un cetro en su mano. Cogió una copita sucia, tiró el residuo al fuego, escuchó el chisporroteo y se sirvió un generoso trago ambarino.

—Pobre Ruth —repitió con cuidado mientras volvía a sentarse en la silla del director.

—Claro que —se explayó Richard— ¿cómo va a divertirse con ese capullo de marido que tiene?

—Jerry no es tan capullo —dijo Joan—. Para empezar, es un bailarín estupendo. Un buen atleta. Hay muchas cosas que podrías aprender de él.

—Sin duda. —Richard decidió que había que cambiar otra vez de tema de conversación—. Si Marlene no es más que mi arenque rojo —preguntó—, ¿por qué bailó tanto rato conmigo?

—Quizá tú eres su arenque. Nosotras también tenemos arenques rojos, por si no lo sabías. Se llama liberación de la mujer.

—Entonces ¿con quién está Marlene en realidad?

—Con Jerry.

—Imposible.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque es un capullo. Lo único que sabe hacer es hablar de acciones, jugar al fútbol y

bailar.

Cada vez que, aquel otoño, durante un partido de touch rugby, había recibido un pase lanzado por Jerry, a Richard lo había asaltado la culpa.

Joan sonrió después de dar un trago de brandi.

—Un capullo —dijo— puede ser un pez.

—¿También tú pescas?

El brandi producía elocuencia.

—¿Para qué otra cosa son estas fiestas desastrosas y aburridas? Si ya has pescado un pez, vas para verlo. O verla. Si no has pescado aún, vas con la esperanza de hacerlo. Si no practicas la pesca, como los Donnelson, vas llevado por la fascinación, para ver quién pesca qué. Y además las necesitamos. Igual que necesitan los peces aguas en las que nadar.

—¿Cómo que las necesitamos? ¿Por qué te incluyes? ¿Quién te ha pescado a ti? Estás haciendo que me apetezca horrores ese brandi.

Joan se levantó y le llevó la botella, porque así, supuso Richard, podría servirse otro chorrito por el camino, y porque sabía que con aquel vestido regio estaba más atractiva de pie que sentada. Sentada parecía embarazada.

—Primero —contestó Joan después de servirle a él y volverse a sentar, mientras que el talle del vestido se inflaba en una simulación nostálgica de la maternidad—, vamos a aclararnos, ¿de quién soy yo el arenque rojo?

—Fuiste el de Mack —se aventuró a decir Richard—, pero parece que eso ya se ha enfriado. Esta noche solo hablaba de Eleanor; ¿crees que van a casarse otra vez?

—¿Después del diner que se han gastado en abogados?

—De Jerry —propuso Richard—. Bailaste dos veces con él, sin parar de hablar. —Encolerizado, como si acabara de caer en la cuenta, se enderezó y la señaló con un dedo acusador—. No me digas que eres el arenque rojo de ese capullo.

—No lo soy —dijo Joan con tranquilidad—. Jerry y yo hablamos mucho rato, pero de ti y de Ruth.

—Ah. ¿Y a qué conclusión llegasteis?

—A que en realidad no estáis haciendo nada.

—Menos mal.

Su alivio se mezcló con irritación por el menosprecio complaciente de Joan.

—Si hubiera algo entre vosotros —continuó Joan—, al menos os dirigiríais la palabra una vez durante una fiesta, para disimular. Pero lo único que hacéis es miraros. La pregunta es: ¿vais camino de tener algo? Yo creo que sí, Jerry no. Confía mucho en ella.

—Ya lo imagino. Qué capullo.

Su tono, demasiado vehemente, pareció ofender a Joan en su majestuoso vestido azul.

—Hablemos ahora de mí —dijo—. Estoy cansada de hablar de ti.

—¿Qué pasa contigo? ¿Estás pescando?

—¿Esa impresión doy?

Richard pensó.

—Creo —dijo— que te gusta coquetear, pero no eres pescadora.

—¿Crees que me faltan agallas?

—Agallas tienes —dijo—, pero te falta... ¿el qué? El ardor. Cada vez que empiezas a sentir el ardor, te sirves otro chorro de brandi y lo adormeces. Como ahora. Esta podría ser una conversación de lo más sensual; pero para cuando subamos a la habitación, estarás muerta. Oye, se me acaba de ocurrir por qué se marchó Jim. No fue mi baile con Marlene, a nadie le importa un rábano con quién baila su mujer. Fue que tú bailaras tanto rato con Jerry. Jim es tu pez y lo provocaste con tu arenque rojo.

—Haz el favor de no apropiarte mi teoría.

—Encaja perfectamente. Antes eras el pez de Mack y ahora eres su arenque rojo, mientras él se reconcilia con Eleanor. ¿O es Eleanor su arenque rojo y...? ¿Te fijaste en lo mucho que habló con Linda Donnelson?

A Joan se le heló la expresión durante un brevísimo instante; como cuando una ráfaga de viento aplana de pronto un mar picado.

—¿Linda? No digas tonterías. Estaban discutiendo sobre viviendas de protección.

¿Por qué se había puesto a la defensiva? ¿Había vuelto con Mack? Richard lo dudaba; su aventura se enfrió en cuanto Mack se divorció. Había sido la mención a los Donnelson.

—Y ya que estamos —se arriesgó a decir—, no parece encontrar a Sam tan aburrido como antes.

—Claro que es aburrido. He hablado con él porque era la anfitriona y no había más voluntarios.

—La verdad es que tiene muy buen cuerpo —reconoció Richard como si Joan lo hubiera afirmado—. Una vez te olvidas de esa cabeza llena de serrín.

—¿Es todo serrín?

—No lo sé, dímelo tú, que eres la que la está tocando.

—No estoy tocando nada. Estoy sentada aquí mirándote y pensando que no me gustas demasiado.

—Aquella vez que fuimos a navegar con Sam —continuó Richard—, me llamó la atención lo musculosa que tiene la espalda cuando se quita la camiseta. ¿Por qué nos invitó a navegar? Sabe que tengo hidrofobia. En cambio, tú resultaste ser toda una lobita de mar, allí aleteando subida al foque. ¿Qué tal es en un barco? ¿Se parece a una cama de agua? Por Dios, cariño, hay que tener cara dura para sacar a relucir a los Donnelson y decirme que son inocente *aqua pura*. De manera que Sam es tu pez. Pescado o no. Pero sigo sin saber quién es tu arenque rojo, de tantos como tienes.

El silencio de Joan lo asustó; se convirtió otra vez en el niño que suplicaba a su madre que le hablara, que lo rescatara de ahogarse en las corrientes tan profundas como la sangre de sus estados de ánimo, de sus secretos.

—Cuéntame más —le suplicó a Joan— de por qué no te gusto. Me suena a música celestial.

—Eres cruel —dictaminó Joan, con la copa de brandi descansando en su mano igual que un simbólico orbe— y avaricioso.

—Ahora dime por qué te gusto. Dime por qué no deberíamos divorciarnos.

—Detesto tu ego —dijo Joan— y nuestra vida sexual es lamentable, pero contigo nunca me he sentido sola. Jamás, ni por un instante, me he sentido sola si estabas tú en la misma habitación.

Las lágrimas le hicieron pestañear y cerrar la boca.

Richard también parpadeó, de cansancio.

—Bueno, pues vaya una defensa más tibia. No creo que así vendamos demasiado bien el producto en Peoria.

—¿Es lo que intentas hacer? ¿Vender el producto en Peoria?

—Bueno, desde luego aquí no se está vendiendo demasiado. Excepto a arenques rojos y a unos pobres peces.

Su ataque puso nerviosa a Joan, la apeó de su trono.

—No deberías enfadarte —dijo mientras se ponía de pie— cuando intento hablar contigo. No ocurre tan a menudo.

Empezó a recoger copas y a llevarlas en dirección a la cocina.

—Gracias a Dios. Porque eres terrible.

—¿Qué es lo que te ofende tanto? ¿El hecho de que esté un poquito viva?

—Viva para otras personas, pero no para mí.

—Has hablado igual que Ruth al decir eso. Incluso le has copiado la autocomiseración. Venga, ayúdame a recoger este desastre.

—Haces bien en llamarlo desastre —reconoció Richard.

Pero limpiar, ordenar todos aquellos receptáculos en las bandejas del lavavajillas y después pastorearlos de vuelta, impolutos, a sus espacios asignados en el armario, fue como añadir otra capa más de confusión. Richard se quedó en el sofá intentando ver luz entre la maraña. Joan sospechaba de Ruth; esa oportunidad había desaparecido. Aún le quedaba otra, una manera de derrotar al sistema. Tan sencilla que le hizo sonreír. Acostarse con su arenque rojo.

SUBLIMACIÓN

Los Maple acordaron que, puesto que el sexo era el único motivo de discordia en su matrimonio, debían renunciar a él; al sexo, no al matrimonio, que duraba ya dieciocho años y se remontaba a un horizonte en que incluso los dolores de parto respectivos parecían fundirse en un único espasmo. Transcurrió una semana. El sábado, Richard volvió a casa con un repollo crudo de gran tamaño dentro de una bolsita de papel. Joan preguntó:

—¿Qué es?

—No es más que un repollo.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con él?

Su irritación complació a Richard.

—No tienes que hacer nada. Vi a Mack Dennis meterse en el supermercado y entré para hablar con él de la nueva comisión ambiental, de si no iban a hacerle la competencia al comité de conservación, y luego tenía que comprar algo para poder salir por las cajas, así que cogí este repollo. Fue un impulso. Supongo que sabes lo que es un impulso —dijo con tono de reproche—. Cuando era pequeño —continuó— siempre teníamos un repollo en casa; podías cortar un trozo y mordisquearlo en lugar de un caramelo. Lo mejor eran los corazones. Te quemaban en la boca.

—Vale, ¡vale! —Joan le dio la espalda y siguió lavando platos—. Pues no sé dónde lo vas a meter; desde que Judith se hizo vegetariana, la nevera está tan llena de hortalizas que me dan ganas de gritar.

Que le diera la espalda lo excitó; por lo general así era. Se acercó y sostuvo el repollo entre la cara de Joan y la pila.

—Míralo, cariño. ¿No es precioso? Es tan perfecto.

Solo bromeaba a medias; en el supermercado se había sorprendido a sí mismo cautivado por el esplendor de los repollos dispuestos en pirámide, una belleza muda y brillante que había esperado siglos a que él la redescubriera. Desde la adolescencia nada le había abierto tanto y tan inocentemente los sentidos: la esfericidad pura, el tímido olor a sótano, la gravidez de bolas de cañón. Eligió, no el repollo de mayor tamaño, sino el más redondo, el más perfecto y lo llevó, desnudo, en la mano, hasta la caja, donde la cajera, con un pestañeo de sorpresa, lo vistió con una bolsa de papel y le cobró treinta y tres centavos. Mientras recorría en coche los dos kilómetros hasta casa, la esfera secreta junto a él, en el asiento, le parecía un agujero que hubiera taladrado para regresar a la realidad. Y ahora, al cortar una rebanada de una de sus mejillas pálidas, lo maravillaron, igual que años atrás, el milagro de la herida y la compresión de las hojas, cada una de ellas curvada con la tensión de una cuerda de guitarra. El sabor era más soso que su recuerdo infantil del mismo, pero la textura en la boca resultaba deliciosa.

Bean, su hija pequeña, de diez años, entró en la cocina.

—¿Qué come papá? —preguntó buscando galletas en la bolsa vacía. Sabía que papá era un ladrón de meriendas.

—Papá se ha comprado un repollo —le dijo Joan.

La niña miró a su padre con ojos que habían sido adiestrados para la diversión. Mamá y los animales, en especial los caballos, despedían una calidez seria, y todo lo demás tenía la frescura de la comedia.

—Qué tontería —dijo.

—De tontería nada —dijo Richard—. Prueba un trocito. —Le ofreció el repollo como si fuera una manzana. Imaginó, dentro de la redonda cabeza de su hija, hojas y hojas de psicología femenina tan perfectamente superpuestas que las arrugas coincidían.

Bean hizo una mueca de asco y rió con aspereza.

—Está asqueroso —dijo. Envalentonada, con los ojos más brillantes, coqueta—: Eres asqueroso. —Experimentando.

Dolido, Richard le dijo:

—Tú a mí tampoco me gustas. Solo me gusta mi repollo.

Y le dio dos besos al frío vegetal, pálido y compacto, en la mejilla. Bean balbució asombrada. Todavía de espaldas, Joan habló desde el fregadero.

—Ya que tenías que comprar algo, ojalá te hubieras acordado del Calgonite. Llevo no sé cuántos días fregando platos.

—Haberte acordado tú —dijo Richard con despreocupación—. ¿Dónde está el papel film para mi repollo?

Pero a medida que avanzaba la semana el repollo se fue marchitando; cada día, la crujiente espiral de una de las hojas aparecía marrón y reblandecida. Obstinadamente leal, Richard fue cortando y mordisqueando hasta llegar al corazón, que le quemó tanto la lengua que sus papilas gustativas, a pesar del desgaste de la edad adulta, no quedaron decepcionadas; recordó cómo había sido: la mesa cubierta con un hule en la que su madre acostumbraba a cortar el repollo en tiras para hacer chucrut y le daba los corazones crudos que sobraban de tentempié. ¡Cómo le quemaban la tierna lengua! Un dolor delicioso que le llenaba los ojos de lágrimas.

No compró otro repollo cuando se terminó el primero; de manera análoga, no volvió a tener una amante después de que Joan se enterara y se burlara de ella. Dicho en otras palabras: los ojos de ambos se habían casado y fundido en tres, y en el ojo central, común, la franqueza tajante de su mujer que ve a otra mujer en ella terminaría siempre por desterrar las brumas románticas de él.

Por el contrario, él nunca descubrió quiénes eran los amantes de Joan mientras los tuvo. Transcurridos meses, años incluso, esta le presentaría una aventura terminada, empaquetada tan primorosamente como un repollo, después de que el hombre hubiera vuelto a casarse o se hubiera mudado a Seattle y las heridas de ella, lamidas en secreto, hubieran sanado tiempo atrás. De manera que Richard supo, cuando volvió a casa una noche y detectó un fulgor rosáceo en la cara de Joan, que solo iba a descubrir una nueva máscara de inocencia. A pesar de ello, preguntó:

—¿Se puede saber qué has hecho hoy?

—Lo de todos los días. Después del colegio llevé a Judith a su clase de ballet, a Bean al centro de hípica, a Dickie al campo de prácticas.

—¿Y qué ha hecho John?

—Quedarse en casa conmigo y decir que se aburría. Le dije que construyera algo, así que está construyendo una guillotina en el sótano; dice que en sexto curso este trimestre toca la revolución.

—¿Qué va a usar de cuchilla?

—Ha aplanado una pala vieja que dice que puede afilar lo bastante.

Richard oía al niño dar martillazos y silbar debajo bajo sus pies.

—Dios mío, espero que no se rebane un dedo.

Sus pensamientos volaron del dedo a sí mismo y a los dientes uniformes y blancos de su mujer y de ahí al hecho de que habían pasado dos semanas desde que renunciaron al sexo.

Joan desplegó su secreto como si tal cosa.

—Ha pasado una cosa divertida.

—Has vuelto a clases de yoga.

—No digas tonterías; nunca significué nada para él. No. Han abierto un lavadero automático de coches en el centro, detrás del sitio de las pizzas. Metes tres monedas de veinticinco centavos, te quedas dentro del coche y entonces ocurre. Es la monda.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Pues ya sabes. Jabón, burbujas, cepillos gigantes que se acercan girando. La verdad es que hace un buen trabajo. Luego hay una manguerita que puedes usar a cambio de diez centavos para aspirar por dentro.

—Me parece de lo más siniestro. La gente que se pasa el día lavando el coche es la misma que se opone al aborto. Además, es contraproducente. La suciedad protege la pintura.

—Hacía falta. Ahora vivimos en el barro.

El otoño anterior se habían mudado a una antigua granja rodeada de vegetación que habían dejado crecer silvestre. Al llegar la primavera, habían atacado la maraña de naturaleza que los rodeaba con estilos amenazadoramente distintos. Joan rastrilló ramitas secas debajo de arbustos y pudo tímidamente, como si estuviera cortando el pelo a sus hijos. Richard despreció tales ternezas y atacó el problema de raíz, o casi en la raíz. Arrancó enredaderas del tejado del granero, haciendo saltar y volar tejas; cortó agracejos hasta reducirlos a una pelusa amarilla; empezó a recortar unos tejos altivos junto a la puerta y no pudo parar hasta que cada rama se convirtió en un muñón. Los tejos, una variedad japonesa rara, tenían una madera suave y rosada exasperantemente parecida a la carne humana. Durante días después, de los muñones manó sangre ámbar.

La familia entera se escandalizó, en especial los dos chicos, que habían improvisado un fuerte en la cavidad bajo los tejos. Richard se defendió:

—Eran ellos o yo. No podía entrar por la puerta de mi casa.

—No volverán a crecer, papá —le dijo Dickie—. No has dejado nada de verde. No puede haber fotosíntesis.

Los ojos castaños del niño estaban color verde; no dejaba de retirarse el flequillo, con ese gesto nervioso, tan femenino, de su melnuda generación.

—Mejor —declaró Richard. Cogió sus tijeras de podar, que tenían una bisagra extra para mayor potencia, y preguntó—: ¿Qué tal si te corto el pelo?

Los ojos de Dickie se redondearon de terror y retrocedió hacia su hermano quien, aunque de menor edad, tenía el pelo aún más largo. Parecían dos niñas fornidas bloqueando la puerta principal.

—¿O por qué no bajáis los dos al sótano y metéis la cabeza en la guillotina? —sugirió Richard. En unos pocos poderosos movimientos, mutiló un jazmín de Virginia en flor. Tuvo una visión de ángulos rectos, listones de madera limpios, ventanas cristalinas, espacios uniformes y transparentes de los cuales lo orgánico (lo orgánico impúdico, inoportuno, incesantemente invasor) había sido por fin desterrado.

—Papá está disgustado por otra cosa, no por vuestro pelo —explicó Joan a Dickie y a John durante la cena. A medida que transcurrían días desde el pacto, la familia cerraba filas alrededor de ella; incluso los gatos, se dio cuenta Richard, vacilaban a la hora de aceptar trozos de comida de su mano.

—¿Por qué entonces? —preguntó Judith, levantando la vista de su tortilla. Tenía dieciséis años y era el único aliado de Richard.

Joan contestó:

—Por cosas de personas mayores.

Su hija mayor la estudió un instante con atención y Richard contuvo la respiración pensando que quizá la viera. De mujer a mujer. La verdad. El paisaje traslúcido de espacio arrasado que, en Joan, era como un túnel de cristal.

Pero la muchacha era demasiado joven y, presintiendo un enemigo, atacó el objetivo conocido y de fiar: Dickie.

—Oye, tú —dijo—. Nunca te veo ayudando a papá, lo único que haces es obligar a mamá a llevarte a campos de golf y a estaciones de esquí.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué? —respondió el niño débilmente, derrotado antes de empezar—. Obligas a mamá a cocinar dos comidas todo el rato porque eres demasiado pura para mancillar tus labios con materia animal.

—Por lo menos cuando estoy aquí intento ayudar; no me paso el día sentada leyendo libros sobre el tonto de Billy Caster.

—Casper —dijeron Richard y Dickie al unísono.

Judith se puso de pie, dejando ver su cuerpo alto y con curvas; sus Levi's de campana cayeron dos centímetros desde la cadera y descubrieron una franja combinada de bragas de raso y vientre nacarado.

—Me parece atroz que personas como nosotras tengan demasiado arbustos cuando la gente del gueto no tiene ni una mala hierba que mirar y tienen que subir a las azoteas para respirar aire puro. ¡Es verdad, Dickie, no pongas esa cara!

Dickie tenía una mueca de dolor; el cuerpo de su hermana le hacía daño.

—La joven socióloga —dijo— blandiendo sus encantos.

—Ni siquiera sabes lo que es un sociólogo —le dijo su hermana moviendo la cabeza. Ondas de agitación carnal le bajaron hacia los dedos de los pies—. Eres un mimado, un egoísta y un estrecho de mente.

—Sí, claro, habló la madura —fue todo lo que acertó a decir el pobre niño, abrumado por aquel cegador ardor juvenil.

Judith se había convertido en una ilusión óptica en la que cada uno veía cosas distintas: Dickie veía una amenaza, Joan se veía a sí misma veinticinco años atrás. Bean veía otra gran fuente de calor que, a diferencia de los caballos, podía leerle un cuento de buenas noches. John, bendito fuera, no veía nada, si acaso entreveía la desaparición de una antigua compañera de juegos. Por

las noches, cuando Joan estaba acostando a los pequeños, Judith se revolcaba en el sofá mientras Richard trataba de leer en la butaca de enfrente.

—Mira, papá, mira mis ejercicios de estiramiento.

Estaba leyendo *Mis golpes millonarios*, del golfista Billy Casper. Al final del *backswing* el cuerpo debía estar enroscado, había que notar tensión en los músculos de la espalda y a lo largo de la pierna derecha. Ilustraciones, con flechas. El cuerpo del sofá se retorció en ágiles nudos; Judith tenía hiperextensión y cabía la posibilidad de que sus proezas en yoga fueran la razón de que Joan hubiera dejado de practicarlo, eclipsada. Richard levantó la vista y vio a su hija arqueada como una grapa, con las manos en los tobillos: un bulto brillante sostenía, en su cenit, el ombligo. Al final del *backswing*, el antebrazo y el dorso de la mano izquierda deberían formar una línea recta. Lo intentó; se le hacía raro. Era un doblador de muñeca nato. Judith le miró examinarse la mano y rió. Luego siguió riendo, con insistencia, coqueteando, tanteando el terreno.

—Papá es un narcisista.

Por el rabillo del ojo, a Richard le pareció ver que se tocaba y se enroscaba mechones de pelo en el dedo.

—¡Judith!

No le había hablado con tanta aspereza desde que, cuando era una niña pequeña, había derramado azúcar por todo el suelo de la cocina. A modo de disculpa añadió:

—Me estás volviendo loco.

La cuarta semana fue a Nueva York, por trabajo. Cuando volvió, Joan le dijo, mientras tomaban una copa en la cocina:

—Esta tarde todos estábamos de malhumor; tú fuera, el tiempo asqueroso. Los metí a todos en el coche, a todos menos a Judith; esta noche duerme en casa de Margaret Merino...

—¿Le has dado permiso? ¿Para dormir con esa golfilla y su panda de drogas? ¿Habrá chicos también?

—No lo he preguntado. Espero que sí.

—Vivir por persona interpuesta, ¿no?

Se preguntó si podría darle un puñetazo fuerte en la cara y, al mismo tiempo, cogerle el vaso que tenía en la mano para que no se rompiera. Era de un juego que compraron durante la luna de miel, de cristal mexicano color turquesa, y solo quedaban tres. Con su ojo común, Joan le leyó el pensamiento y su expresión se volvió pétrea. Esa cara podría partirle el puño.

—¿Me vas a dejar que termine mi historia?

—Pues claro. *Dites-moi*, Scherezade.

—... y fuimos al lavadero de coches. Hecuba estaba divertidísima, no dejaba de ladrar y de perseguir los cepillos dando vueltas y más vueltas alrededor del coche intentando defendernos. Necesitó tres vueltas para entender que, si iba por un lado, terminaría volviendo por el otro. Todos nos moríamos de la risa; llevábamos en el coche a Danny Vetter y a una de las amigas de equitación de Bean; ha sido una auténtica juerga.

Se le ponía la cara rosa al recordar.

—Es una historia de lo más repugnante. Y hablando de repugnante, en Nueva York he hecho algo extraño.

—Te has acostado con una prostituta.

—Casi. Fui a ver una película porno.

—Qué audaz por tu parte, cariño.

—Pues sí lo fue. El miércoles me levanté temprano y no tenía ninguna reunión hasta las once, así que fui dando un paseo hasta la calle Cuarenta y dos, ya sabes, bajo la inocente luz de la mañana y esas cosas, y esos locales pequeñitos ya estaban abiertos. Así que... ¿estás de humor para oír esto?

—Claro que sí. Lo único que he oído esta semana son quejas de niños.

—Pagué tres pavos y entré. Estaba completamente a oscuras. Como la casa del terror de un parque de atracciones. A excepción de la pareja rosa brillante de la pantalla. Oía a gente respirar, pero no veía nada. Cada vez que intentaba sentarme en una fila le metía el dedo en el ojo a alguien. Pero nadie gruñó ni protestó. Eran como esos cuerpos congelados en no me acuerdo qué círculo del infierno. Al final encontré un asiento y me senté y al cabo de un rato me di cuenta de que todo eran hombres durmiendo. Por lo menos, casi todos parecían dormir. Y estaban separados por butacas vacías, de manera que no había dos juntos; pero, a pesar de la hora, el lugar estaba medio lleno. De hombres inmóviles.

Percibió la decepción de Joan; no le había transmitido la magia de cuento de hadas de la experiencia: la oscuridad absoluta como plomo, el trasfondo de ronquidos que parecían de un único dragón, la manera ordenada en que los hombres se habían distribuido, igual que damas en un tablero. Y como había encontrado un recuadro vacío, se había lanzado, por así decirlo, hacia él y se había sumado a la humanidad en aquella contemplación asombrada de su propio proceso de perpetuación.

Joan preguntó:

—¿Qué tal era la película?

—Horrorosa. Exasperante. Empiezas a verlo todo en términos técnicos: posición de la cámara, micrófono de cañón. Y esos pobres coños, Dios, cómo trabajan. Al parecer, para conseguir trabajo en una película porno un hombre tiene que ser A, rubio, y B, impotente.

—Sí —dijo Joan, y le dio la espalda, como para esconder un pensamiento—. Hoy tenemos cena con los nuevos Dennis. —Mack Dennis había vuelto a casarse, con una mujer muy parecida a Eleanor solo que algo más joven y, en opinión de ambos Maple, ni la mitad de agradable—. Nos van a tener hasta las tantas. Pero igual mañana —Joan seguía hablando como para sí, tímidamente—, después de que los chicos se vayan cada uno por su lado, si te apetece que...

—No —dijo Richard con satisfacción—. Estoy decidido a jugar al golf. El jueves por la tarde uno de los contables me llevó a Long Island, e incluso con palos prestados he pegado unos golpes larguísimos. Creo que se me va a dar bien; la clave está aquí. —Le mostró cómo terminaba el *backswing*, con la muñeca izquierda rígida—. He debido de ganar casi veinte metros.

Movió los brazos arriba y abajo.

—¿Ves? —dijo Joan animosa, compartiendo su ánimo triunfal—. Estás sublimando.

En el coche, camino de casa de los Dennis, Richard le preguntó:

—¿Qué tal lo llevas?

—De maravilla, en cierto modo. Es como si tuviera siempre los sentidos abiertos de par en par. Me siento una con la naturaleza. Han florecido los narcisos de detrás del cobertizo y solo de mirarlos me he echado a llorar. Eran tan hermosos que no he podido soportarlo. No aguanto estar

metida en casa, lo único que me apetece es rastrillar y podar y empujar montoncitos de piedras de un lado a otro.

—Ya sabes —dijo Richard con gravedad— que el césped es algo más que una alfombra que hay que barrer, tienes que tomar alguna decisión. Esas lilas, por ejemplo, están llenas de ramas muertas.

—Cállate —gimió Joan, y lloró mientras entraba una oscuridad rasgada por luces de faros.

En la cama después de la cena en casa de los Dennis (eran casi las dos; estaban anestesiados por el brandi; Mack había perorado sobre conservación y la señora Dennis sobre decoración de interiores, sobre redecorar «su» casa, que para los Maple seguía siendo de Eleanor), Joan le confesó a Richard:

—No hace más que venirme una imagen a la cabeza, no sé de dónde sale, a pleno sol, de mí, muerta.

—¿Muerta de qué?

—Eso no lo sé, lo único que sé es que estoy muerta y que no le importa demasiado a nadie.

—¿Ni siquiera a los niños?

—Durante un día o dos sí. Pero todo el mundo sale adelante.

—Tesoro. —Richard reprimió un fuerte impulso de darse la vuelta y tocarla. Le explicó—: Eso es parte de ser una con la naturaleza.

—Ya supongo.

—A mí me pasa algo muy distinto. No hago más que fantasear con mi funeral. Con lo llena que estará la iglesia, lo que dirá Spenser de mí en su sermón, quién estará.

En concreto pensaba si las mujeres que había amado irían a llorar con Joan; no dejaba de imaginar sus sufrimientos por haberle perdido definitivamente. Richard extraía una satisfacción de la cual las satisfacciones transitorias de la carne viva no eran más que un prelude imperfecto y endeble, un mero *backswing*. En la muerte, pensó mientras flotaba boca arriba en la cama, crecería hasta alcanzar su verdadero tamaño.

Es posible que Joan, con su tercer ojo, le leyera los pensamientos; mientras que normalmente se daba la vuelta y le mostraba su suntuosa espalda —si lo hacía a manera de retirada o de provocación era algo que le correspondía a él decidir—, aquella noche permaneció inmóvil, paralela.

—Supongo —propuso— que en cierta manera es purificante. Tú piensa en toda esa energía dedicada a las Cruzadas.

—Sí, desde luego —convino Richard nada convencido—. Igual descubrimos algo importante.

DESNUDEZ

—Huy, mira —dijo Joan Maple con su voz de placer—. ¡Nos invaden!

Richard Maple levantó la cabeza de la arena.

Otra pareja, más joven, caminaba por la playa igual que dos criaturas, aleonadas, hirsutas, con movimientos que el invisible esfuerzo por disimular la inseguridad volvía majestuosos. Había que fijarse mucho para ver que estaban desnudos. Un verano de frecuentar el tramo nudista playa arriba, alrededor del saliente donde estaba la sección burguesa, de trajes de baño, en que se habían instalado los Maple con sus hijos y sus libros y sus toallas y tubos de crema, había prestado a los cuerpos de esta otra pareja el terso pelaje de un bronceado uniforme. Los atributos sexuales, tan presentes en nuestra mitología interior, los pechos y las zonas púbicas, se fundían hasta casi desaparecer en la media distancia, en el sol. Incluso el pene del joven parecía accesorio. Y la joven mujer parecía una versión reducida del macho: la misma zancada firme, magnética, la misma inquietante distribución de extremidades, abdomen, torso y cráneo.

Richard contuvo un gruñido. El silencio acompañó a los dos nudistas, apartándose de su paso igual que ondas que subieran desde la arena compacta y hacia las personas en traje de baño, alejándose de la conmoción ajena y el destello egocéntrico del mar.

—¡Vaya!

La exclamación de una mujer desde debajo de una sombrilla revoloteó por la playa igual que el envoltorio de un bocadillo. Un hombre mayor, de piernas flacas unidas a un grueso torso por medio de un bañador aninado de nailon y cuadros escoceses, se puso de pie militante, impotentemente, ahogándose en su agravio, haciendo un animado gesto a medio camino entre parar un taxi y agitar el puño. Richard reparó en que sus propios sentimientos eran históricamente turbulentos: cierta admiración política que forcejeaba con una inmediata sensación de amenaza social; el placer de ver a la mujer quedaba sepultado bajo el odio hacia el hombre, del cual ella se declaraba aliada públicamente; al mirar al hombre era difícil no centrarse en aquella parte de él sobreañadida, carnosa, esa simiesca nota al pie al todopoderoso tórax; y la envidia que sintió de su juventud y audacia y belleza se perdió en una conciencia de su propio cuerpo que se apoderó de él tan vívidamente que, de manera involuntaria, buscó un lugar donde esconderse.

Su mujer, exuberante y complacida y liberal, dijo:

—Irán fumados.

De forma abrupta, después de desfilarse varios cientos de metros, la pareja desnuda se dio la vuelta y echó a correr. La chica sobre todo resultaba ridícula, con las nalgas proyectadas hacia fuera en el torpe esfuerzo de la retirada, la carne oscilando con fuerza mientras corría para que su pareja no la dejara atrás. El hombre ponía espacio entre los dos; el pelo se le levantaba en un

lento penacho contra el azul eléctrico del mar.

Las cabezas se giraban como en un partido de tenis; los espectadores vieron lo que había hecho correr a la pareja: un agente de policía que caminaba a la manera de los cangrejos desde el final de la pasarela de madera. El uniforme también lo convertía en representante de una especie. Pero cuando estuvo cerca, con los zapatos negros pisando arena en contenida persecución, se vio que también era joven, con un bigote dorado bajo las gafas de espejo de montura triste, brazos atléticos y morenos que salían de las mangas azules cortas. A saber, era posible que su uniforme ocultara también un bronceado ininterrumpido.

—Dios mío —murmuró Richard—. Es uno de ellos.

—Un madero de lo más tierno —declaró Joan con complacida agilidad.

Que estuviera tan satisfecha con la frase que le había venido a la cabeza irritó a Richard, quien se había afanado por encontrar una paradoja, una tristeza sin palabras. Durante aquellas vacaciones los Maple estaban pasado mucho tiempo juntos. Un hijo trabajaba, una de sus hijas vivía con un hombre, el otro hijo estaba en un campamento de tenis y la niña pequeña, Bean, odiaba su apodo[4] y, a los trece años, se sentía tan incómoda con sus padres que inventaba excusas a diario para evitar estar con ellos. Con la familia tan reducida, estaban demasiado expuestos el uno al otro; la hija los veía, se temía Richard, con mayor claridad que con la que se veían Joan y él. Ahora, aprovechando que no tenían que hacer de padres, sugirió, como podría haber sugerido en la universidad, durante el cortejo, marcharse de la biblioteca e ir al cine:

—Vamos a seguirle.

El policía era un punto azul menguante.

—Vamos —estuvo de acuerdo Joan.

Enseguida se puso de pie y llovió arena de ella. La alegre presteza con que aceptó era quizá forzada, pero el lustroso volumen de su cuerpo, su paso junto al de Richard, quien ajustó su marcha a la de ella sin pensar, y el peso caliente del sol en sus hombros mientras caminaban eran lo bastante reales. Sí, lo bastante reales, pensó Richard, por el momento.

La sección con bañador mermó a sus espaldas. Al cruzar la frontera vieron cuerpos desnudos: pelirrojas pecosas con barrigas fofas y lechosas; morenas aceitunadas de pie como si buscaran acercarse al sol sus rostros duros como nueces; hombres durmiendo, con los testículos como fruta caída que se pudre; una hilera de nalgas como festones en un tapete; un hombre barbado haciendo yoga apoyado sobre la cabeza, con la horca de las piernas que parecía implorar al cielo. Entre estas estampas propias de El Bosco, el policía se movía con cuidado, incómodo por el cinturón y la pistola, susurrando, casi rozando a los oyentes desnudos, quienes asintieron con la cabeza y empezaron, individualmente y en grupos, a vestirse. La pareja que había transgredido, y suscitado, por tanto, esta contrainvasión era indistinguible de los numerosos otros nudistas; todos estaban siendo castigados.

Joan se acercó a un trío, dos chicos y una chica, que luchaban por enfundarse vaqueros gastados, amplias chaquetas de cuero y sin mangas, sandalias y sombreros blandos. Les preguntó:

—¿Os están echando?

Los chicos se enderezaron y la miraron —el conservador bikini, la agradable rotundidad, la sonrisa comprensiva— y no dijeron nada. El pene de uno de los chicos, se fijó Richard, colgaba a pocos centímetros de la mano de Joan. Esta se dio la vuelta y regresó junto a su marido.

—¿Qué te han dicho? —preguntó este.

—Nada. Solo me han mirado. Como si fuera idiota.

—Ha habido dos revoluciones en los últimos diez años —le dijo Richard—. En la primera, las mujeres aprendieron a decir «joder». En la segunda, los oprimidos aprendieron a despreciar a sus simpatizantes. —Añadió—: O quizá es que les ha molestado que los aborden mientras se están poniendo los pantalones. Para un hombre es un momento delicado.

Los nudistas, paradójicamente, llevaban más ropa a la playa que la burguesía; se distinguían, mientras recorrían la playa hasta el saliente, por ir vestidos de la cabeza a los pies, en tela vaquera y fieltro, como si estuvieran recién salidos del núcleo urbano de la contracultura. Ahora, mientras el joven policía iba de uno a otro igual que un ángel afligido, se arqueaban e inclinaban en las poses serviles de volver a vestirse.

—Dios mío —dijo Joan—. Es la *Expulsión del paraíso terrenal* de Masaccio.

Y Richard se dio cuenta de que el corazón se le henchía en su estuche graso, complacida con la analogía, contenta de haberse demostrado a sí misma una vez más la importancia de una educación humanística para la sensibilidad moderna.

Richard pasó toda aquella tarde, después de volver de la playa, empujando un testarudo cortacésped por la hierba tiesa de la casa alquilada. Pensó en la desnudez. Pensó en Adán y Eva («¿Quién te enseñó que estabas desnudo?») y en Noé desnudo delante de Naamá, y en Susana y los viejos. Pensó en él mismo de niño, tomando el sol en la terraza del piso de arriba con su madre, que había sido, a su manera provinciana, una vanguardista, una activista de la salud. Hacía tanto calor en la terraza que las avispas de chaqueta amarilla iban de visita. Las horas parecían eternas; la vergüenza de Richard penetraba y alargaba cada minuto. La piel de su madre era un paisaje pálido en el rabillo de su ojo; no la miraba, igual que no se molestaba en mirar las colinas que rodeaban su pequeña ciudad de Virginia Occidental, que suponía que nunca abandonaría.

Recordó el comentario de Rodin de que una mujer desnudándose es como el sol colándose entre las nubes. La nubosidad creciente de la tarde proyectaba sombras en el césped, bruñendo la gruesa hierba. En una ocasión había amado a una mujer que dormía junto a un espejo. La primera vez que estuvo en la cama con ella, miró a su derecha y le sorprendió ver a los dos reflejados, desnudos. Sus piernas y las de ella parecían prodigiosamente largas, paralelas. Ella debió de sentir que su atención la abandonaba, porque volvió la cabeza; duplicada en el espejo, su cara apareció debajo del duplicado de la de él. El espejo estaba a escasa distancia de la cama. Lo que fascinó a Richard del reflejo no fue el cuerpo de la mujer, sino el suyo: la longitud, el pelo, los dedos de los pies paralelos tan maravillosamente distantes de la cabeza pequeña, sobresaltada, vergonzosa.

Había habido, recordó, un ruido en el piso de abajo. Se habían mirado el uno al otro con los ojos muy abiertos, olvidándose del espejo. Él susurró:

—¿Qué ha sido eso?

El lechero, el cartero, el perro, la caldera.

Ella sugirió:

—¿El viento?

—Ha sonado a una puerta que se abre.

Mientras prestaban atención, el aliento de ella le abanicó la boca. Una pisada se delató en el piso de abajo. En el preciso momento en que él tiró para cubrirles la cabeza con las sábanas, ella

las apartó con brusquedad. Se soltó de él, levantando la pierna como la figura en primer plano de las bañistas de Renoir. Richard quedó solo ante el espejo; este se había convertido en un testimonio a gritos del hecho de que estaba donde no debía («La porquería es materia en el sitio equivocado», solía decir su madre) y de que no estaba en condiciones ni de pelear ni de huir. Tenía una protuberancia «apuntando hacia ti igual que un perchero», tal y como decía la frase que se le pasaba por la cabeza a Molly Bloom. Corrió a esconderse en la terraza, sujetando el manojó de ropa contra su dolorida proa.

Ahora se acuclilló para cortar las testarudas matas de hierba junto al cobertizo para las barcas con las tijeras de podar, y recordó de manera imperfecta una cita de uno de los maestros japoneses del *shunga*, que decía que el falo en las ilustraciones se exageraba porque, de dibujarse a su tamaño real, resultaría insignificante.

Su amante había regresado, todavía desnuda, diciendo: «Nada». Había bajado desnuda sus propias escaleras, una intrusa llegada del Edén, rodeado sillas y grabados y lámparas, eclipsándolos, temerosa de encontrarse a un ladrón, un lechero, un marido; y su desnudez, cuando volvió, había sido tan serena y generosa como la de la Venus de Tiziano, inundando a Richard desde dentro, como si se hubiera tragado un sol.

Pensó en la Venus de Tiziano, escurriéndose el pelo con manos firmes. Pensó en la Olympia de Manet, en la Maja de Goya. En la desinhibición. Pensó en Edna Pontellier, la heroína de Kate Chopin, caminando, en el último año del más reprimido de todos los siglos, hasta el golfo y desprendiéndose de toda su ropa antes de nadar hacia la muerte. «¡Qué extraña y atroz la sensación de estar desnudo bajo el cielo! ¡Qué delicia!»

Se recordó a sí mismo un mes atrás, llegando solo a aquella misma casa, esa casa a cuyo sótano oscuro y húmedo estaba ahora bajando, peldaño a peldaño, el terco cortacésped, que había cumplido ya con su deber. Se había ofrecido a ir solo y abrir la casa, para probarla; era la primera vez que la alquilaban. Joan había accedido enseguida; había una parte de ella aquellos días que también buscaba la soledad. La mitad de las tiendas de la isla no habían abierto aún para el verano. Richard había comprado comida para un día y vivido en habitaciones de castidad y silencio profundos. Una mañana había caminado kilómetros entre arbustos de arándanos y vides hasta un estanque. La franja de la orilla apenas llegaba a una zancada de ancho; solo los excrementos y plumas de cisnes salvajes daban fe de otras presencias. Los cisnes, suspendidos en la bruma irradiada de sol de la superficie del estanque, le parecieron dioses, perfectos e infinitamente distantes. En las colinas de arena y matorrales que rodeaban el agua no había ni una sola casa, ni un solo coche. Una soledad tan pura bajo el cielo se presentaba como una oportunidad que habría sido un sacrilegio desperdiciar. Richard se quitó la ropa; toda; se sentó en una piedra áspera y caliente en la pose de *El pensador* de Rodin. Se puso de pie y, en la orilla del agua, se convirtió en un profeta, un bautista. Ansiaba hacer algo trascendental; algo obscuro; alargó los brazos y no pudo tocar el cielo. El sol cobró intensidad. Cuando la bruma de la superficie del estanque ardió, los cisnes se agitaron, movieron las alas en un alboroto distante, olímpico. Por un segundo, el sexo de Richard desapareció y se creyó el centro, divinamente conformado, de una Creación concéntrica; hasta sentía la piel hermosa... no, sentía la belleza ondear sobre ella, como si la Creación lo estuviera amando, lamiendo. Luego, al instante siguiente, al bajar la vista descubrió que su soledad no era tan sublime, porque había docenas de cuerpos cobrizos, garrapatas, trepando a través del pelo de sus piernas, tan felices en aquel calor gigantesco como lo estaba él en el calor del sol.

El sol tenía ahora un uniforme color gris, plata erosionada como los guijarros de aquella isla. Cuando entró en la casa para premiarse con una copa, recordó, de un viejo manual de sociología, cómo alardeaba un granjero del Estados Unidos del siglo xix de haber engendrado siete hijos sin ver jamás el cuerpo desnudo de su mujer. Y de otro libro, era posible que de John Gunther, la afirmación, referida a algún puerto de África occidental, de que era la última ciudad de la costa en la que una mujer joven podía caminar desnuda por la calle principal sin llamar la atención. Y de una reseña vieja de *Time*, años atrás, revoluciones atrás, la fotografía de Brigitte Bardot que la mostraba, en varias tomas, de espaldas, desnuda de pies a cabeza; *Time* comentaba con ingenio que, si en la película había una mujer desnuda, lo mismo ocurría en casi todos los hogares estadounidenses alrededor de las once de la noche.

Las once. Los Maple han salido a cenar; Bean duerme en casa de una amiga. El dormitorio que tienen en esta casa es blanco y alegre; son blancos incluso los escritorios y las sillas, y el techo es tan bajo que sus sombras parecen descansar sobre sus cabezas.

Joan se queda a los pies de la cama y se quita los zapatos. Su cara, en escorzo cuando baja la vista, parece hacer un puchero mientras se suelta los automáticos de la falda y deja que la cremallera revele la uve blanca de la combinación. Deja que la falda caiga al suelo, la recoge con un pie, la guarda en un cajón. Luego se levanta el jersey, que la decapita y forma una nube con su pelo, un puño que se deshace cuando vuelve a vérsela la cara, distraída. Un movimiento de cabeza, un perfil. Luces de coche procedentes de la carretera acarician la casa y luego la olvidan. Una secuencia inesperada: Joan se baja las medias con un veloz contoneo antes de, con las dos manos y los brazos cruzados, subirse la combinación. El nailon arrebujaado se le engancha por encima de la cintura; se detiene con pose de esclava de Miguel Ángel, de virgen de Munch, de portadora de vasija de Ingres, vista de frente, sin depilar. La combinación se suelta, la piel de serpiente se desliza, el proceso continúa. Con una mueca de esfuerzo, suelta los automáticos de la espalda y lanza el sujetador a la cesta de la ropa en el pasillo. Sus pechos medio morenos se bambolean. En dirección a la cama dice, con voz de desagrado:

—¿No tienes nada mejor que hacer que mirarme?

Richard ha estado tumbado en la cama, medio desvestido, único miembro del público del espectáculo de estriptis, conteniendo el aplauso. Responde con la verdad:

—No.

Se pone en pie de un salto y termina de desnudarse mientras su sombra gira cerca de su cabeza. Están cerca el uno del otro, tan cerca como en la playa, cuando Joan volvió de ser rechazada por los jóvenes, una chica y dos chicos, con el grueso pene del chico a centímetros de su mano. «Como si fuera idiota.» Su marido no estuvo comprensivo. Han vuelto a la playa; Joan lo está recordando. De nuevo, Richard siente que se le está hinchando el corazón en su estuche de grasa. Joan le mira, con ojos azules como el mar de la mañana, y sonrío.

—No —dice Joan en una negación firme y complacida.

Richard se siente cautivado, invadido. Esta desnudez es nueva para ellos.

SEPARACIÓN

Hacía buen día. Un día estupendo. Durante todo junio el tiempo se había burlado de la infelicidad interna de los Maple con sol ininterrumpido: haces de luz y cascadas de verde en las que sus conversaciones se habían escabullido inadvertidas y sus yoes tristes y rezongones habían sido la única mancha en la naturaleza. Por lo común, a aquellas alturas del año ya se habían bronceado; pero cuando fueron a recibir a su hija mayor de vuelta de un año en Inglaterra, estaban casi tan pálidos como ella, aunque Judith se encontraba demasiado deslumbrada por la confusión soleada y opulenta de su tierra natal para darse cuenta. No querían estropear su regreso contándose lo enseguida. «Esperemos unos días, dejemos que se recupere del desfase horario», había sido una de sus maneras de formularlo en aquella sarta de grises diálogos —durante el café, a la hora del cóctel o tomando un cointreau— que habían caracterizado la estrategia de su disolución, mientras la tierra ponía en marcha inadvertidamente su periódica renovación al otro lado de sus ventanas cerradas. Richard había pensado marcharse en Pascua; Joan había insistido en esperar hasta que los cuatro niños estuvieran por fin juntos, después de aprobar todos los exámenes y asistir a todas las ceremonias, y a que tuvieran la golosina del verano para consolarse. De manera que había trabajado como un esclavo, enamorado, asustado, arreglando puertas mosquiteras, afilando el cortacésped, apisonando y poniendo parches en la pista de tenis.

La pista, de tierra batida, había salido de su primer invierno llena de agujeros y con la capa roja desgastada por el viento. Los Maple llevaban años observando la frecuencia con la que, entre sus amigos, el divorcio llegaba después de una mejora drástica del hogar, como si el matrimonio hiciera un último esfuerzo por sobrevivir. La peor crisis de Joan y él hasta el momento había llegado acompañada de polvo de escayola, tuberías descubiertas y reforma de la cocina. Sin embargo, un verano antes, mientras los buldócer color amarillo canario convertían un montículo herboso y salpicado de margaritas en un altiplano embarrado y una cuadrilla de hombres jóvenes con coleta rastrillaban y apisonaban arcilla hasta dejar una planicie, la transformación no les pareció premonitoria, sino festiva, por lo imprudente; su matrimonio podía permitirse rasgar la tierra solo por diversión. La primavera siguiente, al despertarse cada día al amanecer con una sensación de estar cayéndose, como si la cama estuviera inclinada, Richard encontraba que la solitaria pista de tenis, con la red y los anclajes todavía enrollados en el granero, era un entorno congruente con su estado de ánimo de resuelta desolación, y la disolución de puñados de tierra en grietas y agujeros (unos perros habían jugado en la pista durante un deshielo; los riachuelos habían excavado trincheras) una actividad apropiadamente elemental e interminable. En las profundidades de su corazón, confiaba en que nunca llegara el día.

Ahora había llegado. Un viernes. Judith se había reaclimatado; habían reunido a los cuatro

hijos antes de que los trabajos y los campamentos y las visitas los desperdigaran. Joan pensó que debían decírsele uno a uno. Richard era partidario de anunciarlo cuando estuvieran todos sentados a la mesa. Joan dijo:

—Creo que hacer un anuncio es escurrir el bulto. Empezarán a pelearse y a enzarzarse entre ellos en lugar de prestarnos atención. Por si no te has dado cuenta, son individuos, no un obstáculo corporativo a tu libertad.

—Vale, vale, de acuerdo.

El plan de Joan era preciso. Aquella noche organizarían para Judith una cena de bienvenida retrasada a base de langosta y champán. Luego, una vez terminada la fiesta, los dos, que diecinueve años antes llevaban a su hija mayor en un cochecito por la Quinta Avenida hasta Washington Square, la sacarían de casa, la llevarían hasta el puente sobre el arroyo salado y le harían prometer que guardaría el secreto. A continuación se lo dirían a Richard Jr., que iba directamente del trabajo a un concierto de rock en Boston, o bien tarde aquella misma noche, cuando volviera en tren, o el sábado por la mañana temprano, antes de que se fuera a trabajar; tenía diecisiete años y estaba empleado en el equipo de mantenimiento del campo de golf. Luego, a lo largo de la mañana, los dos hijos pequeños, John y Margaret, serían informados.

—Finiquitados, como quien dice —dijo Richard.

—¿Tienes un plan mejor? Este te deja el resto del sábado para contestar preguntas, si las hay, preparar maletas y hacer tu salida triunfal.

—No —dijo Richard en referencia a que no tenía un plan mejor, y accedió al de Joan, aunque a su entender delataba un matiz de falso orden, una invocación oculta al control, igual que las largas listas de tareas, de contabilidad y, en la época en que se conocieron, sus excesivamente copiosos apuntes de clase. Para Richard, el plan de Joan convertía un obstáculo en cuatro: cuatro paredes afiladas como cuchillos, cada una con una caída en vertical del otro lado.

Toda la primavera la había pasado Richard en un mundo de interiores y exteriores, de barreras y particiones. Joan y él eran una delgada barrera entre los niños y la verdad. Cada momento era una partición, con el pasado a un lado y el futuro al otro, un futuro que contenía aquel impensable ahora. Al otro lado de las paredes como cuchillos le esperaba, imprecisa, una nueva vida. Su cráneo custodiaba un secreto, una cara pálida, una cara asustada y reconfortante, extraña y conocida, que quería proteger de las lágrimas que sentía que lo asediaban, tenaces como la luz del sol. En su aflicción, se había obsesionado con acorazar la casa contra su ausencia, con reemplazar mosquiteras, cuerdas de contrapeso, bisagras y cerrojos... Un Houdini que pone orden antes de escapar.

El pestillo. Todavía tenía que cambiar el pestillo de una de las puertas del porche acristalado. La tarea, como suele ocurrir, resultó más complicada de lo que había previsto. El viejo pestillo, de aluminio rígido por la erosión, había sido hecho deliberadamente obsoleto por los fabricantes. Tres ferreterías no tenían nada que encajara ni de lejos en la mortaja que su retirada (sorprendentemente sencilla) había dejado. Hubo que hacer un agujero nuevo, con brocas demasiado pequeñas y seguetas demasiado grandes, y rellenar el viejo con un taco de madera: los escoplos desafilados, el serrucho oxidado, los dedos torpes por la falta de sueño. Al otro lado del porche, el sol bañaba a raudales un mundo desatendido. Los arbustos ya necesitaban una poda, la pintura del lado de la casa expuesto al viento empezaba a descascarillarse; cuando Richard se fuera entraría la lluvia. Su familia, la familia que estaba a punto de perder, se filtraba por las

comisuras de su conciencia mientras luchaba denodadamente con tacos de tornillo, astillas, instrucciones opacas, minucias metálicas.

Judith se sentaba en el porche como una princesa vuelta del exilio. Los entretenía con historias sobre escasez de combustible, amenazas de bomba en el metro, albañiles paquistaníes que le gritaban cosas lascivas cuando iba de camino a la academia de baile. Joan iba y venía, entraba y salía de la casa, más serena de lo que debía haber estado, alabando los esfuerzos de Richard con el pestillo como si aquella fuera una más, y no la última, de su larga sucesión de tareas compartidas. El pequeño de sus hijos, John, que de pronto tenía quince años y era inconscientemente guapo, sostuvo durante unos minutos la desvencijada puerta mosquitera mientras su padre martilleaba y escopleaba con torpeza, y cada golpe era como un gemido a oídos de Richard. La hija pequeña, que había dormido en casa de una amiga la noche anterior, dormía en la hamaca del porche a pesar del estruendo: grávida y sonrosada, confiada y desvalida. El tiempo, igual que la luz del sol, declinaba. Aquel era uno de los días más largos, pero no lo bastante. El pestillo chasqueó, funcionaba. Había terminado. Se tomó una copa; se la bebió en el porche, mientras escuchaba a su hija.

—Fue precioso —decía esta—, cuando la cosa se puso más fea, ver que las carnicerías y panaderías seguían abiertas a la luz de las velas. ¡Son todos tan heroicos y tan monos! A juzgar por los periódicos, aquí estaban las cosas mucho peor, con tiroteos en las colas de las gasolineras y la gente pasando frío.

Richard le preguntó:

—¿Sigues queriendo vivir en Inglaterra para siempre?

Para siempre: el concepto, convertido ahora en una realidad que se cernía sobre él, le oprimía y arañaba la parte posterior de la garganta.

—No —confesó Judith volviendo hacia él su rostro ovalado, con los ojos todavía infantilmente separados, pero los labios ovalados como ante algo succulento y satisfactorio—. Tenía ganas de volver a casa. Soy americana.

Era una mujer. La habían criado; Joan y él habían terminado de criarla solo a ella. El resto todavía necesitaba algo de crianza. Sin embargo, la idea de decírselo a Judith —imaginarla, a su primera hija, cogida de los brazos, caminando entre los dos hasta el puente— fue lo que le hizo desmoronarse.

Se rompió la separación entre su cara y el llanto. Richard se sentó a la comida de celebración con dolor en la parte posterior de la garganta; el champán, la langosta fueron como intervalos de luz; los vio y los probó entre lágrimas. Parpadeó, tragó, bromeó con voz ronca sobre la fiebre del heno. Las lágrimas no cesaban de colarse, no entraban por un orificio que pudiera taponarse, sino por un punto permeable en una membrana, continuas, puras, interminables, fructíferas. Se convirtieron, sus lágrimas, en un escudo con el que protegerse de los demás, de sus caras, del hecho de estar reunidos, inocentes por última vez, a una mesa que él ya no volvería a presidir. Las lágrimas resbalaron de su nariz mientras partía el caparazón de la langosta; la sal aderezó su champán mientras lo bebía; la herida en carne viva en la parte posterior de la garganta era una delicia. No podía controlarse.

Sus hijos trataron de hacer que no veían sus lágrimas. Judith, a su derecha, encendió un cigarrillo y levantó la vista en dirección a su demasiado enérgica, demasiado estudiada exhalación; al otro lado de Judith, John se concentró con avidez en la extracción de los últimos bocados —patas, cola— del cadáver escarlata. Joan, en el lado opuesto de la mesa, miró a

Richard sorprendida, el gesto de reproche desplazado enseguida por una mueca, de perdón o de reconocimiento de su superior talento para la estrategia. Sentada entre los dos, Margaret, a la que ya no llamaban Bean, de trece años y grande para su edad, miró desde el otro lado la pantalla de lágrimas de Richard como quien mira algo codiciado en un escaparate: a su padre, un cúmulo cristalino de astillas y recuerdos. No fue ella, sin embargo, sino John, quien, en la cocina, mientras recogían platos y caparazones, preguntó a Joan: «¿Por qué llora papá?».

Richard oyó la pregunta, pero no la respuesta murmurada. A continuación oyó a Bean decir: «¡Ay, no!», la exclamación ligeramente teatralizada de alguien que esperaba esa noticia desde hacía tiempo.

John volvió a la mesa con una fuente de ensalada. Dirigió una abrupta inclinación de cabeza a su padre y sus labios formaron las palabras cómplices: «Nos lo ha dicho».

—¿Dicho el qué? —preguntó Richard en voz alta, absurdamente.

El joven se sentó como para reprochar a su padre su dispersión dando ejemplo de buenas maneras. Dijo con suavidad:

—Lo de la separación.

Volvieron Joan y Margaret; la niña, desde la perspectiva deformada de Richard, parecía de menor tamaño, y aliviada por que el ogro hubiera por fin resultado ser real. Le dijo levantando la voz (las distancias en la mesa se habían vuelto inmensas): «Tú lo sabías, siempre lo supiste», pero la opresión en la parte posterior de la garganta le impidió hacerse entender. De lejos oyó a Joan hablar, serena, sensata, recitando lo que habían preparado: iba a ser una separación durante el verano, un experimento. Papá y ella habían convenido en que sería bueno para ellos: necesitaban espacio y tiempo para pensar; se gustaban, pero, por alguna razón, no se hacían lo bastante felices el uno al otro.

Judith, imitando el tono objetivo de su madre, pero desafinado, demasiado frío debido a su juventud, dijo:

—Me parece una tontería. Deberíais vivir juntos o divorciaros.

El llanto de Richard, como una ola que llega a su punto más alto y rompe, se había vuelto tumultuoso; pero lo superó otro tumulto, pues John, que había sido tan reservado, ahora se hacía cada vez más grande en la mesa. Quizá el desencadenante fue haber atribuido a su hermana pequeña el mérito de saber.

—¿Por qué no nos lo dijisteis? —preguntó en una voz que no parecía suya—. Teníais que habernos dicho que os llevabais mal.

Richard se obligó a prestar atención.

—Nos llevamos bien, ese es el problema. Tan bien que ni siquiera nosotros notamos...

«Que no estamos enamorados» era el resto de la frase. No pudo terminarla.

Joan, fiel a su estilo, lo hizo por él.

—Y siempre, eso por encima de todo, hemos querido a nuestros hijos.

John no se ablandó.

—¡No os importamos nada! —gritó—. ¡No somos más que unas cositas que habéis tenido!

La risa de sus hermanas le obligó a soltar una carcajada, que transformó en áspera y paródica:

—Ha, ha, ha.

Richard y Joan enseguida se dieron cuenta de que su hijo se había emborrachado con el champán de bienvenida de Judith. Sintiendo obligado a seguir siendo el centro de atención, John

sacó un cigarrillo de la cajetilla de Joan, se lo metió en la boca, lo dejó colgar del labio inferior y entrecerró los ojos igual que un gánster.

—No sois cositas que hemos tenido —le dijo Richard—. Lo sois todo. Pero ya sois mayores. O casi.

El chico estaba encendiendo cerillas. En lugar de acercarlas al cigarrillo (porque nunca lo habían visto fumar, ser «formal» había sido su manera de diferenciarse de los demás), las sostenía cerca de la cara de su madre, cada vez más cerca, para que esta las soplara. Encendió todo lo de la caja: primero un siseo y luego una antorcha, que sostuvo cerca de Joan. La llama, deformada por el prisma de las lágrimas de Richard, llenó el campo de visión de este, que no supo cómo se extinguió. Oyó a Margaret decir: «Ay, deja de fanfarronear», y vio a John, en respuesta, partir el cigarrillo en dos, meterse las dos mitades en la boca y masticar y sacar la lengua para mostrar los pedazos a su hermana.

Joan habló con él, razonando... una fuente de razones, ininteligibles: «Llevamos años hablándolo... nuestros hijos deben ayudarnos... Papá y yo queremos...». Mientras escuchaba, el hijo empapó una servilleta en las hojas de su ensalada, hizo una bola de papel y lechuga y se la metió en la boca, antes de pasear la vista por la mesa en espera de risas. No hubo ninguna. Judith dijo:

—Pórtate como una persona madura.

Y apartó una columna de humo con la mano.

Richard se levantó de la asfixiante mesa y acompañó a su hijo afuera. Aunque la casa estaba en penumbra, el jardín rebosaba de luz, ese hermoso despilfarro de luz de pleno verano. Entre risas, Richard supervisó cómo John escupía la lechuga, el papel y el tabaco en la *pachysandra*. Lo cogió de la mano, una mano cuadrada y ruda, a pesar de su suavidad, una mano de hombre que, sin embargo, no se soltó. Corrieron juntos por el prado hasta dejar atrás la pista de tenis. El terraplén que habían dejado los buldóceres estaba salpicado de margaritas. Pasada la pista y una extensión plana donde solían jugar al béisbol en familia, había una suave pendiente verde, magnífica a la luz del sol, con cada hoja de hierba, buena y mala, tan nítida como la iluminación de un pergamino.

—Lo siento, lo siento —gritó Richard—. Eres el único que ha intentado ayudarme alguna vez con todo lo que hay que hacer en este dichoso lugar.

Sollozando, refugiado en las lágrimas y en el champán, John explicó:

—No es solo la separación; este año ha sido un asco. Odio mi instituto; es imposible hacer amigos, no soporto al profesor de historia.

Se sentaron en lo alto de la pendiente, temblorosos y acalorados por el llanto, pero con la voz más calmada, y Richard intentó concentrarse en el triste año del chico: semanas llenas de deberes, fines de semana en su habitación con aeromodelos mientras en el piso de abajo sus padres cuchicheaban, rumiando su separación. «Qué egoístas, qué ciegos», pensó Richard: se sentía como si le hubieran restregado los ojos. Le dijo a su hijo:

—Veremos si podemos cambiarte de instituto. La vida es demasiado corta para ser desgraciado.

Ya habían dicho todo lo que se podía decir, pero no querían que el momento pasara y siguieron hablando, del instituto, de la pista de tenis, de si volvería algún día a ser tan fantástica como lo había sido aquel primer verano. Fueron a inspeccionarla y fijaron mejor algunos anclajes. Algo forzosamente, quizá en un intento por exprimir demasiado el momento, Richard condujo a su hijo al lugar de la parcela que tenía mejores vistas: del río azul metálico, la marisma esmeralda. Las

islas dispersas, aterciopeladas de sombra en la luz tenue, los tramos de playa en la distancia.

—¿Ves? —dijo—. Sigue siendo hermoso. Y estará allí mañana.

—Lo sé —contestó John con impaciencia. El momento había pasado.

De vuelta en la casa, se encontraron con que el resto de la familia había abierto vino blanco, una vez terminado el champán, y que las tres mujeres seguían a la mesa, chismorreando. El sitio de Joan se había convertido en la cabecera. Esta se volvió, mostrando a Richard una cara sin lágrimas, y le preguntó:

—¿Todo bien?

—Estamos bien —dijo Richard, ofendido, pero aliviado también, de que la fiesta hubiera continuado sin él.

Cuando estaban en la cama, Joan explicó:

—No he podido llorar, supongo que porque lloré tanto en primavera. La verdad es que no ha sido justo. Esto es idea tuya y te has portado como si te estuviera echando yo de casa.

—Lo siento —dijo Richard—. No podía parar. Quería, pero no podía.

—No querías. Te ha encantado. Te estabas saliendo con la tuya, haciendo un anuncio general.

—Me encanta habérmelo quitado de encima —reconoció Richard—. Dios, los chicos han estado maravillosos. Tan valientes y divertidos.

De vuelta en casa, John se había puesto a hacer aeromodelismo en su habitación, sin dejar de gritar: «¡Estoy bien, no os preocupéis!».

—Y no han cuestionado ninguna de las razones que les hemos dado —continuó Richard—. Ni se les ha ocurrido que pueda haber una tercera persona. Ni siquiera a Judith.

—Eso sí ha sido conmovedor —dijo Joan.

Richard la abrazó.

—Tú también has estado maravillosa. Tranquilizando a todos. Gracias.

Con sentimiento de culpabilidad, se dio cuenta de que no se sentía separado.

—Todavía te queda Dickie —le dijo Joan. Aquellas palabras colocaron delante de él una montaña negra en la oscuridad; su aliento gélido, su presencia cercana le oprimieron el pecho. De los cuatro hijos, el mayor era el más cercano a su conciencia. Joan añadió, sin necesidad—: Esa es una parte de tu trabajo sucio que no te pienso hacer.

—Lo sé. Lo haré yo. Tú duérmete.

A los pocos minutos la respiración de Joan se volvió lenta, indiferente y profunda. Faltaba un cuarto de hora para medianoche. El tren de Dickie de vuelta del concierto llegaría a la una y catorce. Richard puso el despertador a la una. Llevaba semanas durmiendo atrocemente. Pero cada vez que cerraba los párpados, algún atisbo de las últimas horas los quemaba: Judith suspirando en dirección al techo expresando rechazo de alguna clase; la mirada silenciosa de Bean, el sol iluminando la hierba crecida en el prado en que habían descansado John y él. La montaña delante de él se acercó, se instaló en su interior; se sentía inmenso, poderoso. El dolor en la parte posterior de la garganta se encalló. Su mujer dormía a su lado como si la hubieran asesinado. Cuando, exasperado con sus párpados ardientes, con su corazón desbordado, se levantó de la cama y se vistió, Joan se espabiló lo bastante para darse la vuelta. Entonces le dijo:

—Joan, si pudiera dar marcha atrás, lo haría.

—¿Adónde volverías? —preguntó ella.

No había adonde volver. Solo le estaba dando ánimos. Joan siempre le daba ánimos. En la oscuridad, se puso los zapatos sin calcetines. Los niños respiraban en sus habitaciones, el piso de arriba estaba vacío. Con la confusión, se habían dejado luces encendidas. Las apagó todas excepto una, la del techo de la cocina. El coche arrancó. Había tenido la esperanza de que no lo hiciera. En la carretera solo encontró luz de luna; le pareció una compañera diáfana, parpadeando entre las hojas a los lados de la carretera, persiguiendo su espejo retrovisor igual que un acosador, derritiéndose bajo la luz de los faros. El centro de la ciudad, no del todo desierto, resultaba inquietante a aquella hora. Un joven agente uniformado hacía compañía a un grupo de jóvenes con camisetas en las escaleras del banco. En la acera frente a la estación había varios bares abiertos. Los clientes, en su mayoría jóvenes, entraban y salían de la noche cálida, saboreando la novedad del verano. Voces gritaban desde los coches que pasaban; parecía haber en marcha una conversación inmensa. Richard aparcó y, agotado, apoyó la cabeza en el asiento del pasajero, a salvo del barullo y las luces circulares. Era como cuando en una película el asesino cumple su siniestra misión en medio del alboroto de un carnaval, solo que las películas no pueden mostrar la pendiente escarpada, palpable, a la que te aferras interiormente. No se puede bajar; solo caer. El tejido sintético del asiento del coche, calentado por su mejilla, le reveló un aroma antiguo, lejano a vainilla.

El silbato de un tren le hizo levantar la cabeza. Llegaba en hora; había tenido la esperanza de que se retrasara. Descendieron las delgadas barreras. La campanilla de llegada tintineó alegre. El gran cuerpo metálico de estrías horizontales se meció hasta detenerse y desembarcaron adolescentes adormilados, su hijo entre ellos. Dickie no mostró sorpresa por que su padre lo hubiera ido a buscar a aquella hora atroz. Se metió en el coche con sus dos amigos, ambos más altos que él. Dijo «hola» a su padre y se sentó en el asiento del pasajero con una presteza exhausta que expresaba gratitud. Los amigos se sentaron detrás y Richard lo agradeció; llevarlos a sus casas le daría unos minutos más. Preguntó:

—¿Qué tal el concierto?

—Alucinante —dijo un chico desde el asiento trasero.

—Un asco —dijo el otro.

—Ha estado bien —dijo Dickie, moderado por naturaleza, tan razonable que durante su infancia lo irrazonable del mundo le daba dolores de cabeza, de estómago, náuseas. Cuando dejaron al segundo amigo en su oscura casa, soltó:

—¡Papá, tengo los ojos fatal de la alergia! ¡He estado todo el día acordándome de esa dichosa hierba!

—¿Nos queda colirio?

—El verano pasado no me hizo nada.

—Quizá este sí. —Richard hizo un cambio de sentido en la calle desierta. El trayecto a casa duraría pocos minutos. La montaña seguía ahí, en su garganta—. Richard —dijo, y notó como el joven, repantigado y frotándose los ojos, se ponía tenso al percibir su tono de voz—, no he venido a recogerte solo para hacerte la vida más fácil. He venido porque tu madre y yo tenemos una noticia que darte y últimamente es complicado pillarte. Es una noticia triste.

—No pasa nada.

Las palabras de consuelo salieron susurradas, pero veloces, como liberadas por un resorte.

Richard había temido que sus lágrimas volvieran y le impidieran hablar, pero la hombría de su hijo le dio ejemplo y su voz salió firme y seca.

—Es una noticia triste, pero no tiene por qué ser trágica, al menos para ti. No debería tener ninguna consecuencia práctica en tu vida, aunque seguro que sí emocional. Seguirás trabajando y en septiembre volverás a la universidad. Tu madre y yo estamos muy orgullosos de cómo estás llevando tu vida; no queremos que eso cambie lo más mínimo.

—Vale —dijo el hijo con voz suave, mientras tomaba aire, conteniéndose.

Doblaron la esquina; la iglesia a la que acudían de vez en cuando se alzaba como un fuerte desmantelado. La casa de la mujer con la que Richard tenía la esperanza de casarse algún día estaba al otro lado de un jardín. La luz de su dormitorio estaba encendida.

—Tu madre y yo —dijo— hemos decidido separarnos. Lo que dure el verano. No es una separación legal, ni vamos a divorciarnos de momento. Queremos ver qué tal nos sienta. Ya llevamos unos cuantos años en que no hacemos lo bastante el uno por el otro, no nos hacemos felices el uno al otro como deberíamos. ¿Lo has notado?

—No —dijo el chico. Era una respuesta sincera, sin sentimentalismos, como el verdadero o falso de un test.

Agradecido por esta información, Richard relató, si bien de forma algo inconexa, los detalles. Su apartamento al otro lado de la ciudad, su total disponibilidad, el acuerdo de repartirse las vacaciones, las ventajas para los hijos, la mayor movilidad y variedad para el verano. Dickie escuchó, absorbiendo la información.

—¿Lo saben los otros?

—Sí.

—¿Cómo se lo han tomado?

—Las chicas con bastante serenidad. John se volvió loco; gritó, se comió un cigarrillo, hizo una ensalada con la servilleta y nos dijo lo mucho que odia el instituto.

Su hermano rió.

—¿De verdad?

—Sí. Lo del colegio le angustia más que lo de mamá y yo. Después de soltarlo pareció sentirse mejor.

—¿De verdad?

Esta repetición fue el primer indicio de que Dickie estaba aturdido.

—Sí, Dickie, quiero contarte una cosa. Esta última hora, mientras esperaba a que llegara tu tren, ha sido una de las peores de mi vida. Odio esto. Lo odio. Mi padre habría preferido morirse antes que hacérmelo a mí.

Después de decir aquello se sintió infinitamente más ligero. Le había trasladado la montaña a su hijo. Habían llegado a casa. Ágil como una sombra, Dickie salió del coche y entró por la cocina iluminada. Richard lo llamó.

—¿Quieres un vaso de leche o algo?

—No, gracias.

—¿Quieres que llamemos mañana al club y digamos que no puedes ir a trabajar porque estás enfermo?

—No, no hace falta.

La respuesta fue apagada, dicha desde la puerta del dormitorio; Richard se dispuso a oír el portazo que acompaña a una rabieta. La puerta se cerró normalmente, con suavidad. El sonido fue insoportable.

Joan se había sumido en ese primer tramo de sueño profundo y costó despertarla. Richard tuvo que repetir:

—Ya se lo he contado.

—¿Qué ha dicho?

—Poca cosa. ¿Podrías ir a darle las buenas noches? Por favor.

Joan salió de la habitación sin ponerse un albornoz. Richard se puso despacio el pijama y salió al pasillo. Dickie ya estaba acostado. Joan estaba sentada a su lado y el reloj de la mesilla del chico murmuraba música. Cuando Joan se levantó para irse, una luz inexplicable —¿la luna? — silueteó su cuerpo a través del camión. Richard se sentó en la depresión tibia que había hecho el cuerpo de Joan en el estrecho colchón del chico. Le preguntó:

—¿Estás bien con la radio encendida?

—Siempre la tengo así.

—¿No te desvela? A mí me desvelaría.

—No.

—¿Tienes sueño?

—Sí.

—Bien. ¿Seguro que quieres ir a trabajar? Ha sido una noche larga.

—Sí quiero. Me esperan.

En la universidad aquel invierno Dickie había aprendido por primera vez que se puede dormir poco y seguir vivo. Cuando era un niño de meses había dormido con una intensidad inmóvil, sudorosa que alarmaba a sus canguros. En la adolescencia, a menudo había sido el primero de los cuatro hermanos en irse a la cama. Incluso ahora, se quedaba dormido viendo un programa de televisión, con las piernas separadas peludas y morenas.

—Vale, buen chico. Dickie, escucha. Te quiero muchísimo, no he sabido cuánto hasta ahora. Pase lo que pase con todo esto, siempre estaré contigo. Lo digo de verdad.

Richard se dispuso a besar una cara esquiva, pero su hijo, ágil, se dio la vuelta y, con mejillas húmedas, lo abrazó y le dio un beso, en los labios, apasionado como el de una mujer. Al oído de su padre murmuró una única pregunta, la pregunta crucial, inteligente: «¿Por qué?».

Por qué. Era el silbido del viento en una rendija, una puñalada, una ventana abierta al vacío. La cara blanca expectante había desaparecido, la oscuridad no tenía facciones. Richard había olvidado por qué.

GESTOS

Se lo dijo con un pequeño gesto que Richard no le había visto usar antes. Joan había llamado desde la estación después de almorzar con su amante, supuso Richard. Él había pasado el domingo haciendo de canguro de sus propios hijos, en la casa que una vez habían compartido los Maple. El Volvo nuevo de Joan estaba más a mano, en el camino de entrada, pero durante varios minutos se negó a dejarle meter la primera. Para cuando llegó al centro de la ciudad, Joan había bajado andando por la calle principal y colina arriba hasta el parque. Era un mes de septiembre frondoso y cálido, pero con un frío de cristal sobre las cosas, una inquietante claridad. Ya desde lejos, sonrieron al verse. Joan abrió la portezuela, se sentó y se abrochó al cinturón para silenciar su zumbido admonitorio. Tenía la cara sonrosada del paseo; sus ropas de ciudad parecían un disfraz; llevaba uno o dos paquetitos, prueba de que había estado «de compras». Richard intentó hacer un cambio de sentido en la estrecha calle y en el largo instante que le llevó parar y meter la marcha atrás, Joan se lo dijo.

—Cariño —dijo, y, de una manera extraña, vacilante, tamborileó con los dedos de una mano en la palma de la otra, un gesto a medio camino entre la palmada de felicidad de un niño y la llamada de atención de un adulto—. He decidido darte la patada. Voy a pedirte que te marches de la ciudad.

Bruscamente lleno, el corazón de Richard latió con fuerza; era lo que quería.

—Muy bien —dijo con cautela—. Si crees que puedes arreglártelas...

La miró de reojo para ver si hablaba en serio; no podía creer que así fuera. Un furgón de correos rojo, blanco y azul que había frenado en el stop detrás de ellos hizo sonar el claxon, más a modo de recordatorio que de reproche; en aquella ciudad conocían a los Maple. Habían vivido allí durante la mayor parte de sus años de casados.

Richard encontró la marcha atrás, retrocedió e hizo el cambio de sentido. El coche, tan nuevo y duro, una vez en marcha le resultaba alto y ligero, como si la palmadita de Joan lo hubiera vaporizado.

—Estamos estancados —explicó esta—, atascados. No vamos a ninguna parte.

—No pienso dejarla —interpuso Richard.

—No me lo digas, me lo has dicho.

—Tampoco te veo a ti dejándolo a él.

—Lo haría si me lo pidieras. ¿Me lo estás pidiendo?

—No. Qué horror. Es todo lo que tengo.

—Muy bien, entonces. Ve donde quieras; creo que Boston sería lo más divertido para los

chicos cuando vayan a visitarte. Y lo menos aburrido para ti.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuándo quieres que me vaya?

El perfil de Joan, en el borde de su campo de visión, le pareció quebradizo, a punto de romperse si decía una palabra equivocada, o demasiado brusca. Richard contuvo el aliento y trató de mostrarse alto y ligero, como el coche. Cruzaron al lado lleno de baches del viejo puente; de la cara de Joan subía humo de cigarrillo.

—En cuanto encuentres una casa —dijo—. ¿La semana que viene es demasiado pronto?

—Probablemente.

—¿Te parece muy triste? ¿Me encuentras despiadada?

—No, te encuentro maravillosa; de lo más amable y justa, como siempre. Está bien. Lo que pasa es que es algo que yo no sería capaz de hacer. ¿Vas a poder vivir sin tenerme en la ciudad?

Por el rabillo del ojo vio que la cara de Joan cambiaba; se giró para mirarla y vio que su expresión era traviesa, valiente, ruborizada. Debían de haber tomado vino con la comida.

—Perfectamente —dijo Joan.

Richard sabía que era un farol, un gesto de valentía; le estaba suplicando un aplazamiento. Pero siguió callado, se negó a discutir. De este modo, el orgullo de ella jugaba a su favor.

Las curvas de la carretera se sucedían, dejaron atrás buzones, árboles, algunos abrasados ya por la estación fría. Richard preguntó:

—¿Esto es idea tuya o suya?

—Mía. Se me ocurrió en el tren. Lo único que dijo Andy es que da la impresión de que siempre estoy dándote de comer.

Durante las semanas posteriores al verano de vacaciones separadas, Richard había dormido en una cabaña prestada, junto al mar, a unos tres kilómetros de la casa; intentaba cocinar allí, pero de noche, a medida que oscurecía un poco antes cada día, parecía más sencillo, y más amable para los niños, cenar lo que Joan había cocinado. Estaba acostumbrado a su cocina; de hecho, su cuerpo, cada una de sus células, estaba hecho de sus platos. La cena llevaba a una copa de sobremesa, mientras los chicos (dos de los cuales se habían ido a la universidad y dos vivían en casa) hacían los deberes o veían la televisión, y la copa llevaba a conversaciones, confidencias, palabras de reproche, lágrimas nostálgicas y alguna que otra recaída conyugal en sentido ascendente, a la cama del piso de arriba. Joan tenía razón; no era ni sano ni progresista. Los veinte años en los que habría sido oportuno quererse el uno al otro habían quedado atrás.

Encontró un apartamento en Boston al segundo día de buscar. La agente inmobiliaria tenía melena pelirroja, trasero redondeado y llevaba una máscara de maquillaje como si quisiera esconder su juventud. Richard se sentía feliz. Y asustado, mientras subía y bajaba escaleras detrás de ella. Más intimidada por él que él por ella, la mujer metió, nerviosa, la llave en la cerradura, empujó la puerta con el hombro y, con la mano abierta, hizo un pequeño gesto de involuntaria presentación.

El suelo no era el habitual, de moqueta o madera astillada, sino de baldosas negras y blancas como en los cuadros de Vermeer; Richard miró por la ventana, vio el rascacielos y supo que había encontrado casa. El rascacielos, suspendido durante años en un famoso estado de inconclusión, era un desastre hermoso, célebre por ser un desastre (no hacían más que desprenderse cristales) y desastroso porque era bello; el arquitecto había tenido una revelación. Había soñado con un

edificio invisible, pero inmenso; el cristal debía reflejar el cielo y el viejo horizonte de ladrillo de Boston y fundirse con el firmamento. En lugar de ello, las ventanas de cristal reflectante no dejaban de caerse y eran reemplazadas por feas opacidades de contrachapado negro. Pero quedaba superficie reflectante suficiente para crear la sensación, desde el viejo y vacilante ventanal de aquel inesperado apartamento, de inmensidad azul, de pariente vertical de la inmensidad azul horizontal del mar frente al cual Richard se despertaba cada mañana, helado hasta los huesos, en la cabaña sin calefacción. Le dijo a la pelirroja: «Muy bien» y las cejas color carbón de esta se enarcaron. A Richard le temblaron las manos al firmar el contrato de alquiler, después de escribir «Sep» en el espacio destinado al estado civil. Desde una droguería telefoneó para dar la noticia, no a su mujer, a quien entristecería, sino a su amante, situada a igual distancia.

—Bueno —le dijo con tono acusatorio—, pues he encontrado casa. He firmado el contrato de alquiler. Increíble. En medio de toda esa letra pequeña había una única frase legible: «No se permiten camas de agua».

—Te noto tembloroso.

—He dado a luz a un agujero negro.

—No lo hagas si no quieres.

Por la forma en que la voz de Ruth se interrumpió y atenuó, Richard imaginó que estaba cogiendo un cigarrillo, o un cenicero, preparándose para una sesión de «terapia al amante».

—Sí quiero. Ella quiere que lo haga. Todos lo queremos. Incluso los chicos están ilusionados. O simulan estarlo.

Ruth hizo como que no había oído el «simulan».

—Dime cómo es.

Lo único que Richard recordaba era el suelo y la vista del desastre azul que reflejaba las nubes que atravesaban su faz. Y a la pelirroja. Le había dicho dónde comprar comida, dónde hacer la colada. ¿Tendría colada que hacer?

—Suena bien —fue la remota respuesta de Ruth cuando Richard terminó de contar lo que pudo. Dos personas, una de ellas un cartero negro sudoroso, esperaban para usar el teléfono. Odiaba ya la ciudad, su aglomeración, su hambre.

—¿Qué es lo que te suena bien? —saltó.

—¿Tanto te afecta? No lo hagas si no quieres.

—Deja de decir eso.

Era una formalidad tediosa que ambos observaban: simular que eran libres, dentro de sus respectivos matrimonios que se desmoronaban, de hacer lo que se les antojara; jugaban a eludir el sentimiento de culpabilidad y Ruth se había hecho experta. Sus palabras a menudo parecían no palabras de verdad, sino fichas comodín, frases dictadas por la etiqueta. En cambio las palabras de la mujer de Richard siempre se abrían hacia dentro, transparentes a fuerza de significado.

—¿Qué más quieres que te diga —preguntó Ruth— excepto que te quiero?

Y suspiró con fuerza al otro extremo de la línea de teléfono. Richard imaginó el gesto: había apartado la cara del auricular y exhalado con ímpetu, con esa manera suya de expresar exasperación incluso cuando no sentía ninguna, exhalando y al mismo tiempo apagando un cigarrillo fumado hasta menos de la mitad, que se arrugaba bajo sus dedos impacientes igual que una frase airada que se ha pensado dos veces. Su visible prodigalidad le hería. Todo despilfarro le dolía. De pronto tuvo ganas de colgar, pero se dio cuenta de que también aquello sería un gesto

desperdiciado, y continuó al aparato.

Una vez instalado en su apartamento, descubrió que era un amo de casa ordenado y ahorrativo. Cuando se marchaba una mujer, se apresuraba a restaurar su orden de soltero, a vaciar los ceniceros que, si la visitante había sido Ruth, rebosaban de largos y pálidos cuerpos prematuramente extinguidos y, si había sido Joan, de colillas tan cortas que eran poco más que filtros. Ambas mujeres, comprobó con cierta complacencia, rara vez hacían ademán de limpiar: tocaban sistemáticamente la cama revuelta, los platos sucios, cada uno de los tres ceniceros (uno de cristal, uno de cerámica y otro la tapa de un frasco de galletas) como se tocan las bases en béisbol. Mientras los vaciaba, Richard sonreía ante la desordenada morgue de Ruth o el nido de filtros de Joan, discretos como guijarros blancos en un cuenco de narcisos. Cuando regañaba a Ruth por apagar cigarrillos cuando aún estaban casi enteros, ella señalaba, como cabía esperar, con la imperturbable seguridad de ser la más importante, que era muchísimo mejor para ella, para sus pulmones, apagar enseguida el pitillo; y por supuesto tenía razón: mejor destruir algo que a uno mismo. Ruth era amor, era vida, por eso la quería. Sin embargo, la austeridad compulsiva de Joan, su discreta tendencia suicida le eran tan tiernamente familiares como su caligrafía diminuta y reprimida y los rizos apretados de su oscuro vello público, así que Richard también sonreía al vaciar sus ceniceros. Su sonrisa era un gesto sin público. Él, que había acuñado su ingenio en presencia de padres y abuelos, hermanos y animales de compañía, que lo había desarrollado para un público de compañeros de clase y profesores, y después refinado ante el inicialmente extasiado público de sus propios hijos, no podía, estando solo, dejar de actuar. En consecuencia, había engendrado una suerte de compañero, un admirador en la distancia: el rascacielos azul. Sentía que lo acompañaba todo el tiempo.

Era azul, pero parecía más verde que el cielo. Durante un tiempo a Richard lo desconcertó que las nubes que se reflejaban en él se movieran en la misma dirección que las situadas detrás. Con un esfuerzo de imaginación espacial, percibió que un espejo no revierte nuestros movimientos, pero sí traspone nuestras orejas y modifica la boca, de manera que incluso la cara de una persona querida se ve desconocida y fea en un espejo, igual que —¡qué pensamiento tan extraño!— ella se ve siempre. Entendió que un espejo situado en el centro de un ejército no alteraría el movimiento de este; y a menudo una nube reflejada casaba con la mitad de otra situada más allá del contorno del edificio y se movían las dos como una sola, atravesadas por la estela de un avión como por una flecha de Cupido. El desastre se alzaba, grácil, en el corazón de la ciudad. De noche se mostraba como una hilera tenue de lucecitas, como si una esbelta nave surcara el cielo, y cuando llovía o había niebla desaparecía por completo, mientras que las chimeneas de ladrillo y los chapiteles de siderita en el primer término de la ventana de Richard adquirían una densidad oscura. Incluso si no se veía, estaba ahí; también Richard, su alma, estaba siempre allí. Trató de analizar la lógica del cambio en las ventanas que sugerían los patrones de huecos y cristal. No detectó lógica alguna, solo la faena pausada de trabajadores invisibles vaciando y rellenando células de cristal con la automaticidad de las abejas. Si se quedaba mirando durante muchos minutos era posible que viera, a la manera de la condensación de una gota de rocío, un espacio vacío volverse acristalado, y reflectante, y verdiazul. Pasaron días antes de que comprendiera que, en el viejo cristal más cercano de él, las hojas onduladas de la ventana del apartamento, anteriores inquilinos fantasmales, armados de diamantes, habían arañado iniciales, nombres, fechas y, a mayor profundidad y blancura que todo lo demás, el voto conmovedor, cómico,

grabado en dos líneas de cinco sílabas cada una:

con este anillo
yo te desposo.

¡Qué riqueza transparente de vidas previas reviste la dicha actual de una ciudad! Cuando caminaba por las calles, su propia felicidad le sorprendía. Había esperado sentirse triste, culpable, aburrido. En lugar de ello, sus días estaban confortablemente llenos con sus listas, sus búsquedas de comida y materiales, sus encuentros con sustitutos de esposa tan problemáticos como una lavandería, donde estudiantes leían a Hesse y se pellizcaban el mentón mientras su ropa se revolcaba en círculos y donde jóvenes amas de casa negras tarareaban doblando ropa blanca. Qué placer inesperado volver a casa andando abrazado a su ropa limpia caliente como pan recién hecho, dejando atrás las ventanas en voladizo de Back Bay brillantes como vitrinas. Se sentía sereno y eufórico y justificado a una hora en la que, en las afueras, arrugado del viaje en tren, iría por la segunda y apresurada copa de antes de cenar. Le gustaba llevar alimentos a casa, la satisfacción tautológica de cocinar una comida y después comérsela entera, mientras la radio le llenaba los oídos de Bach o de Bechet y un libro lo miraba abierto desde el atril que había comprado; le gustaba el juego extraño y pulcro de comer antes de que la comida se estropeara y beber antes de que la leche se agriara. Le gustaba cómo merodeaban los aviones por el cielo nocturno color marrón, una segunda y más delgada ciudad colocada sobre esta y cómo cantaban las sirenas de la policía, arreglando algún desastre lejano que no era el suyo. No podía durar una felicidad así. Era un ínterin, una vacación. Una sola, pero extrañamente limpia y legítima, justa, rectilínea, decorosa, aunque estropeada por intervalos de miedo y desorientación repentinos. Tenía que planificar cada hora, no fuera a desmoronarse. Se movía igual que una chinche acuática, que un guijarro saltarín sobre la superficie vidriosa y tensa de su nueva vida. Iba caminando a todas partes. En una ocasión fue hasta la base del rascacielos azul, su compañero y testigo. Era feísimo. Túneles llenos de planchas de madera y tela metálica custodiados por policías malhumorados protegían a los peatones de los cristales desprendidos y a los propietarios del edificio, con millones ya desembolsados, de nuevas demandas. Los pisos inferiores eran de contrachapado, de un color negro estigio; el edificio, tan bello por arriba, tenía raíces enmarañadas y mugrientas. Richard evitó volver por allí.

Cuando Ruth iba de visita jugaban a un juego, el juego de fregar, de frotar con un estropajo uno de los cuadrados blancos del suelo Vermeer de manera que, con el tiempo, estuvieran todos limpios. De los cuadrados negros hacían caso omiso. Desnuda, frotando, Ruth arrodillada parecía un pequeño corcel, con la larga melena balanceándose y los suaves pechos meciéndose al ritmo de sus enérgicos gestos circulares. Su vello púbico, liso y rubio, al fondo, era como una crin del bajo vientre. Tan encantadoramente extraña, rara vez llegaba a fregar más de un cuadrado. El tiempo, regulado cuidadosamente cuando Richard estaba solo, volaba para ellos, y se desvanecía. Solo parecía haber tiempo de hablar al final, cuando Ruth estaba ya en la puerta. Preguntaba:

- ¿No es increíble ese edificio cuando se pone el sol?
- Adoro ese edificio. Y él me adora a mí.
- No, quien te adora soy yo.
- ¿No me podéis compartir?
- No.

Ruth era territorial con el apartamento; cuando Richard le dijo que Joan también había estado allí y, solo por «diversión», se había acostado con él, su marido, Ruth gimoteó por teléfono:

—¿En nuestra cama?

—En mi cama —dijo Richard con una firmeza inusual en él.

—En tu cama —admitió Ruth con la voz ronca de un niño adormilado. Cuando por fin terminó la conversación y su amante estuvo suficientemente apaciguada, Richard tuvo que ir a mirarse en su gigantesco amigo inanimado, que se fundía en malva por un lado y seguía cerúleo por el otro, levemente estriado de reflejos de altos cirros. Le habló, como habla la mirada de un animal mudo, de belleza y de sufrimiento, de una simplicidad destinada a perecer, del paso del tiempo. El anochecer suavizaría su color hasta volverlo de un tono pizarra; la noche envolvería sus costados. Richard perdió profundidad de foco y leyó, con irritación, por enésima vez, aquel escarnio, aquel fragmento de letanía, brillante por el fuego evanescente de sol:

con este anillo
yo te desposo.

Meses atrás, Ruth se había quitado su alianza. Al llegar allí de excursión una noche llevaba en el dedo anular, a modo de reacia concesión a la impostura, un anillo de diamantes heredado. Cuando sostuvo la mano en la luz del sol junto a la ventana, una constelación de arcoíris giró por la habitación y apuntó, imaginó Richard, al rascacielos. En el hotel de Nueva York le confesó de nuevo su indignación por tener que perder su apellido para asumir falsamente el suyo.

—Facilita las cosas —le dijo Richard—. No es más que un gesto.

—Pero es que me gusta quién soy ahora —protestó Ruth.

Aquella era, de hecho, su joya más preciada, inquebrantable y reluciente: le gustaba quién era.

En Manhattan habían tomado caminos separados y, cuando Ruth regresó antes que él al hotel, pidió la llave de la habitación por el número. El recepcionista le preguntó su nombre. Era la política del hotel. No podía entregar una llave a un número.

—¿Y qué nombre le diste? —preguntó Richard durante una pausa en la narración de Ruth.

En la pausa y en la mirada azul opaca de ella vio recreada su vacilación cuando el recepcionista la puso en un brete. También ella había sido, antes de casarse, profesora de secundaria y Richard reconoció ahora los modales —pulcros, idealistas y autoritarios— con los que se ponía delante de la pizarra para hacer frente a esas aulas llenas de niños.

—Maple.

Richard había sonreído.

—Hiciste bien.

Llevar a cenar a Joan fue como hacer algo ilícito. Lo sugirió ella, por «diversión», después de una tarde de domingo de niños. Richard llevaba dos meses en Boston, las nuevas costumbres habían reemplazado a las viejas y resultaba tentador dejar a los niños, que se aburrían y encontraban más fácil aburrirse en compañía de la televisión que en la del visitante mandón.

—Deja de decirme que te aburres —había regañado Richard a John, el más dócil de sus hijos y el que más sentimiento de culpa le inspiraba—. Se supone que los catorce son una edad aburrida. Cuando yo tenía catorce años me pasaba el día tirado leyendo ciencia ficción. Tú no haces más que estar tirado viendo *Kung Fu*. Yo por lo menos aprendía a leer.

—Es bueno —protestó John, con la voz adolescente quebrándose por miedo a que lo apartaran de una escena particularmente vívida de taichí a cámara lenta. Richard, cuando vivía allí, había visto el programa con él las veces suficientes para saber que sí era, en cierto sentido, bueno; la pasividad oriental del protagonista, interrumpida por brotes de violencia mística, insinuaba al niño un sistema ético, igual que Richard había aprendido ideales de comportamiento del cine popular y de los tebeos: impasividad de Bogart, gallarda temeridad de Errol Flynn, dualidad y engaño de Superman.

Se arrodilló junto al sofá donde el niño, con pelusa en el labio superior y cejas virilmente oscuras, miraba estoico el trascendental parpadeo; a Richard casi se le quebró la voz cuando preguntó:

—¿Te aburrirías menos si papá siguiera viviendo aquí?

—Pues no.

La respuesta fue instantánea e impaciente, como si hubiera esperado la pregunta. ¿Era sincero el niño? Sus ojos no se apartaron de la pantalla un segundo, quizá por miedo a delatarse, quizá por el genuino aburrimiento que le producían los adultos y sus gestos. Una de las satisfacciones de la televisión era que los gestos mataban. Richard abandonó su postura arrodillada, aliviado al oír que Joan bajaba las escaleras. Iba arreglada para salir, con el vestido negro ceñido de escote bañera y un collar de plata mexicana. Se notó receloso. Tenía que andarse con tiento. Ellos ya habían estado ahí. Tenían que haber estado.

Pero los cócteles, y el marisco, y el vino ahuyentaron su recelo; se oyó decir, a la cara tan familiar y desconocida al otro lado de la mesa:

—Es encantadora, y lo cierto es que me quiere —se sentía incómodo, como un hijo consciente de pronto de que su madre, aunque cortésmente atenta, se muestra indiferente a la urgencia de la competición atlética que le está describiendo—, pero necesita explicarlo todo y que se lo expliquen todo. Es como estar otra vez en segundo de primaria. Y lo peor es que, a pesar de tanta explicación, sigue sin ser real para mí de la manera que... lo eres tú.

Ahora sí se le quebró la voz; había ido demasiado lejos.

Joan apoyó la mano izquierda, en la que aún llevaba la alianza, sobre el mantel en un gesto sensato, equilibrado.

—Lo será —prometió—. Es cuestión de tiempo.

El patrón viejo seguía siendo el único visible al mundo. La camarera, que había dado clase a los niños en la escuela dominical, los saludó como si el matrimonio no estuviera roto; comían en aquel restaurante tres o cuatro veces al año y ya les tocaba. Conocían al contratista de pelo color jengibre que había construido aquella sala imitando el estilo antiguo, hacía doce años, y después se había marchado de la ciudad, arruinado, pero extrañamente feliz. Su recuerdo flotaba entre las vigas. Otra pareja, mayor que los Maple —el marido había trabajado en una ocasión con Richard en un comité municipal—, se acercó a la mesa sonriente, alegre, de esa manera tan americana. ¿Lo sabían? No tenía demasiada importancia en aquel país de acomodos temporales. Los Maple respondieron a su alegría al unísono y no se separaron hasta que la pareja mayor se fue. Joan los miró alejarse.

—Me pregunto qué tienen —dijo— que nosotros no tenemos.

—Quizá tenían menos —dijo Richard—, así que no esperaban nada más.

—Eso es demasiado simplista.

Se resistía un poquito a sus cumplidos velados; él se lo agradeció. Por favor, resiste. Preguntó:

—¿Cómo crees que están los chicos? John parecía retraído.

—Él es así. Deja de pincharlo.

—Es que no quiero que piense que tiene que ser tu maridito. Esa casa se hace ahora gigantesca.

—A mí me lo vas a decir.

—Lo siento.

Era verdad; puso las manos en la mesa con las palmas hacia arriba.

—¿No es asombroso —dijo Joan— que una botella de vino ya no sea suficiente para dos personas?

—¿Quieres que pida otra?

Estaba secretamente horrorizado; qué despilfarro.

Joan se dio cuenta y dijo:

—No, dame la mitad de tu copa.

—Bébetela toda.

Le sirvió. Joan dijo:

—Entonces ¿el sexo es maravilloso? ¿De verdad es tan maravilloso el sexo?

El comentario avergonzó ahora a Richard y se temió que pudiera inaugurar un precedente de mal gusto. Así como con Ruth existía una etiqueta de adulterio independiente, con Joan había que mantener algún tipo de código de separación.

—Suele serlo —le dijo— entre personas que no están casadas.

—¿No me digas, chico! —Con un trago del vino de su marido dentro, Joan empezó a inflamarse de inminente regocijo. Se acercó todo lo que le permitía la mesa—. Tienes que prometerme —un gesto acompañó el «prometerme», una ligera separación de las manos a modo de protesta— que nunca le vas a contar esto a nadie, ni siquiera a Ruth.

—Igual no deberías contármelo. De hecho, no me lo cuentes.

Entendió por qué había sido tan lacónica hasta entonces; quería hablar de su amante, a quien todavía conservaba pegado a ella igual que un niño de pecho. Iba a traicionarlo.

—Por favor, no lo hagas —dijo Richard.

—No seas tan mojigato. Eres la única persona con la que puedo hablar; no significa nada.

—Eso es lo que dijiste sobre lo de acostarnos en nuestro apartamento.

—¿Le importó?

—No te puedes ni imaginar.

Joan rió y a Richard le fascinó, por enésima vez, la perfección de los dientes, uniformes y redondeados y blancos, que los labios dejaban al descubierto como para hacer patente la perfección del cráneo, el alma inmaculada. Su júbilo la propulsaba a una especie de cielo mientras le confesaba historias sobre Andy y ella, cómo este había discutido con la gobernanta de un hotel por la falta de toallas en una habitación reservada para una tarde, cómo se quedaba dormido durante siete minutos exactos cada vez que hacían el amor. Richard conocía a Andy, un hombre delgado y de tez oscura, especialista en derecho corporativo que, sin embargo, trabajaba

en la compleja gestión de fusiones gigantescas, desde hacía años. Puntilloso en el vestir, religioso, aportaba una exagerada dignidad a muchas situaciones y quizá se había sentido más atraído por el barniz de la superficie de Joan, por su aplomo de Nueva Inglaterra, que por el travieso diablillo que había debajo.

—Mi psiquiatra opina que Andy tenía una relación de simbiosis contigo y que, ahora que no estás, puedo verlo como alguien absurdo —dijo Joan.

—No es absurdo. Es bueno, leal, atractivo, próspero. Paga sus diezmos. Tiene hándicap doce. Te quiere.

—Querrás decir que te protege de mí. ¡Y esos botones! Tenemos que calcular siempre media hora después de terminar para que le dé tiempo a abrochárselos todos. Si hicieran trajes de cuatro piezas, se los pondría. Y lo lava absolutamente todo, cada vez.

—Para —suplicó Richard—. Deja de contarme todas esas cosas.

Pero Joan estaba cautivada por los espejos giratorios de sus infidelidades, tenía la cara tan encendida y agitada que la camarera rió en solidaridad cuando les sirvió el café. El rostro de Joan era rosado como una peonía, con los ojos azul pálido como el hielo, casi transparentes. Por entre sus palabras Richard vio lo que le estaba diciendo: que nuestros amantes, por mucho que los queramos, no son nosotros, no son sagrados como sagrada es la realidad. Nosotros somos la realidad. Hemos engendrado hijos. Nos entregamos mutuamente nuestros cuerpos jóvenes. Nos prometimos envejecer juntos.

Joan describió el incidente ocurrido en su casa, antes de los dos, cuando el fontanero se presentó de forma inesperada. Richard no pudo evitar reírse con ella; los problemas de fontanería de aquella casa eran ya un chiste viejo, una historia interminable.

—Llamaron a la puerta de atrás. El señor Kelly entró haciendo ruido. Ya sabes cómo retumba todo lo de la cocina en el dormitorio. Nos ha pasado. —Lo miró para ver si quedaba claro lo que quería decir. Richard asintió. A Joan le brillaron los ojos. Sobre el ruido, enfatizó—: En el mismo instante. —Y, con un gesto similar a aquella suave palmada en el coche una eternidad atrás, dibujó con la punta del dedo una «m» en el aire, como si se dispusiera a escribir «mismo». El movimiento fue ávido, tímido, exquisito, reticente, confiado: Richard distinguió todos esos significados y supo que Joan nunca dejaría de gesticular dentro de él; como por un decreto interpuesto entre los dos, incluso en la muerte, los gestos de ella perdurarían, grabados en el cristal.

DIVORCIO, UN FRAGMENTO

Richard Maple se preguntó: «¿Puede siquiera la muerte ser peor que esto?». Su mujer estaba sentada encogida en la que había sido la cama matrimonial, hablándole, entre sollozos, de su estado de ánimo, que era suicida, depresivo, derrotado. Llevaban un año y medio viviendo separados y el tiempo no había logrado nada, no se había formado tejido cicatricial, el cuerpo de Joan era una gran herida abierta que gritaba: «Vuelve».

Se hacía mayor; la piel de la cara, cuando bajó la cabeza para llorar, se arrugaba y salpicaba puntitos secos debajo de los ojos, en las comisuras de la boca. Aquello enterneció a Richard como le enternecía la belleza. Sin pensar, Joan había entrelazado las manos en el regazo y, blancas, resaltaban sobre la falda negra de franela; con esa flexibilidad de quien practica yoga que los años no le habían robado, se había hecho pequeña, una bola de dolor como un proyectil que va a disparar un cañón.

—Lo siento —se disculpaba—. No quiero sentirme así, quiero sentirme alegre y valiente e ilusionada, esto es absurdo. Incluso los chicos...

—Sobre todo los chicos —dijo Richard—. Se lo están tomando con deportividad.

—Y yo no, ¿verdad? —dijo Joan en una voz un poco menos desesperanzada, animada por su capacidad para las valoraciones justas—. En algunas cosas sí lo hago. Lo que pasa es que... —las manchas en la piel, las lágrimas de carne se agudizaron— me despierto cada mañana recitándome razones por las que no debo tirarme al río. No te imaginas lo que es.

Tenía razón, como siempre. Si pensaba en Joan tirándose al río, Richard no imaginaba nada, salvo lo fría que estaría el agua y lo mucho que pesaría la falda negra de franela. Era una nadadora hábil y fuerte y el río no era profundo.

—Y tú no sabes lo que fue —dijo— vivir todos esos años a tu lado esperando a que pasara algo.

—Ya lo sé, ya lo sé. Me lo has dicho mil veces, yo pensaba que sí ocurría alguna cosa de vez en cuando, pero, oye, no quiero discutir. No me estoy quejando de los hechos; es solo que...

—Que te quieres morir —terminó Richard por ella.

Joan asintió con un sollozo.

—Luego pienso en lo insultante que es eso para todos. Para los chicos.

Al estudiarla, al admirar su pose compacta, simétrica, Richard quiso morir con ella; tuvo la impresión de que Joan estuviera agachada a los pies de una pared completamente desnuda y que la pared fuera él. Deseó estar fuera de aquello, de la vida y de la salud de las que disfrutaba desde que la dejó, del esfuerzo vanidoso y mezquino por ser feliz. Su felicidad y su salud le parecieron

insignificantes comparadas con la felicidad consagrada que habían compartido los dos. Y, sin embargo, no había otra salida que seguir adelante sin sentir, como un soldado que lucha por una causa deslegitimada, movido solo por consignas manidas.

—Cuando vivías conmigo estabas deprimida —le dijo a Joan.

Aquella era una de las consignas.

—Lo sé, lo sé. No te estoy culpando. No te estoy diciendo que hagas nada. Solo...

—¿Solo qué?

Richard cambió el peso del cuerpo. Le dolían las piernas; consultó su reloj. Tenía una cita.

—Que me entiendas.

—Si te entendiera más —confesó Richard—, estaría totalmente paralizado. —Preguntó—: ¿De qué manera puedo ayudarte, que no sea volviendo a casa?

—Eso no ayudaría. No te estoy pidiendo eso.

Richard no se lo creyó; pero la posibilidad de que fuera cierto le levantó el ánimo. Fue un estímulo pequeño y glotón, como cuando un pez engulle un copo en un acuario. El copo le supo amargo.

—¿Qué me estás pidiendo, tesoro?

Se arrepintió de haberla llamado «tesoro». Había intentado amalgamar y unificar todos sus deslices, pero seguían multiplicándose y ramificándose.

—Que entiendas cómo me siento.

Richard dijo:

—Si se me hubiera dado mejor entender cómo te sientes, puede que no hubiéramos llegado a esto. Pero hemos llegado. Así que olvídalo. Estando así no haces más que torturarnos a todos, a ti en primer lugar. Tienes salud, tienes a los chicos, dinero, la casa, amigos; tienes todo lo que tenías excepto a mí. En lugar de a mí, tienes una libertad y una dignidad que antes te faltaban. Dime qué estoy haciendo mal —suplicó.

Al oír aquello Joan no pudo evitar reír con un pequeño cloqueo; a Richard se le ocurrió que, allí sentada, parecía estar empollando; estaba inmóvil igual que una gallina haciendo su nido.

Se le hacía tarde. Joan lo sabía. Tenía que salir de allí, seguir con su vida. Hizo otro intento:

—Tienes mucha vida por delante —dijo—. Es un pecado hablar de la muerte como lo haces. ¿Por qué tenemos que estar siempre así? Lo odio. Me siento atado de pies y manos. Vengo aquí a ver a los chicos, no a que me hagas sentir culpable.

Por fin Joan levantó la vista para mirarlo.

—Tú te sientes tan culpable como... —esperaron juntos a ver cuál sería el símil— una pata de la cama —terminó de decir Joan, usando el objeto que tenía más cerca, y ninguno pudo evitar reírse.

LOS MAPLE COMPARECEN

Siempre habían sido una pareja con suerte y fue solo cuestión de suerte que, cuando por fin decidieron tomar caminos separados, la comunidad puritana en la que vivían incorporara una enmienda de mutuo acuerdo a su chirriante y sobrecargado corpus de legislación sobre el divorcio. La cláusula establecía que tenían que presentar una declaración conjunta. Esta decía: «Richard F. y Joan R. Maple comparecen y juran, so pena de perjurio, que existe una ruptura irreparable de su matrimonio». A Richard, cuando leyó una copia del documento en su apartamento de Boston, el párrafo le trajo a la cabeza una imagen de Joan y él llegando a una fiesta de la mano mientras un criado con librea anunciaba sus nombres y en la habitación explotaba una lluvia de confeti y burbujas de champán. En los muchos años que había durado su matrimonio habían ido a muchas fiestas juntos y siempre con una pincelada de excitación, una pequeña esperanza, cierta ilusión de que ocurriera algo emocionante.

La declaración llevaba adjuntos varios formularios financieros a cuál más aterrador y la petición de una copia del certificado de matrimonio. Aunque habían vivido en Nueva York y Londres, en islas y granjas y, durante un verano, incluso en una cabaña, se habían casado a pocas paradas de metro de donde estaba ahora Richard leyendo el correo. No había vuelto al Ayuntamiento de Cambridge desde que fue a recoger la licencia matrimonial la mañana de su boda. Sus padres lo habían llevado en coche desde el motel de Connecticut en el que habían pasado toda la noche, de camino desde Virginia Occidental; se habían levantado a las seis para llegar a tiempo, y Richard había pasado gran parte del viaje con el abrigo en la cabeza, intentando volver a dormirse. Al recordarlo ahora se vio como una criatura marina, invertebrada, debajo de la medusa acampanada del abrigo, inflándose descontrolada por la orilla a medida que el aire se calienta más y más. Era junio, y el tiempo era húmedo. Cuando, hacia el mediodía, llegaron a Cambridge y subieron cuerpos y cajas con vestidos de boda los cuatro pisos hasta el apartamento de Joan, en la calle Avon, la novia se estaba dando un baño. Richard no recordaba quién más había en el apartamento; su memoria de aquel día era fragmentaria: parches legibles en un papel secante gris húmedo. El día no tenía ni cielo ni nubes, solo una niebla de luz sin sombras envolvía los ladrillos de la calle Brattle y las agujas blancas de Harvard y los anchos coches cociéndose al sol en las calles asfaltadas. Richard tenía veintiún años. Eisenhower era presidente y la novia estaba al otro lado de la puerta, gritándole que no entrara, que verla le daría mala suerte. Alguien estaba con ella, riendo y salpicando. ¿Quién? ¿La hermana? ¿La madre? Richard se apoyó en la puerta del cuarto de baño y oyó a sus padres subir las escaleras a su espalda, jadeando pero sin dejar de hablar, e imaginó a Joan como era cuando estaba en la bañera, con los dedos de los pies color rosa, los rizos de la nuca aplastados, los pechos flotando, enjabonados y brillantes. Luego el

recuerdo se interrumpió y el borrón siguiente era de los dos juntos en el coche, circulando por entre el titilante tráfico de mediodía de Central Square. Joan llevaba un vestido de verano de algodón desteñido por el sol; Richard mantenía los ojos fijos en el tráfico para minimizar la mala suerte de haberla visto antes de la ceremonia. Seguramente otras parejas, pensó entonces, también arreglaban los papeles solo dos horas antes de la boda. Claro que, sin duda, otros novios no iban a la ceremonia con el abrigo sobre la cabeza igual que niños escondiéndose de una tormenta de truenos. Cogidos de la mano, más pequeños que Hansel y Gretel en su imaginación, subieron corriendo el largo tramo de escaleras hasta un arco color galleta de jengibre y desaparecieron.

El Ayuntamiento de Cambridge, en un mundo transformado, seguía igual. El sereno castillo, de estilo richardsoniano, construido en piedra roja arenisca y granito rosa, se alzaba como un gigante amable en el grosero vecindario. Su interior era de roble barnizado, pálido y reluciente. Richard creía recordar haber recogido la licencia en la planta baja, en una ventanilla con rejilla y una placa metálica, pero una flecha en una cartulina lo dirigió al piso de arriba. Le temblaron las rodillas y se le revolvió el estómago ante la enormidad de lo que estaba haciendo. Dobló una esquina. Una mujer de aspecto maternal reinaba en un territorio amplio y desocupado de mesas de superficie verde y grandes libros de registro en estantes metálicos.

—Quería pedir una c-copia de una licencia matrimonial —le dijo.

—¿Año?

—¿Perdón?

—¿De qué año es la licencia matrimonial, señor?

—1954.

Pronunciado, el año parecía tan lejano como una estrella, y, sin embargo, allí estaba él de nuevo, sin sentirse ni un minuto más viejo y sudando en el mismo calor estival. Sin embargo, la señora, después de apuntar los nombres y la fecha, tuvo que dejarlo e ir a otra sala a buscar los archivos, tan lejos estaba en realidad el acontecimiento que ahora quería deshacer.

Volvió con una cojera en la que Richard no había reparado antes. El tomo que traía medía, abierto, casi un metro, como el libro de conjuros de un hechicero. La mujer pasó las páginas despacio, como si el cisma de vida perdida y tiempo dejado atrás que representaban pudiera, en un descuido, saltar y engullirlos a los dos. En otro tiempo debió de haber sido una llameante pelirroja, pero el pelo había degenerado a un tono albaricoque y se había vuelto rígido en rizos acartonados como papel seco. Sonrió, arrugando un poco la boca:

—Sí —dijo—. Aquí está.

Y Richard leyó, de arriba abajo, en una única y larga línea, el nombre de soltera de Joan y el suyo. La profesión de Joan que figuraba era «profesora» (había hecho prácticas como profesora de arte; Richard había olvidado la bata azul manchada, el olor arcilloso de sus dedos, cómo iba siempre a trabajar en bicicleta, incluso en los días más fríos) y la suya, en un grado inferior, «estudiante». Y le sorprendieron las direcciones postales, al ser distintas: el vestíbulo en la calle Avon, el recibidor en Lowell House, puertas olvidadas que daban a un pasillo de direcciones comunes que iban desde entonces hasta el momento presente. Sus firmas... No se sintió capaz de leerlas, ni siquiera de arriba abajo. A primera vista, la de Joan parecía más firme, y más azul.

—¿Quiere una copia solo o más?

—Con una me basta.

Con la lentitud de quien hace algo por primera vez, la expelirroja alisó el papel y mojó repetidas veces una pluma antigua mientras copiaba la información en un formulario oficial.

¿Qué más había sobrevivido del día de su boda? Había unas pocas diapositivas, recordó Richard. Un primo de Joan había reunido a los miembros principales de la boda en la acera de la iglesia y los había dispuesto alrededor de un parquímetro. El parquímetro, representante esbelto y plateado del barrio, ocupa el lugar de honor en el conjunto, con su estrecha cabeza y lengua escarlata. Al igual que el parquímetro, el novio está muy delgado. Parpadeó de forma simultánea al obturador, por eso una especie de máscara mortuoria parece flotar sobre su cara. La pose de la novia con hoyuelos, tensa y elegante a la vez, tiene algo de bailarina; podría estar a punto de recogerse la falda de organdí de su vestido y lanzarse a hacer un *grand jeté*. Los cuatro progenitores, aún no metamorfoseados en abuelos, salen tenues en la diapositiva, medio perdidos en la bruma de luz, benevolentes y abultados como las piedras del edificio en el que Richard se disponía a pagar los tres dólares que costaba su copia, su antilicencia.

Otra de las imágenes la había captado un compañero de universidad de Richard, quien los llevó en coche hasta la casa que habían alquilado para su luna de miel, en un pueblo costero a una hora al sur de Cambridge. Alguien había dejado en el porche un juego de cróquet y Richard, en uno de esos trucos que había aprendido para enmascarar momentos de incomodidad, cogió tres pelotas y empezó a hacer malabares. Su compañero de universidad, quizá también incómodo, sacó una instantánea: las bolas rojas suspendidas para siempre, borrosas, en el haz oblicuo y ambarino de la última luz del día, mientras el amarillo y el verde centellean en las manos de Richard, que tiene la cara vuelta hacia el cielo, en un éxtasis boquiabierto.

—Tengo otro problema —le dijo a la empleada cuando esta cerró el gigantesco libro y se preparó para cargar con él.

—¿Qué necesita?

—Tengo que escriturar una declaración jurada.

—Eso no es en mi departamento, señor. Primera planta, a la izquierda según se sale del ascensor, a la derecha si va por las escaleras. Si quiere saber mi opinión, las escaleras son más rápidas.

Richard siguió sus indicaciones y encontró a una mujer negra joven detrás de una mesa de acero rebosante de imágenes con marco dorado de fidelidad y solidaridad y estabilidad, de hijos y padres, de un niño moreno de aspecto serio con un uniforme militar marrón, de una familia riendo a orillas de un lago; había incluso una fotografía de una casa: una casita de campo de aspecto corriente en algún lugar, con un césped verde. Leyó la declaración de Richard sin hacer comentarios. Este contuvo el impulso de pedirle perdón. La mujer le pidió que le mostrara el carné de conducir y comparó la cara de la fotografía con la de él. Le dio un bolígrafo y estampó un sello de irrevocabilidad junto a su firma. La bola roja seguía suspendida en el aire y la luminosa quietud de la casita cuando los dejaron solos continuó viajando, como una cápsula silenciosa, hasta las estrellas; pero lo que más entristeció a Richard, lo que le provocó una mueca de dolor al salir por la arcada de piedra marrón a la luz furiosa del verano, fue un detalle olvidado de la boda. En su aturdimiento, su somnolencia, en su asombro ante la criatura blanca que temblaba en el altar junto a él, en el límite de su visión igual que un arcoíris en una bruma, Richard había olvidado sellar los votos con un beso. Joan lo había mirado, sonriente, expectante; él le había devuelto la sonrisa, sin caer en la cuenta. El momento pasó y salieron deprisa de la iglesia igual que bajaba él ahora, deprisa, avergonzado, las escaleras del Ayuntamiento hasta la calle y el

cobijo del metro.

Mientras el tren circulaba con estruendo por la oscuridad, leyó sobre las fuerzas de la naturaleza. Le había llegado un extracto académico por correo, en el mismo correo que la declaración jurada. Antes de vivir solo, lo habría tirado sin pensarlo dos veces, pero ahora, a medida que adquiría poco a poco las costumbres de un bostoniano excéntrico, leía cada papel que le llegaba, e incluso se agachaba por la calle a coger un fragmento embarrado de periódico y leerlo en busca de un mensaje. «Por consiguiente —leyó—, ya se sabía en 1935 que el mundo natural estaba gobernado por cuatro clases de fuerzas. De menor a mayor magnitud, son: la gravitatoria, la débil, la electromagnética y la fuerte.» A medida que leía, se encontró con que prefería las fuerzas débiles; se identificaba con ellas. La gravitación, aunque insignificante a nivel microscópico, «empieza a predominar con objetos en un orden de magnitud de cien kilómetros, como asteroides de gran tamaño; mantiene unidos la luna, la tierra, el sistema solar, las estrellas, cúmulos estelares dentro de las galaxias y las galaxias mismas». Para Richard era como si el equipo que pierde desde el principio un partido lograra el triunfo en el último macroscópico cuarto; vitoreó en silencio. El metro se detuvo con una sacudida en Kendall y recordó cómo, pocos días después de la boda, Joan y él habían cogido un tren al norte, atravesando New Hampshire, para un empleo de verano para el que habían sido contratados como pareja. El tren, que hacía tiempo que ya no circulaba, serpenteaba en dirección norte junto a concurridos ríos afeados por aserraderos y hacia las siempre verdes montañas donde acumulaban herrumbre los arrastres de esquí. Los asientos eran de terciopelo morado y el tren se mecía incesante, suavemente. Los brazos de Joan, pálidos en contraste con el terciopelo, tenían el tono rosado de las quemaduras solares. Inseguros respecto a cómo estar de luna de miel, pero convencidos de que tenían que crear recuerdos que perduraran hasta que la muerte los separase, habían jugado al cróquet desnudos en el jardincito que, entre los árboles, parecía un ojo de hierba mirando al cielo. Joan ganó todas las partidas. «La fuerza débil —leyó Richard— no afecta de manera apreciable la estructura del núcleo antes de que sobrevenga el deterioro; es como un defecto en una campana de metal que no afecta su tañido hasta que termina por hacerla añicos.»

El vagón de metro subió a la superficie para cruzar el Charles. Los veleros se inclinaban hacia el centelleo del agua. Al otro lado del río, los rascacielos color humo de Boston flotaban igual que fuentes paralizadas. El tren había rodeado la bahía de un lago y se había detenido en The Weirs, un sucio lugar de veraneo de gotas de helado sobre el asfalto y olor a manzana de caramelo que trae el aire desde una orilla de la infancia. Después de una espera de horas, cogieron un paquebote hasta la isla en la que iban a trabajar. La isla estaba en la orilla contraria del lago Winnepesaukee, con muchas otras islas interpuestas y muchas paradas para entregar correo. Antes de cada ataque, el barco tocaba el silbato haciendo un ruido inmenso. Los Maple se habían sentado en la proa para disfrutar del sol y del paisaje; una vez allí, justo debajo del silbato, sintieron que tenían que quedarse. Las islas, el agua, las montañas más allá de la orilla interpretaban un adagio de perspectivas cambiantes a su alrededor y a continuación —siempre para su asombro— el estruendo del silbato les dejaba sordos y reducía el paisaje a un amasijo de ruido; aquellos estallidos agredían su joven matrimonio. Richard culpaba a Joan y al mismo tiempo quería pedirle perdón por algo que no dependía de ninguno de los dos. Después de cada estrépito, el motor se paraba, el barco se acercaba a un embarcadero desvencijado y, de los suaves caminos moteados de esta o aquella isla siempre verde, niños y monitores bronceados en

ropa de baño y mocasines aparecían en tropel para recibir su correo y sus gritos resonaban extrañamente en los oídos ensordecidos de los recién casados. Para cuando llegaron a su isla, los Maple estaban exhaustos.

«La mecánica cuántica y la relatividad, consideradas juntas, son extraordinariamente restrictivas y, por tanto, nos proporcionan un gran motor lógico.» Richard devolvió el folleto a su bolsillo y se bajó en Charles. Cruzó a pie el paso elevado hacia el hospital, a ver al médico de la artritis. Por las noches le dolían los huesos. Tenía amigos que se estaban muriendo, que habían muerto; ser el siguiente había dejado de parecerle imposible. La primera vez que estuvo en aquel hospital fue para cortejar a Joan. Había subido por aquella misma rampa hasta las puertas de cristal y una vez dentro había preguntado, tartamudeando, por el paradero, en aquel inmenso laberinto de enfermedad, de la chica que se sentaba, con una cola de caballo sujeta con cinta elástica, en la primera fila de Literatura 162b: «La tradición épica inglesa, de Spenser a Tennyson». Durante todo el invierno había admirado la inclinación de su nuca tres horas a la semana. Reunió valor para hablarle en la hora de estudio cuando, sentados juntos a una mesa de la biblioteca, examinaban fotocopias negruzcas de las ilustraciones de Blake de *Paraíso perdido*. Acordaron verse después del examen para tomar una cerveza. Ella no se presentó. En aquel anfiteatro de cabezas desesperadamente pensantes faltaba la suya. Y, después de despachar juntos a *La reina de las hadas* y *Los idilios del rey*, Richard llamó a la residencia de Joan y se enteró de que la habían llevado al hospital. Una fuerza de la naturaleza lo impulsó a enfrentarse a largos pasillos y giros equivocados y a una multitud de tías y otros pretendientes a los pies de la cama; encontró a Joan de blanco, entre sábanas blancas, con el pelo suelto sobre los hombros y un tubo de plástico que le administraba algo transparente por el antebrazo. En visitas posteriores se ganó el derecho a cogerla de la mano, embridada como estaba a base de tablillas y cinta adhesiva. El diagnóstico había sido recuento bajo de plaquetas. El síntoma, que no dejaba de sangrar. Ruborizada, le contó cómo los médicos e internos le habían preguntado cuándo había tenido relaciones por última vez y lo violento que le había resultado confesar, enfrentándose a su escepticismo clínico, que nunca.

El médico retiró el torniquete del brazo de Richard y sonrió.

—¿Ha estado sometido a estrés últimamente?

—Me he divorciado.

—La artritis, como bien sabe, pertenece a una familia de enfermedades con componente psicósomático.

—Lo único que sé es que me despierto a las cuatro de la mañana y me resulta muy deprimente pensar que nunca voy a superar esto, que este dolor del hombro es para el resto de mi vida.

—Lo superará. No lo es.

—¿Cuándo?

—Cuando su cerebro deje de enviar señales de castigo.

La mano de Joan en su cunita de aparatos sanadores, el calor sumiso y prudente que desprendía cuando Richard se la cogía junto a la cama, apoyada a cierta altura, casi a la de sus ojos. En la isla, las camas de la cabaña que les habían destinado eran de alturas distintas, y aunque Joan intentó convertirlas en una cama de matrimonio, había un reborde donde se encontraban los colchones que o bien él o bien ella tenían que cruzar, con la incomodidad de que se salieran las sábanas. Pero la cabaña estaba en un bosque y aromas intensos y húmedos de pino y helecho entraban por las mosquiteras con el trino matinal de pájaros y los susurros vespertinos

de los animales. Se rumoreaba que había ciervos en la isla; cruzaban el hielo en invierno y quedaban atrapados cuando se fundía en primavera. Aunque nadie, ni campistas ni monitores, los vio nunca, persistía el rumor de que estaban allí.

«¿Cuándo ha visto alguien un quark?» Mientras caminaba por la calle Charles hacia su apartamento, a Richard le vino a la cabeza una frase que decía algo parecido y rebuscó en sus bolsillos el folleto sobre las fuerzas de la naturaleza para encontrar en su lugar una receta de analgésicos, la copia de su licencia matrimonial y la declaración firmada. «Comparecen...» El folleto estaba doblado dentro. No logró encontrar la frase y en su lugar leyó: «La teoría de que la fuerza fuerte aumenta a medida que se separan los quarks es hasta cierto punto especulativa; pero su complementaria, la idea de que la fuerza se debilita a medida que los quarks se acercan, está más asentada». Sí, pensó, eso había ocurrido. En la vida hay cuatro fuerzas: amor, costumbre, tiempo y hastío. El amor y la costumbre son extremadamente poderosos a corto plazo, pero el tiempo, a falta de carga negativa, se acumula de forma inexorable, y con su hermano, el hastío, lo arrasa todo. Se estaba muriendo, eso lo volvía cruel. Se le cayó el alma a los pies al pensar en el horror de lo que había hecho. ¿Cómo iba a contarle a Joan lo que había hecho con su licencia matrimonial? Hasta los quarks de los circuitos telefónicos se rebelarían.

En el bosque había habido un claro verde, un ojo de hierba, un prado estrellado de flores blancas microscópicas y, un anochecer vinieron ciervos, la hembra ligeramente adelantada, el macho más grande y oscuro, con el lomo aún en sombras mientras su pareja buscaba con el hocico los últimos rayos de sol del día y las siluetas de ambos delineadas por la misma luz que doraba la hierba del prado. Una flota de ciclistas de rostros sin facciones pasó junto a Richard con gran estrépito, un borracho lo saludó con la mano desde la puerta de una lavandería, una chica con seductor escote halter lo miró con frialdad, el semáforo cambió de rojo a verde y no conseguía recordar si necesitaba zumo de naranja o pan y, lo que era aún peor, tampoco recordaba si de verdad habían visto los ciervos o si había imaginado el recuerdo, se lo había inventado de tanto desear que hubiera ocurrido.

—No me acuerdo —dijo Joan por teléfono—. Creo que no los vimos, solo hablamos de ello.

—¿No había como un claro detrás de la cabaña, siguiendo el camino?

—Nunca fuimos por ahí, estaba lleno de bichos.

—Un macho y una hembra, justo cuando anochece. ¿No recuerdas nada?

—No, la verdad es que no, Richard. ¿Cómo de culpable quieres que me sienta?

—Nada en absoluto si no ocurrió. Y hablando de nostalgia...

—¿Sí?

—Esta tarde he ido al Ayuntamiento y he pedido una copia de nuestra licencia matrimonial.

—Cielos. ¿Qué tal ha sido la cosa?

—No ha estado mal. El lugar está prácticamente idéntico. ¿La licencia nos la dieron en la planta baja o en la primera?

—En la baja, a la izquierda del ascensor según entras.

—Ahí es donde he llevado nuestra declaración a escriturar. Pronto te llegará una copia, es un documento estremecedor.

—Me llegó ayer. ¿Qué tiene de estremecedor? Me pareció graciosa, la manera en que está redactado. Comparecemos, desaparecemos y punto.

—Cariño, qué dura y valiente eres.

—Entiendo que debo serlo, ¿no?

—Sí.

No por primera vez en aquellos dos años, Richard percibió una tenuidad frágil como cáscara de huevo detrás de la cual estaba agazapado y que se rompería solo con que Joan alzara la voz. Pero esta se negaba a romperla, bien por desconocer hasta qué punto era frágil la cáscara, bien porque la estaba empollando por el otro lado, del mismo modo que, al otro lado de la puerta del baño, se había estado acercando al matrimonio al mismo ritmo que él y con idénticos impulsos de retroceder.

—Lo que no entiendo —estaba diciendo Joan— es si tenemos que firmar los dos la misma declaración o si firmamos cada uno una o qué. ¿Y cuál de ellas? Mi abogado no para de mandarme tres copias de todo y algunas vienen con tapas azules. ¿Son esas las importantes o las no importantes que podemos quedarnos?

En realidad, los abogados, tan habituados a su mundo contencioso de culpa, de demandas y reconveniciones, parecían desconcertados con la cláusula de mutuo acuerdo. La mañana misma del divorcio, el de Richard lo recibió en las escaleras del juzgado para avisarle de que, en calidad de demandante, era posible que le pidieran que especificara qué había ocurrido en el matrimonio para persuadirlo de su irremediable ruptura.

—Pero si lo del mutuo acuerdo es precisamente para no tener que explicar nada —interpuso Joan.

Había subido las escaleras del juzgado al lado de Richard; de hecho, habían ido en el mismo coche porque uno de sus hijos se había llevado el Volvo de Joan.

La vista estaba fijada para primera hora de la mañana. Cuando Richard pasó a recogerla a las siete y cuarto la encontró descalza en el césped, en la entrada circular a la casa, hundida hasta los tobillos en bruma y rocío. Llevaba los zapatos de tacón alto en la mano. La estampa le hizo reír. Abrió la puerta del coche y dijo:

—Entonces, ¿hay o no hay ciervos en la isla?

Joan estaba demasiado absorta para entender la alusión. Le preguntó:

—¿Crees que al juez le importará si no llevo medias?

—Mantén las piernas lejos de su estrado —le dijo Richard.

Se sentía agitado, aturdido. Apenas había dormido, y eso que no le había dolido el hombro, para variar. Joan subió al coche y con ella entraron los zapatos y el olor húmedo del amanecer. Siempre había sido madrugadora y Richard no.

—Gracias —dijo refiriéndose a que hubiera ido a buscarla. Y añadió—: Creo.

—No hay de qué —dijo Richard.

De camino al juzgado, mientras hablaban de coches y de hijos, le maravilló comprobar lo leve que se había vuelto Joan; la veía por el rabillo del ojo tan ligera como una pluma, con su voz haciéndole cosquillas en el oído, la entonación y los énfasis que tan bien conocía, tan musicales y medio inaudibles, igual que los compases de un concierto que nos sume en una ensoñación. Ya no la culpaba: esa era la razón de su ligereza. Durante todos aquellos años la había culpado de todo: del atasco en Central Square, de las ráfagas del silbato en el paquebote, de la diferencia de altura de sus camas. Ya no: la había exonerado de su omnipotencia. La había dejado libre, libre de culpa. Era para él lo que Gretel para Hansel: una criatura afin que bajaba a su lado por un sendero

mientras, a sus espaldas, los pájaros se comían las migas de pan.

El abogado de Richard miró a Joan con expresión sombría.

—Lo entiendo, señora Maple —dijo—, pero quizá debería hablar un momento en privado con mi cliente.

Los abogados que habían elegido eran extrañamente distintos. El de Richard era un irlandés grande y desaliñado que llevaba un traje de verano beis con los pantalones caídos y la camisa tensa a la altura de la barriga, ese tipo de hombre paternal, melancólico y reconfortante. El de Joan era menudo, coqueto e impertinente; vestía a cuadros y hablaba por una de las comisuras de la boca igual que un pronosticador de carreras de caballos. Chispeante, animado incluso a aquella hora de la mañana, apareció desde detrás de una columna en el marmóreo templo de justicia y se llevó a Joan. La cabeza de esta, ligeramente más alta que la de él, se ladeó para escucharle; sonreía, dócil. Richard se preguntó, asombrado, si podría esa clase de hombre haber sido, durante todos aquellos años, el tipo que Joan secretamente deseaba. Entonces su abogado le preguntó con respiración fatigada:

—Si el juez pregunta por el motivo concreto de la ruptura, y no digo que lo vaya a hacer, no tenemos nada preparado. ¿Qué va a decir?

—No lo sé —dijo Richard. Estudió la espiral de mármol entre las puntas de sus pies—. Teníamos diferencias políticas. Me obligaba a ir a manifestaciones por la paz.

—¿Hubo violencia física?

—No demasiada. No suficiente, quizá. ¿De verdad cree que preguntará esas cosas? ¿Es de mutuo acuerdo o no?

—En este estado, lo de mutuo acuerdo es tabula rasa. Llegados a este punto, Dick, es todo cuestión de suerte. No sé lo que va a hacer el juez. Debemos estar preparados.

—Bueno, aparte de lo de la política, no nos entendíamos demasiado bien sexualmente.

El aire entre los dos se espesó; también con su padre el sexo había sido un tema doloroso. La respiración de su abogado se hizo angustiosamente audible.

—Entonces, ¿está preparado para decir que había incompatibilidad personal y emocional?

Aquello sonaba profundamente falso, pero Richard asintió.

—Si es necesario.

—De acuerdo.

El abogado apoyó su manaza en el brazo de Richard y se lo apretó. Su cercanía, su aliento, su aire de apremio impaciente y alegría forzada, su traje anticuado y la carpeta de documentos que llevaba debajo del brazo como si fueran alineaciones de jugadores cobraron significado: era un entrenador y Richard estaba a punto de marcar el tanto definitivo, de intentar el aterrizaje más difícil de todos, de reventar el corazón del orden de bateo con todas las bases llenas. Adelante.

Entraron de dos en dos. Era una sala inmaculada y desierta; las molduras estaban pintadas de verde hoja. Las ventanas daban a un río vetusto ennegrecido por fábricas. Jueces muertos observaban desde lo alto. Los dos abogados se fueron a deliberar, dejando a Richard y a Joan de pie, incómodamente separados. Richard le puso su cara de «¿Ahora qué?». Ella le contestó con cara de «Ni idea». «¡Atención, por favor!», canturreó una voz incorpórea, y el juez entró a toda prisa, sonriendo, con los faldones de la túnica balanceándose. Era un hombre menudo, de facciones marcadas con una cara rosa brillante; una cara que decía que era enteramente bueno y que nunca moriría. Se levantó y los saludó con una inclinación de cabeza. Se sentó. Los abogados

se acercaron para deliberar entre susurros. Richard gravitó inconscientemente hacia Joan, el único objeto animado de la sala que no le repelía.

—Es un Daumier —susurró Joan de la estampa que se desarrollaba ante ellos.

Los abogados se separaron. El juez les hizo una señal para que se acercaran. Era tan limpio que su sonrisa rechinó. Enseñó a Richard un trozo de papel; era la declaración jurada.

—¿Es esta su firma? —le preguntó.

—Lo es —dijo Richard.

—¿Y cree usted, tal y como establece este documento, que su matrimonio ha sufrido una ruptura irreparable?

—Sí.

El juez se volvió hacia Joan. Su voz se suavizó un poco.

—¿Es esta su firma?

—Lo es.

Su voz fue una rociada salvadora, llena de arcoíris diminutos, en el rabillo del ojo de Richard.

—¿Y cree usted que su matrimonio ha sufrido una ruptura irreparable?

Hubo una pausa. Joan no creía eso, Richard lo sabía. Joan dijo:

—Sí.

El juez sonrió y les deseó suerte a ambos. Los abogados desfallecieron de alivio y un torrente de alegre cháchara jurídica —hipótesis sobre el futuro del mutuo acuerdo, reminiscencias de los viejos días de divorcios exprés en Alabama— excluyó a los Maple. Obsoletos en su propia ceremonia, Joan y Richard se apartaron del estrado al unísono y permanecieron uno al lado del otro, sin saber bien cómo reaccionar, hasta que, por fin, Richard recordó lo que tenía que hacer y la besó.

ABUELOS

Los ex-Maple llevaban algunos años divorciados cuando su hija mayor, Judith, se casó y tuvo un niño. Vivía con su marido, programador informático por cuenta propia y trovador a tiempo parcial, al borde de la pobreza en Hartford. Joan Maple, ahora Joan Vanderhaven, le dijo a Richard Maple por teléfono que Andy, su marido, y ella tenían la intención de viajar desde Boston para el parto, que iba a ser inducido.

—Menuda ridiculez —dijo Ruth, la mujer de Richard—. La chica tiene más de treinta años, y un marido. Tener allí a sus padres divorciados pendientes de ella no solo es absurdo, también cruel. Cuando yo tuve a mi primer hijo estaba en Hawái y mi madre en Florida y así lo queríamos las dos. Cuando tienes un hijo necesitas espacio. Necesitas aire para respirar. —Recordó sus partos, eficientemente naturales, y empezó a jadear a modo de demostración—. Deja a tu pobre hija en paz. Ha tardado años en superar la educación tan mala que le disteis.

—Dice Joan que Judith la quiere allí. Si quiere a Joan, tiene que quererme a mí también. Si dejo que vaya solo Joan con Andy, el niño se creará que Andy es su abuelo. Le dejará, ¿cómo es esa palabra?, impronta.

Ruth dijo:

—Nadie, ni siquiera un niño con horas de vida, podría pensar jamás que Andy Vanderhaven es familia vuestra. Sois todos unos desharrapados y él un dandi.

Richard se había acostumbrado hacía tiempo a las opiniones categóricas de Ruth; era como vivir en un libro desplegable, sin lugar para la ambigüedad.

Pero la idea de que su primer nieto llegara al mundo sin él cerca era dolorosa. Judith había nacido en Inglaterra y estaba enfajada cuando la vio por primera vez: un paquete compacto con una cara roja y redondeada. Era la primera criatura de pecho que cogía en brazos; había pensado que sería una experiencia precaria, vivida con el miedo de que se le cayera algo tan valioso y frágil, pero no, incluso en el niño más pequeño había una fuerza adhesiva, un algo que encajaba de forma instantánea en los brazos y las manos de uno, desterrando el temor. La cabeza caliente y floja, los ojos errantes como gotas opacas de líquido celestial, la carita arrugada, colérica y musculosa por la voluntad de vivir. «Estamos juntos en esto, papá —le había asegurado el cuerpo de la niña— y los dos lo conseguiremos.»

Y lo habían hecho, a base de pañales y tomas de medianoche, cólicos y sarampión, llantos adolescentes y ataques de tontería, lecciones de flauta y de esquí, escuela primaria y secundaria, hasta que, por fin, cuando asistió, como era costumbre, a una función organizada por alumnas del último curso, a Richard le sorprendió ver que su hija, una más de una troupe patilarga de bailarinas con mallas, adoptaba, en sincronía con las demás, una pose final y miraba al público

sin sonreír. Todas levantaban las cejas inquisitivamente. Preguntaban: «¿Qué somos?». Y la respuesta desde el público silencioso y anonadado había sido: «Mujeres». Nunca había visto Richard con tanta claridad a su hija como un cuerpo que ya ha salido al mundo, enfrentado a, separado del suyo. Y ahora ese cuerpo se partía en dos, daba a luz a otro cuerpo y por nada del mundo iba a permitir que Joan tuviera al nieto de los dos para ella sola.

Mientras conducía por la autovía 86 en dirección opuesta a los rayos cegadores del crepúsculo oyó graznar al disc-jockey: «Desempolvad los calzones largos, habitantes del estado de la nuez moscada. ¡Esta noche vamos a rozar los cero grados!».

Enero hasta entonces había sido seco, pero la escasa nieve caída no se había fundido debido al frío; aquella noche se batiría un récord. La emisora transmitía música country. Hartford siempre le había parecido una ciudad gratamente provinciana, un pequeño bosque de rascacielos de cristal verde en la carretera serpenteante hacia Nueva York; cuando salías de la maraña de pasos elevados había un vacío conmovedor, de calles desiertas de madrugada y de ausencia de grandilocuencias propias de la capital de un estado. Era una ciudad sin gente, habitada solo por unas pocas sombras pasajeras y algunos montones de nieve apilada. El complejo hospitalario incluía un aparcamiento cubierto, pero Richard dio vueltas por las manzanas del barrio degradado del centro hasta encontrar una zona de estacionamiento gratuito. No eran todavía las seis y estaba bastante oscuro. Richard caminó deprisa por el aire color acero hasta las luces brillantes de los caldeados espacios del hospital. Era el último de la familia en llegar, y también el menos importante. Una recepcionista y su ordenador lo dirigieron a la planta correcta, y después de estar sentado en la sala de espera lo bastante para leerse lo más selecto de dos números de *Sports Illustrated*, Joan salió a su encuentro procedente de una cámara más íntima, situada a mayor profundidad del ala de la maternidad igual que una anfitriona agobiada y resuelta a hacer sentir bien recibido hasta al último invitado, por poco importante que sea.

Había engordado a resultas de la satisfacción por ser la señora Vanderhaven —saltaba a la vista que Andy no la sometía al estrés adelgazante de su primer matrimonio— y llevaba un vestido amarillo sin cinturón, con florecitas, que parecía un modelo anticuado, de regreso a la naturaleza propio de los sesenta. La cara, más ancha de lo que Richard recordaba, estaba rosada por el acontecimiento que le sobrevenía —iba a ser abuela— y por el calor tropical del hospital.

—No sabíamos si venías —explicó.

—Dije que sí —protestó suavemente Richard.

—No sabíamos si Ruth te dejaría.

—¿Cómo iba a impedírmelo? Le pareció una idea fantástica. «Besos a todos de mi parte», me ha dicho.

Joan le dirigió una mirada azul, veloz, de no saber a ciencia cierta, como había ocurrido a menudo, hasta qué punto estaba siendo irónico Richard. En los años transcurridos desde que estuvieron casados parecía haber perdido las pestañas, y el pelo que le caía sobre la amplia frente se había vuelto gris. Le dio datos:

—Le han roto la bolsa hace una hora y ahora estamos esperando a que las contracciones aumenten. Judy está animada, aunque algo nerviosa.

Esta última descripción parecía también adecuada para Joan; se mostraba tímida con él. Sus conversaciones por teléfono, que con la excusa de los hijos habían persistido hasta bien entrados sus segundos matrimonios, habían menguado en los últimos años; ahora transcurrían meses de silencio entre una y otra y Richard no recordaba cuándo habían estado a solas por última vez,

como ahora en aquella iluminadísima sala de espera, con sus hileras de sillas de plástico en colores alternos y la televisión atronando cerca del techo. Era el domingo de la Super Bowl y los anunciantes estaban revolucionados; se suponía que hasta las mujeres de los equipos de las noticias tenían que estar entusiasmadas. Joan había estado encorvándose de forma extraña para evitar mirar a Richard a la cara y con las manos en los muslos y ahora, quizá en respuesta a un dolor en la espalda, se sentó de pronto en la silla de plástico contigua. La silla de Richard era de color crema sucia, la de Joan, de naranja pelada. Estaban hechas para gente estrecha, y Richard y Joan tuvieron que sentarse en el borde para evitar que sus nalgas se tocaran.

—¿Quién no estaría nervioso? —preguntó Richard—. ¿Y por qué has usado la primera persona del plural?

Se había quitado el abrigo, pero seguía llevando una chaqueta sport de tweed y notó, incómodo, el calor del cuerpo aledaño de Joan.

En cambio esta parecía relajarse por momentos.

—Ah —dijo—. Paul, la hermana de Paul. Como sabes, es enfermera, aunque no en este hospital, pero la han dejado pasar con nosotros a la sala de dilatación, y Andy y yo. Y, por supuesto, Judith y el pequeño desconocido.

—Menuda recua —dijo Richard—. ¿Qué tal se está portando Paul?

Su yerno, cuyo pelo rubio empezaba a clarear por delante, llevaba coleta y Richard siempre lo encontraba insolentemente alto, como si se hubiera estirado unos centímetros en una especie de gesto de desdén de cuerpo entero. Richard nunca había sabido muy bien el significado de la palabra «seco» referida a una persona, pero Paul Wysocki le había ayudado a comprender. Una persona seca era un tallo seco y alto que querías arrancar y tirar a la basura. A Richard le sorprendía que el matrimonio hubiera durado cinco años.

—De maravilla —dijo Joan con énfasis defensivo—. Muy tierno con Judy, y muy seguro. No se ha perdido ni una sola clase de preparación al parto y tiene intención de respirar con ella. Le ha traído su libro de poemas favorito, E. E. Cummings, para distraerla leyéndoselo si hace falta.

—¿Cómo se hace para leer a E. E. Cummings en voz alta? Todas esas letras vacilantes y esos espacios abiertos.

—Nosotros le oímos, ¿no te acuerdas? El año que dio las conferencias Norton.

Cummings era un hombre menudo y calvo con esmoquin, muy preciso en sus modales, que leyó todo —a Wordsworth, a Dante, su prosa y su poesía propias— en una voz aflautaba que jamás titubeaba ni se equivocaba, subido al cavernoso escenario del teatro Sanders. Richard y Joan habían hecho cola juntos en el invierno de Cambridge para entrar en el teatro, cuyo vasto espacio neogótico rebosaba de murmullos y del calor de la excitación estudiantil. Por un instante, él y la mujer regordeta entrada en años sentada a su lado se habían convertido en unos prismáticos gastados enfocados en aquel homúnculo de cabeza reluciente anidado a gran profundidad en la masa transparente del tiempo perdido. Les pertenecía, a los dos juntos y por separado, leyendo con voz aflautada la *Oda a la inmortalidad*, de Wordsworth, estrofa tras estrofa, mientras que el público de estudiantes a su alrededor se impacientaba, envuelto en un fajero hecho de cientos de abrigos.

Joan se fue con la promesa de volver. No invitó a Richard a unirse a la recua congregada alrededor de Judith, ni a él le apetecía hacerlo. Bajó en ascensor a la cafetería a tomarse un café y un bollo de limón. Las cafeterías de hospital tenían algo que lo liberaba de toda restricción

alimentaria. Si fuera malo para tu salud, no lo servirían. Llamó a Ruth por cobro revertido.

—Bueno, ya estoy aquí, tesoro. No ha pasado gran cosa todavía.

Le gustaba llamar a su mujer porque la voz de esta por teléfono tenía un matiz áspero, elegante que no le era fácil percibir cuando estaban cara a cara; era una voz joven, la voz del antiguo cortejo: misteriosa, apremiante, húmeda. Sin embargo, lo que dijo tenía esa brusquedad típica de ella:

—Pues claro que no. ¿Quién ha dicho que fuera a pasar algo hoy? Puedes estarte días ahí metido. ¿Dónde vas a dormir?

Richard sonrió; siempre le preguntaba eso, como si dormir en un hotel o un motel sin ella fuera una forma de infidelidad.

—En el Best Inn que hay saliendo de la 84. Pensé que sería mejor reservar habitación antes de venir aquí. Esta noche las temperaturas van a bajar mucho. ¿Estáis a cero grados ya en Boston?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Estaba viendo *Sixty Minutes*. Un reportaje fascinante sobre las compañías farmacéuticas y ahora me he perdido el final, gracias a ti. Mike Wallace estaba siendo absolutamente despiadado con el insustancial del consejero delegado de Squibb.

—No creo que, una vez induzcan el parto, la cosa tarde días.

—Bueno, yo nunca supuse que terminaría como una mujer desamparada cuyo marido se marcha corriendo a ver cómo sus hijos tienen hijos. ¿Qué tal está Joan? ¿Tan encantadora como siempre?

—Solo la he visto un minuto. Están todos en otra sala cronometrando las contracciones de Judy y yo estoy fuera, en la sala de espera, leyendo números atrasados de *Smithsonians*.

—Qué injusticia —dijo Ruth, y pareció, ahora sí, conmovida.

—No, Joan lo entiende. No me apetece estar en la misma habitación que ese polaco larguirucho.

—Pero quieres mucho a Judith.

—Razón de más para no molestarla.

Después de colgar, volvió a la cafetería y compró una chocolatina Almond Joy. Llevaba años sin comerse una. Menos de un minuto después de regresar a su lectura atenta de revistas viejas, apareció de nuevo Joan.

—¿Se puede saber dónde estabas? Las contracciones de Judy se han acelerado y ha pasado al paritorio.

Las mejillas de su exmujer presentaban un rubor frenético, desigual; con el pelo gris ondulado y la silueta sin cintura, se parecía a una de esas damas de Cambridge amantes del arte sobre las que Cummings había escrito sardónicamente, pero que, a pesar de todo, habían ido a su lectura, décadas atrás, a mezclarse con los universitarios de cuerpos calientes.

—Dice el médico que Paul y yo podemos quedarnos con ella, pero Andy no. Andy odia las salas de espera, cree que están llenas de gérmenes, y han dicho las enfermeras que por qué no espera en la habitación de Judy. Hay un televisor. Hemos pensado que igual quieres ir tú también.

—Joan parecía algo alarmada ante esta idea, como si sus dos maridos no se conocieran desde hacía años, en la salud y en la enfermedad—. A Judy le preocupa que estés aquí solo.

—Bueno, pues no queremos que Judy se preocupe, ¿verdad? Así que ¿por qué no? —dijo Richard, y dejó que Joan lo guiara por el pasillo. Visto desde atrás, su pelo parecía menos gris y se movía como lo hacía antes, cuando montaba en bicicleta delante de él por los senderos en

diagonal de Harvard Yard.

Andy estaba sentado en la única butaca de la habitación, leyendo un pulcro librito de Oxford University Press con registro. Llevaba puestas gafas de cerca con montura dorada y parecía un director de escuela escéptico. Richard le dijo:

—Sigue leyendo, Andy. Yo me encogeré aquí en un rincón.

Joan remoloneó, incómoda, con las manos separadas del cuerpo, como si estuviera danzando en corro con unos compañeros invisibles.

—Dick —dijo señalando con el dedo—, esa silla parece medianamente cómoda.

Andy miró de nuevo por encima de sus gafas.

—¿Quieres esta butaca, Richard? A mí me da lo mismo.

—Por supuesto que no, Andy. La supervivencia del más apto. El botín es para el vencedor, o algo así. ¿Qué es ese librito tan cuco que estás leyendo? ¿*El libro de oración común*?

Lo divertía que Joan, la hija de un clérigo para quien el concepto de Dios era no solo tenue, sino también opresivo, se hubiera casado con un hombre tan religioso. Andy era episcopaliano de la misma manera que es confucionista un chino mandarín: para contentar a sus antepasados. Enseñó a Richard la sobrecubierta de la pequeña antología: *Exploradores de África occidental*.

—Es asombrosa —dijo— la fe que tenían algunos de estos pobres diablos. Todos iban de cabeza a la malaria.

—¿Vais a estar bien, entonces? —preguntó Joan.

Su marido no respondió, así que fue Richard quien se ocupó de tranquilizarla.

—Felices como perdices. Avísanos cuando nazca el niño o cuando esté servida la cena, lo que venga primero.

Después de escuchar un rato a Andy pasar páginas y sorberse la nariz y de mirar por la ventana un espacio pavimentado, espolvoreado de nieve, que atravesaba de tanto en tanto una sombra humana encorvada contra el frío, le preguntó al otro hombre:

—¿Te importa si enciendo la televisión? Nos estamos perdiendo algunos anuncios maravillosos.

—¿El partido de fútbol? ¿Ves esas cosas?

—Suelo ver la Super Bowl. Andy, ¿cómo puedes considerarte americano y no ver la Super Bowl?

—No tengo por costumbre —dijo Andy, y resopló— considerarme nada.

Richard rió. Había decidido que aquello era divertido. De estar en casa, Ruth le estaría obligando a ver documentales de naturaleza en la PBS.

Un equipo llevaba cascos blancos, los otros cascos eran de color bronce. Un *quarterback* lanzaba pases como dardos, limpios y diagramáticos, y el otro no hacía más que salirse de su precario bloqueo para lanzar bolas altas y titubeantes, mariposas que cazar.

—¡Menuda recepción! —exclamó Richard—. ¿Lo has visto, Andy? ¡Con una mano y quince centímetros fuera del césped!

—No, no lo he visto.

—Ha sido un milagro —le aseguró Richard—. Un milagro de esos que ocurren una vez en la vida. Mira, puedes verlo en la repetición de la jugada.

Joan entraba cada media hora más o menos. Una de las veces llevó donuts y otra, cuencos de polietileno con sopa de pollo y fideos en una bandeja de cartón reciclado con bultitos.

—La cafetería va a cerrar —explicó.

—Galletas saladas, ¿te has acordado de traerme galletas saladas? —dijo Richard.

—Sal y almidón, amigo Dickie —dijo Andy—. ¿Sigues comiendo esas porquerías?

Joan se sonrojó.

—Lo cierto es que me he acordado —le dijo a su exmarido, y sacó dos paquetes de galletitas saladas del bolsillo de su vestido sin forma con florecitas amarillas—. No pensaba dártelas a no ser que me las pidieras.

Andy le explicó:

—Esta sopa de lata ya tiene sodio suficiente para subirte la tensión arterial cinco puntos.

—¡Venga! ¡Venga! —aulló Richard a la pantalla, donde un corredor, con el casco dorado encajado y las morenas pantorrillas en tensión, empujaba a tres defensas en un intento de recuperar el terreno necesario para un primer *down*.

Llegó un momento en que Andy dejó de intentar leer y se puso las gafas de lejos para seguir mejor la crónica del partido que hacía su compañero de habitación. Richard descubrió con sorpresa que erapartidario acérrimo de los cascos color bronce, el más oriental de los dos equipos y el que tenía un *quarterback* frenético y unas alas con dedos de mantequilla. Cuando llegó el descanso, perdían por diez puntos. El espectáculo del intermedio se hizo largo y superpoblado y se basaba en la nostalgia de un grupo de rock de los setenta que ambos hombres habían sido demasiado mayores para apreciar cuando era famoso. Richard salió, buscó una máquina expendedora y compró cuatro dólares de chocolatinas y aperitivos en bolsas de papel encerado. Andy se comió unos cuantos ganchitos de queso y después se limpió los dedos en su pañuelo. Entró Joan, con ojos del azul eléctrico que solía ponerle después de darse un baño, y les dijo:

—Ya son más seguidas. Las contracciones.

—¿Cuántos puntos es eso? —preguntó Andy cuando placaron al *quarterback* de casco color bronce detrás de su zona de anotación.

—Solo dos. Última oportunidad para los ganchitos.

—No gracias. Todos tuyos.

—¿Y qué me dices de un regaliz de fresa?

—Por Dios, no.

Richard se preguntó si Andy sería igual de tiquismiquis en la cama. Quizá era eso lo que Joan había necesitado, un hombre que la sacara de sí misma, que la hiciera sentir relativamente liberada. «Vaya donde vaya —se había quejado en una ocasión a Richard, y refiriéndose no solo al sexo—, tú te has adelantado.»

—¡Vaya! —dijo Andy sobre un pase largo y elíptico, en el que el balón aterrizó en las puntas de los dedos del receptor y continuó en su mano a pesar de un ataque por sorpresa.

—En eso parece consistir el juego ahora —explicó Richard—. En tratar de robar el balón. Es asombroso, lo que se considera legal en los profesionales. Mira lo que pasa después del placaje.

¿Durante cuánto tiempo?, se preguntó, ¿habrían estado acostándose Joan y Andy antes de que él se enterara? Con el argumento de que necesitaba hacer cosas fuera de casa, Joan se había apuntado al coro episcopal y volvía de los ensayos cada jueves por la noche cada vez más tarde para meterse sigilosa entre las sábanas con un susurro furtivo tan estrepitoso como el trueno. Incluso si Richard dormía, el repentino cuerpo caliente de ella, con los dedos de los pies fríos y el aliento a cerveza, lo despertaba. Andy era bajo, aunque uno habría pensado que era tenor.

—Supervivencia del más apto —dijo ahora Andy sonriendo para sí.

Otra bola oblicua, otro pase elíptico, un brillante cambio de dirección del balón por un hueco abierto durante un nanosegundo gracias a un placaje digno de un profesional, y luego ese *fullback* gigantesco que bajó la cabeza y cruzó retorciéndose la línea de anotación: el equipo no favorito de la costa este estaba de nuevo en el juego. Una intercepción temprana en el último cuarto, por parte de un delantero que a punto estuvo de salir atropelladamente en la dirección equivocada, y llegó el empate. Andy, que a aquellas alturas ya estaba metido en el juego, vitoreó, y Richard le ofreció la palma de la mano para que chocara los cinco.

—¡Cielos! —dijo Joan al entrar una vez más en la habitación—. Siento interrumpir la diversión, chicos, pero traigo noticias.

—¡No! —dijo Richard repentinamente aterrado, como cuando en ocasiones, en el cine, una brecha inmensa de realidad y posible muerte se abría a sus pies, demostrando que la aventura parpadeante de la pantalla era una mera distracción de su vida, unos minutos malgastados mientras su minuto final se acercaba a gran velocidad.

—Sí —dijo Joan con satisfacción.

—¿Qué sexo?

—Paul quiere daros los detalles en persona.

—Cómo le gusta hacerse de rogar, ¿eh, Andy? Dime al menos cuánto ha pesado.

—Es grande. Todo el proceso ha sido grande; asombroso, visto desde el otro lado. ¡Las secundinas!

Puso los ojos en blanco, imaginándose; luego soltó su carcajada de hija nerviosa de un clérigo, para reconvenirse por haber contado algo tan íntimo, y dijo con brusquedad a su marido actual:

—Andy, tienes que estar muerto de hambre.

Paul entró un minuto después, tan alto que parecía alargado por una polea invisible. Tenía la cara pálida y la lacia melena de mujer húmedas por el esfuerzo del trabajo vicario. Golpeó a Richard en el pecho con una mano imprudentemente extendida y, cuando Richard se la cogió, dijo, con sus modales trovadorescos:

—Tu querida y valiente hija ha dado a luz a Richard Leo Wysocki.

Era una de esas frases preparadas, como la de Armstrong al pisar la luna, que salió forzada y difícil de entender. Habían puesto su nombre a su nieto. Paul y Judith debían haberlo decidido tiempo atrás, en el caso de que fuera un niño.

—Dios, mío. No teníais por qué hacerlo —dijo, se temió que de manera descortés.

Hacía rato que había terminado el horario de visita. Fuera de la vista, el personal médico cerró filas, protector, en torno a la madre y el niño. Paul se quedaría hasta que instalaran a su mujer en la habitación, pero dio permiso a los abuelos para irse.

—Pero en la Super Bowl siguen empatados —protestó Richard.

Andy dijo con sequedad:

—Mañana estará en todos los periódicos. Joan y yo nos vamos.

Richard no pudo menos que admirar el cuidado con el que Andy se enrolló la bufanda de lana gris alrededor del cuello, sujetándola con la barbilla mientras, centímetro a centímetro, se enfundaba el abrigo hasta los hombros. Joan hizo ademán de ayudar a su marido y, enseguida,

presintiendo que Richard la miraba, reprimió el gesto conyugal.

—No te dejes el libro —le dijo a Andy en su lugar—. Ni el *Wall Street Journal*.

Paul dijo:

—Señor Maple, vamos a traer aquí a Jude —la llamaba «Jude» como en la canción *Hey, Jude*, más que como en *Jude el oscuro*—, pero si quiere ver el final de la Super Bowl, seguro que está puesta abajo, en el vestíbulo. No creo que le dejen quedarse en esta planta.

Su aspecto era ya más maduro y un poco encorvado.

—No pasa nada, Paul. Se ha terminado la fiesta. Me iré con los demás. Dile a Judy que intentaré pasarme mañana por la mañana antes de volver a Boston. ¿Te parece bien?

—El horario de visitas no empieza hasta la una, pero yo imagino que no habrá problema —contestó Paul un poco a regañadientes, pensó Richard.

Siguió a los Vanderhaven por los pasillos del hospital hasta la calle. Después de casarse con Andy, Joan se había comprado un abrigo de visón; los destellos del cuello favorecían su melena ligeramente saltarina, con su elusiva textura a medio camino entre crespa y ondulada. El pelo de otra parte lo tenía muy rizado, y en los sesenta había conseguido un peinado afro de lo más aceptable para una mujer blanca. Al otro lado de las puertas acristaladas del hospital, la oscura desolación urbana de Hartford rebosaba de frío puro. No había nadie más en las calles; a Richard le ardieron los ojos y las fosas nasales y al cabo de un minuto empezaron a dolerle las yemas de los pulgares dentro de los delgados guantes de piel. Al otro lado de la calle, el aparcamiento del hospital relucía con una penumbra de acuario y la garita del hombre que recogía los tiques estaba vacía. A la barrera de rayas había pegado un letrero que, en letras rojas de gran tamaño, informaba de que el aparcamiento cerraba a las nueve y media.

—¡Mierda! —exclamó Andy, y dio una patada al suelo sepultado en nieve. Tanto Richard como Joan rieron sonoramente, por lo petulante e inútil del gesto. Su risa resonó en el frío cortante como si hubiera rebotado en las vigas de una iglesia desierta. Andy preguntó—: ¿Por qué no nos lo ha dicho nadie?

—Supongo que pensaron que sabías leer —dijo Richard—. Seguramente está escrito en el tique.

Joan dijo:

—Lo siento, cariño. Es culpa mía. Estaba tan emocionada por ir a ser abuela que no me fijé en nada.

—Y no veo taxis por ninguna parte —dijo Andy—. Mierda. ¡Mierda!

Llevaba un gorro de astracán que le daba aspecto de soldadito de plomo, y cada frase que salía de su boca era una bandera blanca ondeante.

—¿En qué hotel estáis? —le preguntó Richard a Joan.

—Creo que se llama el Morgan. Es el único hotel decente del centro.

Aquello le sonó más a Andy que a la Joan defensora de la igualdad que había conocido. Richard dijo:

—Que no cunda el pánico. Os llevo en mi coche y mañana por la mañana podéis coger un taxi hasta aquí.

—Eso sería estupendo —dijo Joan balanceándose para entrar en calor de manera que su abrigo centelleó en la débil luz de la calle—. ¿Dónde tienes el coche?

—Buena pregunta. He aparcado en la calle, pero estaba tan emocionado que ni siquiera me

fijé dónde. Recuerdo que tuve que caminar un poco cuesta arriba. —Empezó a bajar en dirección a la acera más cercana, junto a Joan y su visón, seguidos de Andy. Al poco comprobaron que era una calle sin salida, que terminaba cerca de lo que parecía ser un cuarto de calderas, una construcción de ladrillo sin ventanas que albergaba un rugido ahogado de calor y, de nuevo, Richard se echó a reír. También Joan.

Andy gimoteó.

—Dejadme volver al hospital y pedir un taxi.

—No seas tan ñoño. Imagina que eres un explorador de África occidental —dijo Richard. Le ardía la cara del frío y tenía los pulgares entumecidos dentro de los delgados guantes—. Tiene que estar por aquí. Es un Taurus gris, con tres pegatinas de puentes en el parabrisas. Recuerdo haberme fijado en una hilera de tiendas entabladas y haberme preguntado si no me romperían los cristales unos chicos en busca de drogas.

—Maravilloso —dijo Andy—. Venga, Joan. Volvamos. Esto es el paraíso de los atracadores.

—Tonterías —sentenció Joan—. Hace demasiado frío para atracar a nadie. —En el fondo, seguía siendo progresista. Se volvió y dijo—: Piensa, Richard. ¿Qué clase de tiendas? ¿Cruzaste alguna calle ancha? ¿Desde qué dirección llegaste al hospital?

Su voz esperanzada, que Richard había oído por primera vez en un seminario sobre épica en la literatura inglesa —una docena de caras imberbes masculinas alrededor de una mesa de roble y la suya, reluciente— lo retrotrajo a su yo joven, estudiantil. Ruth era tan resolutiva y lúcida que rara vez tenía que pensar. Empezó a formarse una retícula en su cabeza:

—Cruzando una calle más —dijo, señalando— y luego a la izquierda, creo.

Joan echó a andar primero y Richard y Andy la siguieron, aturdidos. No habían caminado ni diez minutos cuando el primero reconoció su coche: las tres pegatinas, el dibujo que hacían las manchas de sal de las carreteras. No lo habían abierto. Las tiendas que recordaba vagamente estaban, cosa rara, al otro lado de la calle. Se alegró al oír abrirse la cerradura de la puerta; sabía que podía congelarse a temperaturas más altas que la que hacía en ese momento.

Joan se sentó atrás y dejó a Andy el asiento cerca de la calefacción. El motor arrancó y cuando el coche echó a andar entre las calles silenciosas, heladas, asomó la cara entre los hombros de los dos hombres y habló a Richard:

—El niño. Cuando asoman, esto no lo he visto descrito en ninguna parte, tienen la cara toda arrugadita como expresando desagrado. Era igual que Judith cuando intentábamos darle ciruelas. Luego viene un chorro de agua y el resto del cuerpo sale como si tal cosa, seguido del cordón umbilical, enorme y en espiral, todo morado y amarillento.

—Joanie, por favor —dijo Andy ajustándose la bufanda.

Joan siguió hablando, inspirada, con Richard:

—Lo que quiero decir es que menudo montaje. Uno piensa en el útero como una especie de lugar de paso, pero hay una vida entera ahí dentro. Es mucho a lo que renunciar.

Richard entendió a lo que se refería; como siempre, buscaba el bosque y no los árboles, el secreto oculto, en consonancia con esos sermones que había tenido que oír de niña. La vida es una lección, un texto con moraleja.

En cambio, Andy la escuchaba como escucha uno a una segunda mujer, con la certeza de que la búsqueda se ha terminado. O de que no hay búsqueda. Acarició la mano a Joan, que descansaba, envuelta en visón, cerca de su hombro.

—Vas a tener pesadillas.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —dijo Joan con cierta indignación, le pareció a Richard.

—Dime una cosa más —suplicó este—. ¿Quién demonios es Leo?

—El padre de él. ¿No lo sabías? No son como nosotros, puede que este sea su único hijo, o al menos el único hijo varón, así que tenían que ponerle todos los nombres.

Andy le dijo a Richard:

—Sube por ahí y luego a la izquierda. Puedes dejarnos en la esquina y vamos andando a la entrada.

—De ninguna manera. Doy la vuelta a la manzana y os dejo justo debajo de la marquesina. En las narices del portero, vamos.

La mano de Joan le tocó el hombro.

—Cuando veas a Judith mañana, dale un beso de mi parte. Tenemos que irnos temprano, Andy tiene una reunión.

Richard pensó en darle un beso de buenas noches, pero probablemente seguían teniendo la cara helada y él ya no giraba el cuello con la misma facilidad que antes.

Su habitación del Best Inn estaba en la planta baja con una moqueta afelpada directamente sobre la losa de cimentación. Las paredes parecían subterráneas, exhalaban un frío intenso y su superficie estaba helada al tacto. El radiador eléctrico estaba encendido, pero no cumplía su función. A Richard no se le había ocurrido meter un pijama con la camisa para el día siguiente; tiritó en ropa interior entre las sábanas húmedas, se levantó, despojó a la otra cama individual de sus escuetas manta y colcha y extendió su abrigo por encima. Aun así, el frío lo oprimía desde las paredes igual que una fuerza que buscara comprimir su existencia hasta reducirla a nada, que quisiera borrar aquel borrón temporal de sangre caliente, circulante. «Es mucho a lo que renunciar», había dicho Joan del útero y, en verdad, el volumen cósmico de un espacio sin luz ni calor hostil a nosotros resultaba abrumador. Se sentía, así acurrucado, como un homúnculo que arde frígido en el confin del telescopio que Dios sostiene con indiferencia. Era un abuelo recién nacido y el universo quería aplastarlo para hacer sitio a otros recién llegados. Se durmió, un poco, y sus sueños, por lo común rebosantes de deseos reprimidos y conocimientos olvidados, fueron ralos, como anémicos por los esfuerzos del organismo por mantener la temperatura corporal.

Por la mañana, cuando pagó la cuenta en recepción, adormilado y todavía con frío, se quejó de la falta de calefacción; el joven recepcionista, recién llegado de una cama calentita en alguna otra parte, se encogió de hombros a modo de parca disculpa y dijo:

—Casi nunca hace tanto frío como anoche. Menos veinte grados en el porche de mi madre.

A la luz del día el hospital parecía distinto: más bullicioso, pero también más raído y provisional, una fábrica de curar con una plantilla de personas cansadas que trabajaban medio a oscuras. El *Courant* de Hartford que compró Richard con el té («No más café —se dijo a sí mismo—; hay que cuidar la tensión.») decía que su equipo de héroes de cascos de bronce había perdido en los últimos treinta segundos, por un tanto anotado desde cuarenta metros. Los milagros son baratos.

Cuando por fin, en contra de las estrictas reglas, le dejaron pasar a ver a su hija, Judith presentaba un aspecto inesperadamente neutral después del calvario: ni exhausta ni eufórica, ni

enferma ni sana, ni mayor ni más joven de los treinta y un años que tenía. Llevaba un camisón de hospital debajo del viejo albornoz color azul celeste de Joan y estaba sentada al borde de la cama. Acababa de dar el pecho al niño, que las enfermeras se habían llevado de vuelta al nido.

—No sé, papá —dijo—. Ha sido un poco extraño. Esta mañana me han puesto esa cosa en brazos y es que no tenía ni idea de qué hacer con ella. Ni siquiera sabía muy bien dónde estaban la cabeza y dónde los pies. Me daba miedo tirarlo y me he sentido muy... muy rara.

Richard se sentó en la butaca de cuero que Andy se había apropiado la noche anterior y sonrió, paternal:

—Muy pronto dejarás de sentirte rara.

—Sí, eso es lo que dice Paul.

Paul el sabelotodo. Solo por la forma en que pronunciaba Judith su nombre se había ganado un ascenso inmerecido. Richard descubrió que estaba más celoso y resentido con Paul y el niño que con Andy. Judith dijo:

—Ya es un gran padre.

—Quizá es que es un papel más fácil. No tiene tanta... parafernalia. Igual sigues sintiendo que el niño es una parte de ti, como un pie. Porque, a ver, ¿cuánto cariño puedes cogerle a un pie de la noche a la mañana? ¿Qué tal fue el...? ¿Cómo se dice? ¿El alumbramiento?

Desde la infancia Judith había sido una persona recia e independiente, algo opaca en cuanto a sus sentimientos, con algo de la franqueza distante de su madre.

—Bien —dijo—. Estuvo bien. Paul estuvo genial con la respiración. Hubo un momento en que se puso a cantar e hizo reír a todas las enfermeras. Pero con lo del método Lamaze se equivocaban. Me dolió. No hacían más que decir que era presión, pero me dolió, papá.

A Richard le ardieron los ojos al pensar en su hija sufriendo. Pestañeó, se puso de pie y le dio un beso leve en la frente, ese ceño ancho y pálido que, desde el principio, por mucho que Richard la quisiera con todas sus fuerzas, escondía sus secretos, sus sensaciones, su identidad.

—Tengo que irme. Las enfermeras quieren hacerte alguna cosa.

—Ve a verlo aquí al salir. A ver a quién se te parece. Mamá dice que, al abuelo, por la boca, que tiene un piquito en el centro y luego las comisuras que bajan.

—Suen a la boca de Andy. No crees que pueda ser el verdadero abuelo, ¿no?

Judith tardó un momento en sumar dos y dos y darse cuenta de que su padre estaba siendo irónico. Estaba tan adormilada como él; a él lo habían comprimido de noche y a ella la habían partido en dos. Richard le dijo:

—Por cierto, un beso de parte de tu madre. Andy se la ha llevado a Boston a primera hora, en cuanto consiguieran sacar el coche del aparcamiento en que se les quedó atrapado anoche.

—Me lo ha dicho. Han estado aquí, Andy y ella, justo después del desayuno. Supongo que lo convenció.

Richard rió.

—Va a ser difícil seguirle el ritmo a tu madre en esto de ser abuelos.

—Desde luego. Deberías ver cómo cogía al niño. Ella sí que sabe dónde está la cabeza y dónde los pies.

También Richard supo, cuando una enfermera acercó a su nieto al cristal, que aquel pomelo rojizo, con ojos cerrados, ceño fruncido y una pizca de pelo sedoso, claro igual que el de su padre, era una cabeza humana y que los diminutos apéndices color lavanda al otro extremo, sin

tapar, eran dedos de los pies.

—¿Quiere cogerlo? —le preguntó por el cristal la enfermera, que era joven y negra.

—¿Puedo?

—Es usted el abuelo, ¿no? Aquí tratamos muy bien a los abuelos.

Y el cuerpo en miniatura del niño se adhirió a su pecho y a sus brazos, aunque más débilmente que el de los niños que se había atrevido a llamar suyos. Nadie nos pertenece, excepto en el recuerdo.

AGRADECIMIENTOS

Nueve de estos cuentos se publicaron por primera vez en *The New Yorker*. «Acaba de llamar tu amante», «Eros rampante» y «Sublimación» se publicaron originalmente en *Harper's Magazine*. «Esperar levantado», en *Weekend*; «La teoría del arenque rojo», en *The New York Times Sunday Magazine*; «Desnudez», en *The Atlantic Monthly*; y «Gestos», en *Playboy*.

La citas sobre ciencia de «Los Maple comparecen» son de la conferencia del profesor Steven Weinberg «Las fuerzas de la naturaleza», pronunciada en la American Academy of Arts and Sciences y reimpressa en su boletín de enero de 1976.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños grandes gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002 Barcelona

T. 93 415 29 29

info@albaeditorial.es

NOTAS

[1] *Maple* es «arce» en inglés. *[Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.]*

[2] En inglés, «Naples» y «Maples» riman.

[3] Los North son un matrimonio de detectives aficionados de la alta sociedad neoyorquina, protagonistas de una serie de historietas publicadas en *The New York Sun* y *The New Yorker* y convertidas más tarde en novelas y en adaptaciones para teatro, cine, radio y televisión.

[4] *Bean* significa «alubia» o «frijol» en español.